

A romantic couple is shown in a snowy forest at night. The man, on the left, is wearing a dark jacket and is kissing the woman on the cheek. The woman, on the right, has long brown hair and is wearing a dark, patterned coat. She is holding a lit sparkler that is glowing brightly. The background is filled with snow-covered trees and falling snowflakes, creating a soft, romantic atmosphere.

Yaiza Castro

Diez Canciones
de **Navidad**
para **Nadia**

DIEZ CANCIONES DE NAVIDAD PARA NADIA

Yaiza Castro

DIEZ CANCIONES DE NAVIDAD PARA NADIA

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y expreso del autor. La infracción puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 del Código Penal y ss.) Todos los derechos reservados.

Título original: Diez Canciones de navidad para Nadia

Copyright © 2019 Yaiza Castro

Diseño de portada: Jaime Rafols

Imagen de portada: Anastasiya Pavlova. Unsplash

Novela autopublicada en Diciembre del 2019

Descubra otros títulos de la autora en: www.amazon.es/1/B07SQN178V

Obra registrada en el Registro General de la Propiedad Intelectual.

Capítulo 1

Nadia

We wish you a merry christmas

La belleza de las noches invernales reside en la conciencia de lo efímero. Noches claras, llenas de estrellas, en las que la oscuridad del cielo sirve de lienzo a los pequeños copos de nieve para transformar el paisaje en completo silencio. Atrapé un copo de nieve, admirando aquella diminuta obra de arte, tan perecedera, que apenas duraría unos segundos entre mis dedos. Belleza fugaz, recordatorio implacable del transcurrir del tiempo. Soplé con suavidad el pequeño copo, observando su lenta y bella caída al suelo, cuando una colilla y un repulsivo esputo del taxista que estaba a mi lado cayó a su lado.

Y...¡Chof! La burbuja se rompió. Belleza y bizarrismo a apenas un metro de distancia, señores. Esta es la verdadera esencia de la navidad. Bienvenidos a la ciudad de Pinar. Bienvenidos a mi vida. Antes de que esboquéis un suspiro de resignación por el drástico cambio de rumbo en la narración, dejad que me presente.

Soy Nadia Umbría, veinticinco años, 1,60, y...no os importa saber cuánto peso, ¿verdad? No, claro que no. Es irrelevante para la historia y una fuente de fustigamiento constante para mí. Así que mejor lo olvidamos y continuamos la historia de cómo una simple noche de navidad cambió mi vida para siempre. Una simple noche que estaba destinada a ser la peor de mi vida y que, por algún...no sé si llamarlo milagro de la navidad, consiguió enderezarse, pasando del desastre más absoluto al mejor de los regalos. Porque de eso, de una sola noche, de las casualidades, del destino y de cómo los astros se alinean de la forma más alocada posible, va mi historia. Pero empecemos por el principio.

Era veintitrés de diciembre, y la noche, como era lógico en esas fechas, era infernalmente fría. Aunque, en realidad, es lo que se espera de cualquier veintitrés de diciembre, que haga frío. Y, sí, también, y como es de suponer, lo que se espera de cualquier veintitrés de diciembre es que casi todos los vuelos se retrasen en los aeropuertos debido a la meteorología, y que una chica esté sola, dando vueltas por la terminal, esperando a que el avión que debía llevarla junto a su familia despegase. Algo que no tenía visos de ocurrir en breve.

Había llegado a la terminal con cuatro horas de adelanto. Sí, cuatro horas. ¿Por qué?, os preguntaréis. ¿Qué llevaba a una chica sensata como yo a deambular sola durante cuatro horas por la terminal de un aeropuerto? Pues...sí, habéis adivinado bien. Por...un hombre. Eso, y la garantía de saber que no vas a cruzártelo en ese período de tiempo, claro. Así que allí estaba yo, metiéndome las manos en el bolsillo del ligero abrigo tres cuartos rojo que, en un ataque de autoestima y autoconvencimiento de que nada podría conmigo esa noche, decidí ponerme. Porque así era yo, nada me daba miedo, y no porque fuera valiente, no. Nada me daba miedo porque nunca me paraba a pensar mucho en las consecuencias de mis actos. Así que allí estaba, a tres grados, atrapada en la terminal del aeropuerto de Pinar, resuelta a esperar la salida del vuelo a...Finlandia.

A mi abuela se le había ocurrido que, tras una forzosa ~~maravillosa~~ separación de un año, lo mejor era pasar las navidades entre tíos y primos que no se soportaban entre sí y a los que yo

apenas podía aguantar más de una hora sin que no me diesen ganas de presentarme voluntaria para...cualquier cosa, lo que fuera, con tal de alejarme de sus continuos chistes malos y sus horribles conversaciones. Pero era mi familia, era mi abuela, y yo haría lo que fuese por verla feliz, más que nada, porque esta era su época favorita del año, y todos nos esforzábamos en complacerla. Así que tocaba hacer de tripas corazón y volar a la tierra de Santa Claus.

Suspiré, mirando la helada carretera que llevaba al aeropuerto, ahora desierta, y me metí de nuevo en el interior de la terminal. Lo último que quería pillar era una neumonía, o lo que fuera, si me quedaba al lado de aquel taxista que escupía y fumaba como un hombre de las cavernas. Entré, y me quedé mirando la enorme pantalla de la entrada, y que anunciaba que todos los vuelos que iban hacia Escandinavia seguían retrasados. Murphy, y su maldita ley, jamás me abandonaría. ¿Por qué a mi abuela no se le había ocurrido, no sé, viajar al Caribe, por ejemplo? Ahora estaríamos todos tostándonos al sol, disfrutando a la sombra de las palmeras de un delicioso combinado, en vez de tener los mocos congelados y sabañones en los pies. Familia, qué gran tesoro.

Me senté en una butaca cercana, y saqué mi teléfono para hacer una videollamada. Mi madre llevaba llamándome todo el día, y yo ya no me veía con ánimos para seguir esquivando sus llamadas. Esperé dos tonos, y mi familia al completo, es decir, padres, primos, tíos y un tipo que se llamaba Alfredo y al que nadie recordaba haber invitado, pero que por alguna misteriosa razón estaba allí, me saludaron desde Helsinki.

—¡Abrígate, Nadia, que se te van a congelar hasta las lágrimas! —había chillado mi sobrino Teo, al fondo.

—¿Estás bien, hija? —preguntó mi madre, haciéndose hueco en la pantalla.

—Sí, tranquila. Han vuelto a retrasar el vuelo, pero dicen que mañana a primera hora, si la climatología mejora, podremos despegar al fin.

—Pues vaya. Menuda mala suerte.

—Bueno, no me quejo, al menos podré pasar un par de días con vosotros.

—Sí, lo sé —dijo, resoplando como un caballo, y yo suspiré, intuyendo ya lo que iba a decirme. Y lo peor es que razón no le faltaba—. Hija, ya me disculparás, pero menuda porquería de trabajo que tienes. ¿Tu jefe no podía haberte dado más días libres?

—Me los ha dado. Cuatro en total.

—¿Cuatro nada más? Pues menudo cretino —intervino Paloma, mi deslenguada y divertida prima, apareciendo tras el hombro de mi madre.

—¡Esa boca! —la reprendió mi madre.

—¿Qué? Es verdad. Nadia lleva todo el año sin vacaciones por culpa de ese tirano, y ahora solo le da cuatro días de vacaciones. Ja. Cuatro.

—Un tirano que le da de comer —reconvino mi madre.

—Alpiste, le dará alpiste el cretino ese. Por Dios, si es que cada día la veo más delgada. Un día se pone de perfil y no la vemos. Menudo jefe cabr...

—¡Paloma, esa boca! —reprendió mi madre por segunda vez.

—Bueno, bueno, mañana ya estaré allí con vosotros, ¿vale? —dije, intentando apaciguar los nervios, aunque en realidad mis pensamientos fueran por el mismo sendero. Pero por otras razones.

Mi jefe era un cabrón, sí. Pero también era el amor de mi vida. Porque sí, estaba enamorada de mi jefe. Aunque, para ser exactos, era el hijo de mi jefe, y también era socio del despacho de abogados en el que trabajaba. Se llama Álvaro, Álvaro Robledo Toledano de la Alameda, un avisado abogado de treinta años, cuya inteligencia e intuición le habían posicionado ya en la

élite de la abogacía de la ciudad de Pinar.

La primera vez que lo vi fue en mi primer día de trabajo en el despacho Álvaro Robledo & Cía. En cuanto mis ojos volaron hacia él, y su mirada, esa profunda y oscura mirada, atravesó mi pecho para clavarse directamente en mi corazón, supe que estaba perdida. Me había enamorado de él por completo. Y entonces llegó la fiesta del cónsul. Y, a partir de ahí, las siguientes semanas fueron una sucesión de comentarios amables y gestos galantes que dieron paso a miradas cargadas de deseo, conversaciones susurradas y gestos que despertaban fuego entre ambos. Hasta que una noche en la que el despacho se había quedado vacío, nos lanzamos en un combate feroz donde hasta el último de los deseos fue saciado sobre mi abarrotada mesa llena de carpetas, y nuestra ropa, casi exterminada. Y ahí empezó todo. Cuando llevábamos cuatro meses juntos, le planteé la opción de hacerlo público, pero él lo había declinado, argumentando que su padre no aprobaría que dos de sus empleados mantuviesen una relación sentimental, por lo que lo mejor era esperar.

«No quiero perjudicarte, Nadia, eres una abogada brillante, y llegarás muy lejos, y por eso debemos mantener lo nuestro en secreto. Quiero que sigas ascendiendo, quiero que llegues tan lejos como te propongas, pero para eso debemos ser cautos.»

Y yo le había creído, claro, porque estaba enamorada hasta la última célula de él. Y mantuve el secreto dos años. Dos años en los que disculpé cada gesto de indiferencia, de citas en otras ciudades, de fines de semana en hoteles alejados, donde nadie podría reconocernos. Soporté cada mirada de indiferencia en el despacho, su falta de detalles, su falta de interés...excusé todas y cada una de sus ausencias a las cenas románticas que le preparé en mi piso y a las que él no vino. Apagué todas y cada una de las velas que adornaban esas cenas mientras las lágrimas corrían por mi mejillas sin decir palabra. Lo aguanté todo porque estaba tan enamorada y ciega que no supe ver que eso, fuera lo que fuera, no era amor. Cerré los ojos unos segundos, mientras escuchaba el parloteo de mis primos de fondo, mientras mi mente volvía al día anterior. El día en el que mi mundo se había venido abajo.

Estábamos en la reunión prenavideña anual en la que, como cada año, se nos reunía a los veinte trabajadores del despacho Álvaro Robledo & Cía. para un breve brindis con cava del caro y canapés de nombres impronunciados. Soborno justo por tener que soportar otro año más el recargado y aburrido discurso de agradecimiento de nuestro jefe por estos doce meses de entrega total al bufete. Yo me había apostado en una esquina de la sala de reuniones, como hacía siempre, y apenas había dado un sorbo a aquel brebaje dorado y amargo, cuando Álvaro entró, enfundado en un traje chaqueta que se ceñía magistralmente a su cuerpo. Un cuerpo de diez que casaba a la perfección con ese rostro masculino, interesante y atormentado que estaba enmarcado por ese cabello oscuro y corto en el que mis dedos se habían perdido más de una vez.

Lo vi apostarse en la esquina contraria a la mía, saludar a todos con un educado ‘Buenas tardes’, y empezar, disimuladamente, su recorrido visual por la sala, estudiando como un puma cada rincón, cada cara, hasta que me localizó, y sus hombros habían descendido en un gesto de alivio, como hacía siempre. Y la tonta que hay en mí había sonreído. Como hacía siempre. Vocalicé un leve ‘Te he echado de menos’, que solo él captó, y su sonrisa no solo no llegó a sus ojos, sino que su mirada se oscureció, y algo, una pequeña señal, empezó a sonar como un leve ronroneo en mi cabeza, lanzando destellos rojos en todas direcciones. Miré al resto de mis compañeros, que parecían absortos en sus livianas conversaciones sobre planes navideños, y volví a mirar a Álvaro, que evitó todo contacto visual hasta que la grave voz de Álvaro Robledo padre irrumpió en la sala, creando un enorme silencio.

—Como sabéis —empezó—, cuando fundé este despacho, lo hice convencido de que mi hijo

seguiría mi senda, y que me depararía grandes alegrías, como así ha sido —lo miró, orgulloso, y yo no pude evitar hacer lo mismo—. Álvaro no solo ha conseguido llevar a buen término importantes litigios que se nos han presentado este año, sino que ha conseguido que el despacho sea incluso internacionalmente reconocido por su gran labor en el comercio aduanero. Buen trabajo, hijo.

Una discreta salva de aplausos acompañaron sus palabras, y Álvaro sonrió levemente. Porque sí, era verdad. Le debíamos la mayor parte de los triunfos del despacho a él, a su tesón, a su talento, a su infatigable capacidad de trabajo. Álvaro era el que más horas invertía en las tareas allí dentro, el que más se esforzaba, el que más rendía. De hecho, cada viernes a las cinco de la tarde, mientras todos salíamos casi atropellándonos unos a otros por la puerta, dispuestos a disfrutar del fin de semana, Álvaro se quedaba allí, examinando cada caso y elaborando posibles directrices para cada uno de ellos. Y gracias a eso, cada lunes, religiosamente, todos los abogados que componíamos el despacho teníamos una carpeta sobre nuestra mesa con las instrucciones detalladas de los artículos que debíamos usar para cada caso en concreto, y anotaciones a tener en cuenta de las particularidades de cada uno de ellos. Era el mejor, y lo era porque amaba su trabajo, sin restricciones, sin límites.

—Gracias —se limitó a decir él, con humildad, y esta vez sí, sus ojos buscaron directamente los míos.

Le sonreí, y hablamos sin necesidad de palabras. Porque sí, era el mejor abogado. Pero para mí era mucho más que eso. Álvaro también era amable, tierno, protector, divertido, y con un punto rebelde y loco que era capaz de trastornarme por completo. Ése era el Álvaro que yo conocía. El Álvaro del que me había enamorado, que era capaz de venir a mi casa a las cuatro de la mañana tras terminar un turno en el despacho de dieciocho horas, solo para dormir conmigo (y me refiero solo a dormir), porque llevábamos tres días sin vernos. El que estuvo enviando veinte ramos de rosas blancas a mi casa a diario, durante una semana, tras nuestra primera discusión, para que le perdonase.

El que se quedó conmigo, sin separarse un solo segundo, cuando pillé aquel maldito virus estomacal que me hizo ver al mismísimo San Pedro. El que me metió en la bañera, sostuvo la papelera mientras devolvía hasta la primera papilla, me secaba el sudor de la frente, y cambiaba cada dos minutos el paño helado sobre mi frente, porque yo era incapaz de hacerlo. El que estuvo dos días sin dormir, comer o apenas beber, para cuidarme. Ése, y no otro, era el Álvaro del que yo me había enamorado. El auténtico Álvaro. Los segundos pasaron, mientras las felicitaciones volaban en todas direcciones, hasta que una en concreto, con voz femenina, hizo chirriar mis dientes.

—¡Bravo, Álvaro! —sonó la voz de Carlota, al fondo, resonó en su agudo timbre habitual, y todos nos giramos, para verla ejecutar un refinado y contenido aplauso, digno del concurso de belleza más recargado, rancio y remilgado que existiera. Gesto al que mi chico respondió con una breve sonrisa que me hizo ahogar una risa seca.

Conocía todas las sonrisas de Álvaro, y ésa, sin duda, era del grupo de las mordaces. Miré con indiferencia a Carlota, y ella me devolvió la misma expresión, como siempre hacíamos. Carlota Ruiz de Avendaño era la tercera socia del despacho. Alta, rubia, guapa, cuerpo sublime, treinta años, culta, aristócrata, estirada y perfecta. Era el ojito derecho de Álvaro Robledo padre en el departamento de Derecho internacional, y su fama estaba creciendo como la espuma. Ya había salido varias veces en televisión por los casos que llevaba, y una conocida revista de cotilleos famosa por sus pretenciosos reportajes, la había sacado ya dos veces en su portada

mostrando su fabuloso chalet en las afueras, en una exclusiva urbanización, y su no menos fabuloso armario, que debían costar más que todos mis órganos juntos en el mercado negro. Compuse una mueca de desdén, y me giré otra vez hacia mi jefe, que continuó su discurso.

—Sé que este año ha sido intenso laboralmente para todos, y quiero agradeceros vuestra entrega al despacho, y las horas extras que habéis invertido en todos y cada uno de los casos. De verdad que os agradezco el esfuerzo. Y por todo ello he de anunciaros que se avecinan cambios, cambios drásticos, pero necesarios.

—¿Cambios? —preguntó Marga, nuestra sexagenaria y querida secretaria.

Me giré hacia ella, observando su ceño fruncido. Llevaba trabajando en ese despacho desde que Álvaro Robledo padre lo había abierto, hacía ahora casi cuarenta años. Todos la adorábamos. Era tenaz, alegre y trabajadora como nadie, y por esa razón, su ceño de preocupación, más que otra cosa, me hacía recelar sobre los cambios a los que se refería mi jefe supremo (y suegro, en secreto).

—Sí, cambios —continuó Álvaro padre, con firmeza—. El despacho se nos ha quedado pequeño para la cantidad de casos que aceptamos, y por ello es necesario dar un paso más allá, y tener amplitud de miras.

—¿Abrimos nueva sede en Castañar? —Se escuchó al fondo, y me giré para ver a Nico, de mercantil, mirándole esperanzado. Castañar era la otra gran ciudad de la provincia, y abrir nueva sede allí implicaba mudanza obligatoria. Algo que al parecer entusiasmaba a mi compañero.

Mi jefe ladeó la cabeza, y se aclaró la voz.

—Algo así. Abriremos una nueva sede, pero no será en Castañar.

—Pero entonces...

—He decidido que, a partir del próximo año, abriremos en Zurich un nuevo despacho dedicado al derecho internacional que será liderado por mi hijo, Álvaro Robledo II. Esta semana ha sido su última aquí, y espero que todos sepamos despedirle como se merece y desearle suerte en esta nueva aventura.

Paf. Bum. Crac. Una oleada de murmullos llenó la estancia, y mis ojos buscaron los suyos. Me giré hacia él, que parecía esquivar mi mirada a propósito, y la misma alarma de antes empezó a sonar con más fuerza dentro de mi cabeza. ¿Qué estaba ocurriendo allí? ¿Y por qué no me miraba? ¿Qué estaba ocultando?

—¿Se sabe ya quiénes compondrán el equipo? —Preguntó Otilia, del departamento de derecho penal.

—Sí, el equipo ya está elegido, así que lo iré desvelando en las próximas semanas. Mi intención es que Álvaro vaya primero, para ir organizando el trabajo, haciendo los primeros contactos, y, cuando esté asentado, enviar al resto de integrantes del nuevo despacho —nuevos murmullos de entusiasmo se escucharon por toda la sala. Vi a Álvaro padre sonreír, y estirarse levemente la chaqueta, con gesto satisfecho—. Por descontado, su novia desde hace cuatro años, Carlota Ruiz de Avendaño, será una de las afortunadas en esta nueva aventura. Su incorporación se prevé para dentro de tres meses, una vez se celebre el enlace nupcial entre mi hijo y ella que está ya planificado, y al que, os anuncio desde ya, estáis todos invitados.

Plaaaaaass. Ése fue el sonido que hizo mi copa de cava al estrellarse contra el suelo, mientras el sonido de los aplausos y las felicitaciones se escuchaban en sordina en mis oídos. ¿Qué acababa de...? No, no, no. ¿Qué demonios...? ¿Álvaro y Carlota...? No, no, no, no. No. Mi cuerpo cayó a plomo contra la pared, y apenas pude hilvanar una respiración tras otra, mientras la visión se me nublaba y hacía verdaderos esfuerzos para enfocar la imagen y sentía mi corazón martillar

en mi pecho hasta casi rompérmelo, mientras mi sangre parecía estar escarchándose dentro de mis venas.

Parpadeé, confusa, y manoteé a mi alrededor, en pleno ataque de pánico. ¿Por qué no podía ver nada? ¿Qué era esa neblina que se había posado en mis ojos? La respuesta llegó dos segundos después, cuando algo mojado y salado tocó mis labios. Lágrimas. Estaba llorando. Gruesas lágrimas salían de entre mis pestañas, sin control, descubriéndome. Salí de aquella sala corriendo cegada por la turbación, rumbo al vestíbulo, con el único pensamiento de alcanzar la puerta de la calle cuanto antes. Llegué al pasillo del edificio, y bajé las seis plantas corriendo por las escaleras, casi torciéndome varias veces ambos tobillos, mientras mis tacones restallaban por el pulido mármol, casi volando por los peldaños. Cuatro años. Llevaban saliendo cuatro años. Apenas había pisado el mármol de las baldosas del vestíbulo del edificio, viendo la luminosa calle, con las aceras pobladas de peatones, cuando sentí una mano cerrarse en torno a mi brazo.

—¡Nadia, joder, espera!

Álvaro. Me giré hacia él, contemplando su torturada expresión, y esos oscuros ojos en los que me había ahogado tantas veces, y que ahora apenas podían mirarme sin que la culpa los llenase por completo, oscureciéndolos. Su mano soltó mi brazo, casi acariciándolo, y me zafé de él.

—Nadia, por favor, deja que te lo explique, deja que...

—¿Qué vas a explicarme, Álvaro?! —grité —¿Cómo has podido hacerme esto?!

—Yo...maldita sea, quería decírtelo, pero no encontré el momento, y ahora...

—Ahora te vas —corté, seca—. Sí, porque te vas la semana que viene, ¿verdad? Pero no te vas solo, no. Te vas con tu maldita novia, esa a la que has estado engañando conmigo dos años. Bueno, al menos ahora sé dónde estabas las noches que no dormías conmigo.

—¿Qué?! ¡Carlota es mi novia solo de cara a la galería, no siento nada por ella, por favor, tienes que creerme!

—¿Creerte? ¿Te crees que soy idiota? ¡Yo solo era el paño de lágrimas cuando discutías con ella, ¿verdad? ¡El maldito revolcón de emergencia!

—¿Qué?! ¡No, claro que no! ¡Carlota y yo...joder, Nadia, no me he acostado con ella desde que estoy contigo! ¡Yo...ella...maldita sea, no hay nada entre nosotros! ¡Y quería decírtelo, quería hacerlo, pero no sabía cómo hacerlo!

—¿Qué no sabías cómo hacerlo? ¿En serio?

—Es...es complicado, ¿vale? No es fácil ser yo, no es fácil tener el apellido que tengo, ni la notoriedad que tengo por ser hijo de quién soy, y...

—Lo que eres es un cobarde que se ha estado riendo de mí dos años, pero eso se acabó para siempre, Álvaro. Para siempre.

—No digas eso, Nadia, por favor, no digas eso. Yo... —se pasó las manos por el pelo, frenético—. Esta noche iré a tu casa, y hablaremos de esto. Ahora...ahora estamos muy nerviosos, y...

—¿Nerviosos? ¡Vas a casarte. Álvaro! ¡Vas a casarte con Carlota en tres meses!

—¡No voy a casarme con ella! ¡No voy a hacerlo!

—Pues no parece que tu padre y ella lo sepan —solté, mordaz.

—Porque ellos, mi familia...joder, Nadia. Es complicado, es muy complicado, y...

—¿Me quieres? —solté, sin pensar, haciendo que la mirada de ambos se anclara en un solo segundo.

—¿Qué?

—¿Tú me quieres, Álvaro? Responde.

Última esperanza, último rayo de luz. Ese era el momento en el que tenía que decidir, el momento en el que tenía que dar un paso al frente por nosotros. El momento de ser valiente, y saltar al vacío por mí. Pero...no lo hizo. El ambiente se tiñó de ese halo que tienen los recuerdos esenciales de nuestra vida, mientras nos contemplábamos de frente, expuestos, sin escudo. Mis ojos suplicaron, rogaron, clamaron una respuesta que sabía no llegaría, y su mirada descendía al suelo. Y habló el silencio. Espeso y doloroso silencio que marcaba un final precipitado a un engaño que había durado demasiado tiempo. Le escuché murmurar un ahogado “Nadia, por favor, escúchame, yo...”, y mi cuerpo, ese ser desconocido que a veces tomaba sabias decisiones cuando mi cabeza no hacía bien su trabajo, se giró, y mis pies caminaron despacio hacia la salida, hacia un futuro incierto que ahora se cernía cruelmente sobre mí. Se había acabado, para siempre. Y la oscuridad, con todos sus monstruos y sus demonios, me acogieron en su siniestro reino.

Alcé los ojos hacia la pantalla del teléfono, volviendo al presente, a aquel frío aeropuerto, donde la ventana de la conversación con mi numerosa familia seguía abierta, y mis primos ahora hablaban sobre algo con sabor a mostaza que habían probado en el aeropuerto de Helsinki.

—Era como una gelatina, algo baboso, y cuando te resbalaba por la garganta, sentías como si tuviese patas, y...

—Bueno, chicos, tengo que dejaros.

—Pero si no te hemos contado lo que le pasó a Hugo con aquella patata rancia aún. Prepara tu estómago, porque es asqueroso —empezó mi primo Daniel, entusiasmado ante la idea de abochornar a su hermano mayor—. Verás, el muy idiota empezó a comérsela creyendo que lo verde que tenía por encima era una sal...

—Lo siento, Dani, pero me quedo sin batería —mentí.

—Está bien, está bien —dijo mi madre, apareciendo por una esquina—. Llama cuando salga tu vuelo. Aunque el aeropuerto está cerca de aquí, ya sabes cómo conduce tu padre. Ya sabes que la cosa puede llevarnos horas, o días.

De fondo se escuchó un ofendido y lejano ‘¡Eh!’, y me reí. Mi padre estaría metido con mis tíos en la cocina de la enorme cabaña que habíamos alquilado, casi con toda seguridad, cocinando alguna de sus especialidades. Salmón carbonizado, lasaña cruda, o verduras derretidas. Jesús, la que me esperaba.

—Está bien, os llamaré, lo prometo. Adiós, os quiero a todos.

—Y nosotros a ti. Feliz navidad, hija. Y abrígate, que ese aeropuerto es muy frío.

—Lo sé, mamá. Bueno, feliz navidad para vosotros también. Os quiero.

Colgué, tras despedirme del resto de mi familia, y me coloqué el bolso estilo bandolera, poniendo rumbo a la única tienda de libros y revistas abierta a esa hora. Los vuelos no iban a despegar en toda la noche, e iba a necesitar algo más que el aburrido hilo musical para entretenerme. Caminé por aquellos atestados pasillos llenos de viajeros con vuelos cancelados, y distinguí al fondo la tienda, de un intenso color rojo, y presidida por la estatua de un reno a tamaño real. Aceleré el paso hasta llegar allí, y las cálidas luces de la tienda, las pilas de revistas, y las abarrotadas estanterías de color rojo me dieron la bienvenida a mi pequeño oasis particular. Suspiré, satisfecha, y di los primeros pasos, sorteando al resto de compradores.

Pasé de largo por la sección de autoayuda (aunque, irrevocablemente, volvería a ella, era consciente de eso), obvié las secciones de cocina, hágalo usted mismo, mascotas, jardinería, origami, yoga, pilates, dieta sana y otra que no supe distinguir bien, pero que a primera vista era una mezcla entre erotismo y disfraces, y fui directa a los *best sellers*. Porque sí, en ese momento estaba tan alicaída que dejaría que la crítica literaria eligiese por mí con qué lectura me

entretendría las siguientes horas.

Miré títulos, leí sinopsis, abrí, cerré, resoplé con los argumentos de varias novelas, sin tener idea de qué escoger. Me pasé a la parte de revistas femeninas, donde los títulos de los reportajes no podían sentarme peor que un puñetazo en el estómago en ese momento de mi vida. ‘¿Sola en navidad?’, ‘¿Temas haber dejado escapar al hombre de tu vida?’, ‘¿Has malgastado los mejores años con un amor imposible?’, ‘¿Abandonada por una chica más joven?’, ‘Destinos turísticos donde esconder un desengaño amoroso’. La autoflagelación femenina no conoce límites, desde luego. Dejé las revistas en su sitio, mirando de pasada las revistas masculinas, y una expresión de estupefacción llenó mi rostro al completo. ‘Haz que se derrita por ti’, ‘¿Nueva chica en la oficina? Te decimos cómo conquistarla’, ‘A reina muerta, reina puesta. Claves para ligar’, ‘Saca tus músculos de paseo, y vuélvelas locas’, ‘Decálogo del ligón de discoteca. Consejos para triunfar en la pista’, ‘¿Eres de los que abarca a dos manos? Claves para que no te descubran’. Desde luego, un documental de la naturaleza no podía ser más gráfico que eso.

Coloqué las revistas otra vez sobre la pequeña pila, yendo hasta la sección de libros de bolsillo, pequeñas joyas asequibles y manejables al alcance de todos, y tomé varios al azar, leyendo sus títulos. ‘Navidad en París’, ‘Cuentos terroríficos de navidad’, ‘La vida es navidad’, ‘Los corazones se derriten en navidad’, ‘Un amor por navidad’...Cielo santo, iba a tener sobredosis navideña. Alargué la mano hasta un libro de lomo granate, y leí el título. ‘Las mejores canciones de Navidad de la historia’. Lo abrí, con curiosidad, y sonreí, abochornada. Era, sin duda, el peor libro de la tienda. Una especie de recopilación musical de las canciones más horteras de temática navideña, y una breve reseña de su historia. Y, como era de esperar, adjuntaba un compact disc. Sí, un compact disc. Aquellas cosas circulares que triunfaban en los noventa. Lo tomé entre las manos, leyendo cada título.

1. We wish you a merry christmas. Popular.
2. Last christmas. Wham.
3. It is beginning to look a lot like christmas. Michael Bublé.
4. Underneath the tree. Kelly Clarkson.
5. So this is christmas. Celine Dion.
6. Slept into christmas. Elton John.
7. Christmas C’mon. Linsdey Stirling & Becky G.
8. Blue christmas. Elvis Presley.
9. All I want for christmas is you. Mariah Carey.
10. Santa tell me. Ariana Grande.

Sí, señores y señoras. El recopilatorio más chirriante, recargado, y tópico de estas fiestas estaba entre mis manos a un precio increíblemente ridículo. Mi autoestima y autocompasión habían tocado fondo, así que ¿Por qué no? ¿Qué más daba ya? Abrí mi bolso, buscando el monedero, cuando todo se desparramó sobre el suelo, sembrando las impolutas baldosas con mi maquillaje, mis agendas, bolígrafos, mi neceser *‘beautyquín’* de emergencia, varios paquetes de pañuelos de papel y un sinfín de recibos de toda índole. ¿Pero es que la mala suerte se había quedado encerrada conmigo en ese aeropuerto y pretendía que nos hiciésemos amigas? Desde luego, lo parecía. Me agaché, apurada, recogiendo todo, cuando una voz masculina, ronca y grave, retumbó detrás de mí.

—Señorita, creo que se ha colado.

—Pero si no estoy en... —protesté, girándome hacia la voz, cuando dos destellos esmeralda que me miraban con gesto de fingido enfado me cortó la respiración, el flujo sanguíneo, y...todo.

Todo desapareció en ese momento.

Era un hombre joven, de apenas treinta años, rubio, y una sonrisa que solo podía comparársele al primer rayo de sol que sale tras la tormenta. Guau. Mi mente lanzó un silbido desde algún remoto lugar, y creo que mi cuerpo hizo lo mismo, deleitándose en cada centímetro del cuerpo de ese hombre. Mis ojos descendieron por su cuerpo, encontrándome con la chaqueta de *France airlines*, y mi boca se abrió sola. Era un piloto.

—Yo, lo siento, me...

—Colaste, sí, lo sé. Yo, y todos.

—Perdón —dije, aturdida por su presencia.

—Tranquila, paga y ya está. No es para tanto. Pero convendría que la próxima vez fuera más considerada con el resto de consumidores.

Obedecí, sin saber por qué lo había hecho, mientras su perfume se colaba por mis fosas nasales y, aspiré, intentando identificarlo. Era un toque de algodón, madera, y...algo más. ¿Sándalo? ¿Almizcle? No. Era...era...nieve. Ese piloto olía a nieve. Me quedé mirando hacia él, cuando la chillona voz de una dependienta excesivamente maquillada, excesivamente motivada y excesivamente estresada me instaba a pagar cuanto antes.

—Señorita, por favor, hay más clientes esperando.

—Estás colapsando la tienda —me dijo el chico de los ojos verdes, estirando la comisura de la boca en un claro gesto de burla, y yo tragué saliva, girándome hacia la dependienta, mientras varios bufidos de alivio resonaban por el local.

Me acerqué al mostrador, y sonreí a la dependienta, que no solo no me devolvió la sonrisa, sino que me dio el cambio y mi libro-CD, con los ojos ya puestos en el siguiente cliente que, como no, era el sexy y atractivo piloto que estaba a mis espaldas.

—Gracias por su compra. Le deseamos una feliz navidad. *Vielen dank, wir wünschen Ihnen Frohe Weihnachten. Thank you very much and we wish you a merry christmas*—me respondió en la que a todas luces era una despedida estándar.

Me di la vuelta, arrojé la coqueta bolsa al fondo de mi bolso, y crucé el pasillo de la tienda, rozando, sin querer, la piel del desconocido que olía a nieve, y las llamas y el más ardiente fuego pareció traspasar la fina piel de mis manos, lanzando una sacudida eléctrica a todos mis sentidos. Alcé los ojos hacia él, y sus verdes y profundos ojos traspasaron los míos. Tragué saliva, apurando el paso, y salí de allí, mientras una vocecita resonaba en mi cabeza con aquella maldita canción, ‘We wish you a merry christmas’, y el recuerdo de aquellos ojos que quemaban hasta la última mota de mi ser.

Capítulo 2

Álvaro Last christmas

La he jodido. Así de claro, así de duro. No me lo podía creer. No me lo podía creer, joder. ¿Por qué no le dije a Nadia que planeé lo de Zurich para que pudiéramos estar juntos? Llevaba los últimos seis meses ultimando cada detalle del maldito plan para presentárselo a mi padre y que diese el visto bueno, y lo había conseguido. Por fin. Todo parecía que iría rodado desde ese momento, pero no. Todo se había ido por la borda en un maldito minuto en cuanto nombró a Carlota. Joder. ¿Por qué no le hablé a Nadia de lo de Carlota? ¿Por qué no lo hice? Ahora ya era tarde.

Había perdido al amor de mi vida, que ahora iba camino de la lejana Finlandia, por ser un...un...imbécil, porque eso es lo que era, un idiota que no había sabido valorar a la mujer que tenía a su lado hasta que fue demasiado tarde. La única mujer que había sabido ver al verdadero Álvaro, y no al que se exponía cada día de cara a la galería, ése hecho a medida de toda la maldita gente que estaba a mi alrededor y que llevaban ahogándome en el pozo de los convencionalismos desde que tenía uso de razón.

Álvaro Robledo II, un prestigioso abogado descendientes de una de las familias más ricas del país, miembro del Real Club de Golf, del Real Club de Tenis, del Club de la Real Ciudad de Pinar, del Real Club...de todos los reales clubes de la toda la maldita provincia. Un tipo correcto y elegante que se prodigaba en incontables eventos sociales orquestados por todos aquellos que dictan el protocolo social. Un joven que invertía horas de gimnasio para aparentar lo que no era, el hombre de las sonrisas falsas, de los halagos vacíos, de las conversaciones vanas y políticamente correctas...ese falso Álvaro que, de tanto presionarlo, estaba empezando a romperse.

Un falso Álvaro que se asfixiaba día tras día en una vida que detestaba. Pero entonces llegó ella, y todos los sueños, los ideales, los anhelos, los planes largamente pospuestos salieron del lugar en el que lo habían escondido, reclamando su lugar. Y el verdadero Álvaro, ese tipo sencillo, entregado, pasional y divertido, volvió a nacer gracias a ella, a Nadia Umbría. Una sencilla abogada que había irrumpido en mi vida cuando menos la esperaba, y que había encendido, como nadie, hasta el último rincón de mi corazón. Esa Nadia que ya no volvería. Esa Nadia a la que había perdido por no haber hablado claro con ella desde el principio. Esa Nadia que mi corazón reclamaba a gritos cada noche. La misma Nadia que sabía prender mi piel, y mis sentidos, como nadie había hecho jamás. Esa Nadia. Mi Nadia.

Inspiré, despacio, con los recuerdos de la última noche que pasamos juntos envolviéndome. Y todos los besos, todas las caricias, todos los gemidos, el sudor, el placer que habían ocurrido entre las cuatro paredes de su dormitorio volvieron, llenando con su mullida suavidad cada rincón de mi alma. Me vi a mí mismo otra vez acostado en su cama, rodeando su cálido y desnudo cuerpo con mis brazos, con ese suave, casi imperceptible olor a manzana que desprendía su cabello casi acunándome. Nuestras miradas se cruzaron apenas unos segundos mientras contemplábamos el amanecer a través del cristal, al tiempo que nuestras manos y nuestros labios seguían hablando el

idioma de las caricias y los besos suaves que nos dejaban con ganas de más.

«Estaría así toda la vida», le había dicho, depositando un beso en su nuca.

«Así, ¿Cómo, desnudo y en mi cama?», se rio ella.

«Qué graciosa. No, me refiero a estar aquí, contigo, siendo solo tú y yo, Álvaro y Nadia, sin apellidos.»

«Pues hazlo.»

«¿Qué?»

«Que lo hagas, Álvaro —dijo, mirándome con esos ojos negros que me dejaban sin respiración cada vez que me perdía en ellos—. ¿Por qué no abandonas el despacho de tu padre, y montas el tuyo propio? Eres el mejor abogado que conozco, y no te faltarían clientes jamás.»

«No es tan sencillo. Él...él no permitiría que dejase el despacho jamás. Me hundiría, Nadia, no conoces a mi padre. Jamás podría ser alguien dentro del mundillo.»

«Pero serías feliz.»

«Soy feliz cuando estoy contigo, y con eso me basta.»

«Pero eso no es suficiente, Álvaro. Mereces ser feliz, mereces ser dueño de tu vida, y allí te estás asfixiando. Y sé que terminarás rompiéndote. Cargas con todo el peso del despacho sobre tus hombros, y hay noches que ni siquiera duermes porque te quedas trabajando. Eso...eso no es sano, ni bueno, cariño.»

«Lo sé. Pero...dame tiempo, ¿vale? Dame tiempo, y me alejaré de los tentáculos de mi padre. Ya pensaré el algo para que seamos felices los dos juntos, sin ocultarnos, sin miedo a nada.»

«¿En una especie de tú y yo contra el mundo?», preguntó, arqueando una ceja, divertida.

«No. Tú y yo en perfecta armonía con el mundo, Nadia. En perfecta armonía, porque es como me siento a tu lado.»

«Suena demasiado bien, casi como un sueño.»

«Un sueño, no. Una promesa.»

«¿Una promesa?»

«Eso es. Una promesa. Te prometo que aunque tenga que sudar sangre, sudor y lágrimas para que eso ocurra, lo haré. Por favor, confía en mí.»

«Confío en ti, Álvaro. Te confiaría mi vida.»

La besé, fundiéndome en ella una vez más, sintiendo la fuerza de la promesa que acababa de hacerle grabarse a fuego en mi piel. Porque pensaba cumplirla, independientemente de las consecuencias que conllevara. Íbamos a estar juntos, aunque tuviese que ir y volver al infierno cien veces para conseguirlo. Íbamos a ser felices.

«Te quiero, Álvaro.»

«Y yo a ti. Con todo mi corazón.»

Nos fundimos en el beso más cálido, más increíble y sensual que nos habíamos dado nunca, porque ese era el momento más único, íntimo y profundo que jamás habíamos vivido, exponiéndonos por completo, sin dobleces, sin desconfianza. Exponiendo nuestros corazones, mostrándonos tal como éramos. Álvaro y Nadia. Dos almas perdidas destinadas a encontrarse, aunque suene a tópico. Mi cuerpo rodó sobre el suyo, que me recibió con todo el calor, con todo el amor, y devoré, saboreé, disfruté su cuerpo como si fuera el último néctar de la tierra.

Mis dedos se perdieron en sus cabellos, enredándose, estrechándola contra mí, sintiendo que el cielo, y el infierno, con todos sus ángeles y sus demonios, se habían reunido esa cama, en nuestros cuerpos, y nada, ni nadie, conseguiría separarnos. Y lo sentí, sentí esa voz interior diciéndome que ella era la mujer de mi vida. Me aparté levemente de ella, susurrando un ahogado

“Lucha por mí, preciosa. Por favor, lucha por mí”, al que ella había respondido con un breve, y firme “Hasta el final”, y mi corazón se había llenado por completo en la que fue la noche más preciosa y feliz de mi vida.

—Álvaro, ¿estás bien? —Una voz de mujer me devolvió a la realidad de golpe, y me volví, intentando ubicarme.

Estaba conduciendo el Audi, mi coche, junto a Carlota, mi novia oficial desde hacía cuatro años. Cuatro años, sí. Cuatro años de mentiras, de engaños, de falsas apariencias, de intimidad inexistente. De infidelidades por ambas partes. Sí, nuestra relación era una farsa desde hacía tiempo. Yo con Nadia, y ella con incontables amantes ocasionales. La última vez, apenas hacía dos semanas, cuando la llamé para preguntarle dónde había metido unos informes del despacho que necesitaba para un caso que estaba preparando. Apenas eran las diez de la noche cuando su teléfono por fin dio tono, tras dos horas intentando contactar con ella.

«¿Carlota?»

«¿Quién eres?» Respondió un hombre, y me eché hacia atrás en la butaca, ahogando una carcajada seca. Desde luego, la discreción ya había dejado de preocuparle.

«Soy un compañero suyo del despacho. Ella...¿está cerca?»

«Está en la ducha. Ha quedado para cenar con un tipejo, y tenía que asearse después de...ya me entiendes.»

«Sí, claro,» respondí. Casualmente, ese ‘tipejo’ era yo. Decidí jugar mis cartas, y divertirme un poco más.

«Sí, entiendo. Mujeres.»

«Ya te digo, tío.»

«Y bien, ¿qué tal ha ido la cosa?», pregunté, lanzando la caña. Me jugaba lo que fuera a que el pobre imbécil no debía ser muy listo.

«Joder, me la he tirado tres veces, así que ha ido de puñetera madre», soltó, y yo me había carcajeado.

«Vaya, pues felicidades. Bueno, te dejo. Igual tienes suerte y coronas una cuarta en la ducha.»

«Joder, claro, me pone un montón hacerlo en la ducha. Buah, te dejo, que me la voy a follar otra vez contra la pared. ¿Quieres que le deje algún mensaje?»

«No, tranquilo. No le digas que he llamado. Le diré a mi jefe que no he podido contactar con ella, para que no se meta en un lío.»

«Bien pensado, colega.»

«Sí, ya...bueno. Adiós.»

Y había colgado, sacudiendo la cabeza. Desde luego, lo que teníamos no era ni medio normal. El problema es que no podía dejarla. ¿Por qué? Porque...básicamente, porque no tenía elección. Carlota no era solo mi novia, no. Era la socia principal del despacho de mi padre, y su familia, una de las más poderosas a nivel legal de la provincia. Ese, y no otro, era el verdadero secreto de que ganásemos todos los juicios que se nos planteaban. Los jueces y nosotros éramos prácticamente familia, como me recordaba mi padre continuamente.

Ella se había encaprichado conmigo cuatro años atrás, cuando nos presentaron, y me había visto metido en una relación casi forzada con ella. Todo mi círculo me había presionado al máximo para que empezáramos a salir. Todos excepto Luis, mi mejor amigo, que había aseverado con unos contundentes “Esa tía es una serpiente, Álvaro, aléjate de ella”, “Te estás buscando la ruina tú solo, amigo, déjala de una vez”, a los que yo había respondido con un resignado “No tengo elección, Luis”, al que mi amigo había respondido con un suspiro, un apretón en el hombro y

su lapidaria frase “Cuenta conmigo cuando lo necesites, ¿vale? Esa tipa va a hacerte la maldita vida imposible, lo sé.”

Los dos primeros años fueron un maldito infierno para mí. Carlota absorbió cada segundo de mi tiempo, mientras sus infidelidades se sumaban, una tras otra, al igual que sus amenazas cada vez que intentaba dejarla. Amenazas a las que se sumaba mi propia familia, que veían en ella un potente arma laboral a la que no estaban dispuestos a renunciar. Y así empezó una de las etapas más oscuras de mi vida. Hasta que apareció Nadia, y esa soga invisible que llevaba al cuello, simplemente, desapareció. Empecé a ser feliz, otra vez. Hasta ayer, claro.

Cambié la marcha del coche, con rabia, adentrándome en el bulevar de los Olmos, mientras mi cabeza empezaba un nuevo bombardeo de reproches e insultos. Maldita sea. Giré el volante, con brusquedad, cuando la voz de Carlota volvió a traspasarme los oídos.

—Álvaro, te he preguntado si estás bien.

—Sí, tranquila, solo estoy cansado —respondí escuetamente, y parpadeé, fijando la vista en las aceras, llenas de gente cargadas con bolsas. Maldito consumismo navideño.

—No me extraña. Esa fiesta era para dormir a cualquiera. Menudo coñazo.

Acabábamos de venir de una fiesta que organizaban algunos compañeros del despacho de abogados en la casa de Julia, una abogada rubia, pizpireta y divertida que, casualmente, era la mejor amiga de Nadia y su compañera en el departamento de derecho civil en el despacho. Apenas habíamos estado allí una hora, lo que marcaba la buena educación, y nos habíamos ido. Carlota porque los detestaba a todos, y yo, pues qué queréis que os diga. Permanecer en casa de una chica que tiene las estanterías de su salón llenas de fotos donde una guapísima Nadia posa sonriente y feliz, no iban a ayudarme en absoluto en el lento proceso de la autoflagelación y el olvido.

—Menudo desastre. Menos mal que hemos podido irnos pronto —dijo Carlota, sin molestarse siquiera en disimular una mueca de desdén—. ¿Sabes lo que vi en las bandejas de canapés antes de que nos fuéramos? ¡Bocaditos de aguacate con gambas y salsa cocktail! ¿Se puede ser más vulgar? ¡Por favor! ¡Qué poca clase! ¿Es que hemos vuelto a los ochenta?

Suspiré, encogiéndome de hombros, y giré por el cruce que nos llevaría a la exclusiva urbanización donde vivíamos Carlota y yo. Separados, claro.

—Pues a mí me encantan —dije, solo para molestarla—. Deberías habérmelo dicho. Me habrían venido bien para acompañar la sidra.

—¿Qué?

—Pues que me lo tenías que haber dicho. Quizás había pinchitos de quesitos y cherries también, y yo no me enteré. Me pirran.

—Desde luego, Álvaro, cada día eres más idiota.

—Ya ves.

Carlota había inspirado, con fuerza, y me había girado la cara. Seguí conduciendo en silencio, siguiendo el ritmo de la canción de la radio dando leves golpecitos al volante. Puse el intermitente, cambiándome de carril, cuando el chasquido de la lengua de Carlota me sobresaltó.

—Por ahí, no. Gira por Robledo a la izquierda. He quedado para tomar algo con Carlos, de Arrainz asociados. Su hermana trabaja en Zurich, y quiero saber qué se cuece allí antes de que vayamos —dijo, retocándose el labial, sin mirarme una sola vez—. Tenemos que saber quién es quién en Suiza, Álvaro, para no mezclarnos con la gente equivocada.

—Carlota, en cuanto a lo de Suiza, tenemos que hablar.

—Lo sé, tenemos que discutir varios puntos antes de ir allí.

—No hay nada que discutir, solo aclarar —puntalicé.

—Está bien, aclarar entonces. Después de la boda, vas a tener que cambiar ciertos comportamientos que he estado pasándote por alto todos estos años, empezando por Nadia Umbría.

—¿Qué...cómo que...?

Hielo. Puro hielo quemándome la piel.

—Lo que has oído. No quiero que vuelvas a ver a esa zorra. Ya está bien de humillarme en público con esa abogaducha de tres al cuarto.

Clavé frenos, sin pensar, y los neumáticos del Audi resonaron por toda la calle, llenando el ambiente de un denso olor a goma quemada. Los cláxones del resto de conductores me sonaron lejanos, pasando de largo por mis oídos, mientras la adrenalina se disparaba como un maldito misil por mis venas.

—¿Qué has dicho?

—Oh, venga, ¿Crees que no estoy al tanto de lo tuyo con ella? Tu lío con esa chica ha estado a punto de convertirse en *vox populi* varias veces. Menuda vergüenza. ¿No sabes lo importante que es dar una imagen fuerte, de unidad, de cara a la galería, eh? No, claro que no, porque prefieres echarlo todo por tierra por un maldito encaprichamiento antes que asumir quién eres, y lo que se espera de ti.

—¿Pero qué estás diciendo?

—Deshazte de ella antes de nuestra boda. No nos humilles más, por favor. Nuestras familias no se lo merecen. ¿Sabes a todo lo que he tenido que renunciar para llegar aquí, lo sabes?

—¿Y yo? ¿Sabes a todo lo que he tenido que renunciar yo?

—Ya, claro —rio con sorna—. Tú, renunciando a algo. Claro. Porque tu verdadero yo, tu Robin Hood particular está al lado de los pobres y necesitados, llevando juicios de desahucios a gente que no tiene ni dónde caerse muerta junto a ella, ¿no? Y has tenido que renunciar a eso para vivir una vida de lujos, de fiestas, de clubs de campo. Claro.

—No me entiendes porque no me conoces, Carlota. Nunca lo has hecho, y ni siquiera te has molestado en intentarlo.

—Lo único que entiendo aquí es que tu aventura con esa chica ha durado demasiado, Álvaro, así que tirátela un par de veces más, si quieres, y déjala. Le diré a tu padre que la despidas en cuanto te vayas. La muy imbécil se deprimirá, y podremos despedirla aludiendo a motivos objetivos de bajo rendimiento, para que no nos demande, y ya está. Problema solucionado.

Aquello fue la gota que colmó el vaso de mi paciencia. La miré, sabiendo que ése sería uno de los momentos más importantes de mi vida, el momento en el que debía dar un paso al frente, sin miedo, sin dejarme nada en el tintero, afrontando la vida tal y como venía. Miré a Carlota, la mujer que era todo lo que representaba mi mundo racional. Convencionalismo, la opción más inteligente, la opción ganadora. Con ella a mi lado, llegaría a lo más alto. Mi cuenta corriente siempre estaría llena, y mi agenda social contaría con los mejores contactos.

Y luego estaba Nadia. Con ella todo sería amor, pasión, felicidad, y un futuro incierto. Mis pupilas se perdieron en las de Carlota, y mi corazón eligió, tomando la decisión que ni mi cabeza, ni las convenciones sociales se atrevieron a tomar. Me señaló el camino correcto que debía seguir, ése que me haría feliz, al lado de la única mujer con la que quería estar. Dejarlo todo y luchar por ella. Mis ojos se clavaron en los suyos, y todo el rencor, toda la rabia, toda la frustración subieron por mi garganta, formando una sola frase que estaba destinada a romper con mi pasado y poner la primera piedra de mi presente.

—Llevamos dos años juntos, Carlota. Dos años. Nadia no es un capricho, ni un problema. Estoy enamorado de ella. Hasta los malditos huesos.

—¿Qué? —apenas murmuró, estupefacta, y se incorporó, con el rostro demudado —¿Cómo que estás...? No puedes hablar en serio.

—Estoy enamorado de ella, y voy a llegar a donde haga falta para que lo nuestro siga adelante. Se acabó. Lo nuestro, esto, lo que sea que teníamos, esta mentira que ya ha durado demasiado, se acabó. Para siempre.

—No.

—¿Cómo que no?

—Os destrozaré, Álvaro. Acabaré con vosotros. Acabaré con esa zorra, y a ti te hundiré.

—Inténtalo.

Silencio. Eso fue todo lo que obtuve de Carlota. Silencio. Pesado, dolido y enfurecido silencio enmarcado en una mandíbula encajada, y una mirada furiosa. Clavé la vista en la nevada calle, y escuché el portazo que dio al salir del coche, sin decir palabra, mirando la silueta de la mujer que estaba planeando casarse conmigo, alejarse. Y sentí paz. Una enorme y dulce paz. Y respiré. Respiré como llevaba años sin hacer. Había acabado con uno de los problemas de mi vida. Pero quedaban los demás. Escollos que tendría que salvar para recuperar a Nadia.

Arranqué el coche otra vez, reincorporándome al tráfico, y la ronca voz de George Michael llenó el habitáculo, entonando una navideña canción por la radio. ‘Last christmas’ resonó contra los altavoces del Audi, y resoplé ante la ironía. Estas no eran mis últimas navidades. Eran las primeras del resto de mi vida. Y las estrellas empezaron a escribir una nueva historia, para mí, para ella. Para los dos. Porque ella era todo mi maldito universo, y yo el suyo. Y por eso íbamos a luchar por lo nuestro hasta el último aliento. Porque la amaba, por eso. Iba a recuperar a Nadia, iba a ser feliz.

Miré hacia el cielo, contemplando las estrellas, ignorando que en ese momento allá arriba, dos miradas se cruzaban, estupefactas, ante el cambio de rumbo. Mi destino había cambiado, y eso iba a traer consecuencias. Consecuencias que aún no estaban escritas.

Capítulo 3

Nadia

It is beginning to look like a lot christmas

Estrenar tacones cuando se va a volar nunca es una buena idea. Nunca. Esta es la decimocuarta norma de los principios básicos de ser mujer, y cuyo desacato estaba castigado con uno de los peores dolores físicos. La ampolla latente, esa que, mientras se decide a salir o no, convierte tu mundo en el peor de los infiernos.

Era la tercera vez que recorría la terminal de punta a punta, intentando buscar algún sitio tranquilo para leer, pero todo estaba tan colapsado de maletas, mascotas correteando y niños gritando, que decidí rendirme y terminé por sentarme en una de las butacas de la zona de salidas nacional, reposando mis doloridos pies. Saqué de mi bolso mis arrugadas botas de cuero con tacón, ésas que estaban tan gastadas y eran tan cómodas que ya había dejado escrito en mi testamento que me enterrasen con ellas. Me las puse, y creo que mis pupilas casi llegaron a mi coronilla. Ogh, por Dios, esto es placer, y no el chocolate.

Suspiré, sacando mi cajetilla de tabaco, mirando una de las salidas. Me encaminé hacia las acristaladas puertas deslizantes, y el helado aire del invierno me saludó de nuevo. Me encendí el pitillo, y a los pocos segundos el vaho que se unió al humo del cigarro me lanzó un silencioso mensaje de que quizás sería mejor que reservara mi oxígeno para algo más sano y productivo. Aplasté la colilla en la suela de mi zapato, y la arrojé a la papelera, con tan mala suerte de que la colilla no solo no estaba mal apagada, sino que la basura estaba hasta rebosar de papeles, provocando que un pequeño fuego empezase a ascender, amenazando con hacer saltar todas las alarmas.

Pegué un salto hacia atrás, y empecé a abanicar con las manos aquel pequeño desastre, maldiciendo hasta en arameo ¿Es que algo podía salirme peor ese día? Abaniqué aquel estropicio, mirando de reojo hacia todas partes, por si aparecía alguien. Lo último que necesitaba mi pésimo estado de ánimo era terminar en la comisaría del aeropuerto por pirómana.

«Por favor, todos en pie para recibir a la ganadora de la categoría de la torpeza suprema, mención de honor, y que recibe este año el máximo galardón a la tontería suprema por su brillante actuación en ‘Incéndiame, que no te veo’...con todos ustedes, Nadia Umbría. Plas, plas, plas.»

Joder.

Abrí mi pequeña botella de agua, ésa que juré defender con mi vida al principio de la noche, por ser la última de la máquina de los snacks, y rocié aquel estropicio, hasta declararlo extinto. Suspiré, aliviada, viendo cómo el conato de incendio se quedaba en un susto, y me giré, dispuesta a irme de allí, cuando una columna de humo negro, denso y maloliente empezó a ascender, amenazando con delatarme.

—¡Mierda! ¿Por qué coño me pasa a mí todo? —grité, frustrada.

Miré mi vacía botella de agua, y me giré, dispuesta a huir como una delincuente, cuando...Paf, bum, bam. Siendo el ‘paf’ y el ‘bum’, los sonidos correspondientes al golpe de mi cuerpo contra un torso fuerte de hombre, y el ‘bam’, el de mi trasero aterrizando en la nevada acera. Karma, para qué te quiero. Me quedé tendida, desmadejada, despeinada y despojada de toda dignidad, mientras

mis manitas se movían frenéticas. Estiré mi mano, y mis dedos se anclaron a unos desconocidos y marcados bíceps más tiempo de lo que estrictamente marcaba la buena educación, que me alzaron, casi en volandas, y me vi de nuevo en posición vertical frente a un joven rubio, de profundos ojos azules, con cuerpo de escándalo que me miraba con gesto de sincera preocupación.

—Lo siento, salí sin mirar, y... —se disculpó—. ¿Estás bien? —me preguntó.

Me quedé mirando hacia él, sin poder emitir un solo sonido, y tuve que usar todas mis neuronas para responder algo medianamente coherente. Ja. Como si eso fuese posible esa noche. Menuda ingenua.

—Jor, yor, yaj, puf —recuerdo haber dicho, o gruñido, no estoy segura.

—Perdona, ¿qué...qué has dicho? —arqueó una ceja, mientras mi mente abofeteaba a mi intelecto.

—Que yo...nada, nada.

—¿Estás...bien? Te has dado un buen golpe.

—Sí, tranquilo, estoy bien. Solo mi ego ha resultado herido aquí.

—Perdona, no te había visto. Salí sin mirar, pensando que no habría nadie fuera, y....

—Sí, bueno, yo tampoco iba mirando por dónde iba, así que, en fin, sin sangre no hay culpa, como suele decirse. Fue un tropezón sin importancia.

Los ojos del chico se dirigieron a la papelera, y su gesto de desconcierto aumentó, mientras mis mejillas enrojecían hasta casi explotar por combustión. Sacó una pequeña botella de agua de su bolsillo, y la vertió sobre la papelera, que pareció al fin apagarse, y se giró hacia mí, con expresión divertida.

—No sé si quiero saber qué ha pasado aquí.

—No, mejor que no lo sepas —dije, abochornada.

—No, será mejor que no. Esto...¿Estás esperando un taxi?

—No, qué va. Salí a tomar el aire. Han vuelto a retrasar mi vuelo, y estaba cansada de esperar dentro de la terminal.

—Te entiendo. A mí también me lo han retrasado.

Asentí, y mis ojos iniciaron un descenso gradual por mi salvador. Era alto, muy alto, cuerpo fornido, brazos firmes, hombros fuertes, cintura estrecha, sonrisa de escándalo, y...una chaqueta de comandante de las aerolíneas...*Finland wings. Finland.* Y un destello iluminó mis pensamientos. Ése iba a ser el hombre que me iba a llevar en un pájaro de metal a la tierra de Santa Claus. Le sonreí exageradamente, aún a riesgo de parecer una desquiciada, y abrí mucho los ojos.

—¿Eres...piloto?

—Sí, Y tú una pasajera, ¿me equivoco?

—Has acertado de lleno. Qué perspicaz —bromeé.

—Ya ves, soy un prodigio de la naturaleza —se rio—. ¿Y a dónde vuelas?

Esta es la mía.

—A...Helsinki.

—Vaya, qué casualidad. En ese caso soy tu hombre. Soy piloto de *Finland Wings*, y ese es el vuelo que tengo asignado hacer hoy.

—Pues que suerte la mía. Me has salvado de un moretón en el trasero, y vas a llevarme a Finlandia. Si hago una quiniela ahora, seguro que me llevo el premio gordo.

—Pero iremos a medias, ¿verdad? —bromeó —No serás capaz de dejarme en la estacada después de haberte salvado de terminar con un moratón en el trasero.

—Me lo pensaré —me burlé—. Espero que tengas algo bueno que darme a cambio de la mitad

de mi fortuna.

—Pues...no sé si servirá, pero me acaban de decir que hasta dentro de seis horas no sabremos si aviación civil nos permitirá volar o no, así que he decidido darme un salto a la ciudad para tomar algo que no sea ese brebaje oscuro de la máquina de café por el que acabo de pagar demasiado dinero. Si quieres, puedes venir. Estoy esperando a que mi amigo me recoja.

—¿También es piloto?

—Sí. Se llama Nicholas, y es...el pobre es francés, pero es un buen tío, no te preocupes.

Sonreí, y me quedé unos segundos pensativa, valorando esa repentina oferta. La verdad es que ese piloto parecía un buen tipo, y en ese momento de la noche en el que mis planes se debatían entre deambular por un atestado aeropuerto a que un vuelo retrasado despegase, tumbarme en una de esas incómodas butacas hasta terminar con escoliosis o terminar muriendo por hipotermia en ese aeropuerto, el plan del piloto me sonó a campanillas en el cielo. No tenía más opciones.

—Está bien —respondí, resuelta—. Te acompaño, si no te importa.

—Claro que no me importa —sonrió—. Además, tienes la seguridad de que el avión no se irá sin nosotros —sacó un llavero de su bolsillo, mostrándomelo—. Me he llevado las llaves del cacharro.

—Chico listo —me reí.

—Por cierto —dijo, alargando la mano hacia mí—. Me llamo Aleksei Vannin, y, como habrás podido adivinar, soy finlandés.

—Oh, vaya. En ese caso, me presento yo también. Soy Nadia Umbría Mancebo, española. Un placer.

—Encantado, Nadia Umbría.

El ruido de un frenazo de un BMW gris a nuestro lado, con una estridente música rock sonando a todo volumen, nos hizo volvernó hacia allí. Los cristales llenos de vaho me impidieron ver al conductor, y achiné los ojos, atisbando tan solo un cabello rubio.

—Vamos, ése debe ser Nick —dijo Alek.

Me calé el gorro de lana, me coloqué el abrigo, y aseguré la correa del bolso. Seguí a Alek hasta el coche, viendo cómo el piloto finlandés daba golpecitos a la cerrada ventana del copiloto.

—Nicholas, tenemos una invitada, así que ya puedes ir quitando esa música horrible que tienes puesta.

Se escuchó una palabrota en francés, y el volumen descendió drásticamente. Abrí la puerta del pasajero, y el calor de la calefacción me recibió como un suave abrazo. Parecía que mi suerte cambiaba, por fin. Me acomodé en el asiento, lanzando un sonoro “Hola, soy Nadia”, cuando la sonrisa se congeló en mi rostro al ver quién conducía. Era el piloto de la tienda de libros. El que olía a nieve, el que me había dejado sin capacidad de reacción con su sonrisa, el dueño de la voz y los ojos más sensuales que había visto en mi vida. El que había electricado cada una de mis células al rozarnos, el que...me estaba mirando con gesto de estupefacción y fastidio en ese momento. Ése. Nos quedamos sin decir palabra durante un interminable lapso de tiempo que se hubiese prolongado hasta el infinito si no llega a ser por el parloteo de Alek, que empezó un atropellado monólogo que ninguno de los dos escuchó.

—Ella es Nadia —me señaló Alek, tomando la palabra por mí, y yo se lo agradecí—. Es pasajera de mi vuelo, por lo que me he visto en la obligación de velar por su salud estomacal e impedir que ingiriera el café de la máquina y terminase muriendo de hastío por el hilo musical.

Nicholas me miró de hito en hito, sin decir nada, y arrancó, haciendo caso omiso del parloteo de Alek, que, saltaba a la vista, era el simpático de los dos. Tomamos la salida del aeropuerto

hacia la ciudad envueltos en la conversación del piloto finlandés, que empezó conmigo una extensa charla sobre los diferentes puntos turísticos que se podrían ver en Pinar mientras esperábamos nuestro vuelo, mientras las miradas de Nicholas y mía se cruzaban en el espejo del retrovisor con tanta intensidad que creí ver llamas de sus iris. Me eché hacia atrás en el asiento, viendo cómo apretaba tanto sus nudillos alrededor del volante hasta que éstos se volvieron blancos, y exhalé, girándome hacia la ventanilla, abroncándome por mi adolescente comportamiento. No tenía ningún miedo a los chicos guapos, claro que no. Aparte del temblor en las piernas, las manos, ese sudor frío en mi espalda y esas ganas de hundir la cabeza bajo tierra como un avestruz, no les tenía miedo. Claro que no.

Pronto llegamos a la autopista, mientras Alek yo seguíamos charlando distendidamente, y yo me sorprendía por lo cómoda que empezaba a sentirme con él. Lo cierto es que Alek era muy agradable. Intercalaba preguntas con chistes (malos, por supuesto), consiguiendo que el ambiente dentro del coche fuera parecido al de una reunión de amigos. Me reí con un par de bromas que hizo sobre pasajeros sin avión, al tiempo que Nicholas se volvía levemente hacia mí, aclarándose la voz.

—Entonces, ¿te llamas...Nadia? —preguntó.

—Sí. Nadia Umbría.

—Jum. Y dime, Nadia, ¿sueles aceptar propuestas de desconocidos para meterte con ellos en sus coches?

—Oh, vamos Nick, tío, déjalo estar por una vez —Alek se giró hacia mí, sonriente—. Es un cascarrabias francés, qué le vamos a hacer. De lo único que debes temer esta noche, pasajera sin vuelo, es de mi encanto personal.

—Vaya —dije, aún descolocada por la reacción inusualmente hostil de Nicholas—. Lo tendré en cuenta, entonces, y ataré mi entusiasmo en corto —reí.

—Haces bien. Mi encanto finlandés es irresistible, pequeña.

—Esto...¿de verdad ligas algo diciendo eso?

—Pues claro que ligo con eso. Mira y aprende, pequeña pasajera —arqueó una ceja, antes de empezar a hablar con tono ronco y casi en susurros—. Ey, nena. Estas manos dirigen la vida de cientos de personas cada día, salvándolas de esponjosas nubes y pájaros desorientados. ¿De verdad no quieres saber lo que podrían hacer contigo?

—Oh, venga ya —me carcajeé.

—¿No funciona?

—No, claro que no —sacudí la cabeza, riéndome.

—Vaya, vaya. La pequeña pasajera me va a hacer sacar la artillería pesada.

Nick bufó, echándose hacia atrás, murmurando un “lo que faltaba”, y Aleksei movió las cejas de forma alternativa. Se puso las gafas de sol de aviador que llevaba en el bolsillo de la chaqueta, y se las quitó de forma deliberadamente lenta.

—Código Bravo —dijo con voz ronca, infinitamente sensual—. Repito, código...Bravo.

—Guauuuu. Vaya, ahora sí que me has conquistado. Y...¿Qué significa?

—Que será mejor que estés cerca de la puerta, porque hay un maleante a bordo.

Las risas resonaron en el habitáculo. Nick lo miró y sacudió la cabeza, farfullando algo que no entendí, mientras las luces de Pinar empezaban a ser visibles. Entramos por el barrio de Fresno, y aparcamos en el único lugar libre de toda la calle donde les había dicho a los pilotos que había una cafetería muy buena a la que solíamos ir Julia y yo. Salí del coche, y el frío de Pinar me recibió como un viejo amigo. Caminamos por la acera, esquivando a los peatones cargados con

bolsas, y nos adentramos en la coqueta cafetería-pastelería, donde el succulento aroma a café y repostería recién horneada hicieron que mi ánimo saliese de su escondite y ocupase las primeras posiciones. Miré a los dos pilotos, y les hice una señal para que tomaran asiento junto a una de las mesas que estaban pegadas a los ventanales.

—Esperad aquí, voy a pedir a la barra.

—¿Te acompaño? —Se ofreció Alek.

—No, tranquilo, ya puedo sola —dije, y, sin quererlo, mis ojos volvieron a volar a los verdes de Nick, que permanecía de pie, mirándome con gesto serio.

—¿Estás segura? Porque no parece muy segura —dijo el francés, y yo tragué saliva instintivamente. ¿Estaba evaluando si sería capaz o no de llevar una simple bandeja desde la barra hasta la mesa?

—Sí, claro. ¿Por qué lo preguntas?

—Lo digo porque Alek me acaba de contar el incendio de la papelera tras tropezarse contigo, y te recuerdo que la primera vez que te vi, tiraste tu bolso, y su contenido, al suelo. La coordinación no es lo tuyo, eso está bastante claro, y temo lo que pueda suceder si dejamos con tres cafés calientes en tus manos.

—Puedo sola —enfaticé.

—Sí, sola sé que puedes. Montar un estropicio, digo.

—He dicho que puedo solté, con seguridad, y me di la vuelta, sin querer escuchar su respuesta. ¿Por quién me había tomado? Era cierto que estaba bastante torpe esa noche, pero tampoco es que fuera un fenómeno a estudiar, O quizás sí. Arg, cerebro, deja de pensar.

Fui hasta la barra, donde pedí una bandeja de sándwiches variados, la especialidad del local, y tres cafés. Mientras esperaba a que el pedido se hiciese, me volví disimuladamente hacia los dos pilotos. Los ojos de Nicholas se cruzaron con los míos, y el fuego volvió con toda su intensidad. Ese hombre quemaba hasta la última de mis defensas.

—Señorita, su pedido. Son diecinueve con cincuenta —escuché a la camarera, y parpadeé, intentando ubicarme.

—¿Qué?

—Su pedido. Son diecinueve con cincuenta.

—Sí, claro, perdone.

Agaché la cabeza, registrando mi bolso, en busca de la cartera, cuando un intenso olor a nieve y madera me anunció quién estaba a mi lado. Alcé la vista y un profundo esmeralda me saludó desde su metro noventa.

—Tome —dijo Nick, tendiéndole un billete a la mujer.

—Iba a pagar yo.

—Lo sé —dijo, con indiferencia, y tomó la pesada bandeja entre las manos

—Eres un grosero.

—Pues qué suerte la mía de que eso no me importe un rábano.

—Eres un...un...

—¿Un...?

—Arg.

—No estoy muy seguro de que eso sea un insulto, pero me vale. Y esto —señaló la bandeja con los cafés —está muy caliente, y tú eres muy torpe, así que, si no te importa, y para evitar terminar en urgencias esta noche, mejor la llevo yo.

Me limité a asentir, humillada. Algo de razón sí que tenía el maldito, así que susurré un

vencido “está bien”, y me limité a seguirle dócilmente hasta la mesa. Si el destino quería que mi ego mordiera el polvo esa noche, lo estaba consiguiendo, sin duda. Me senté en uno de los butacones, y les señalé la bandeja de mini sándwiches.

—He escogido de varias clases; los hay de queso, salmón, embutido, vegetales...no sabía cuál os gustaría, así que he pedido un poco de todo.

—Qué amable —dijo un hambriento Alek, y empezamos una amable charla sobre comida y anécdotas de aviones.

—Ayer comí algas —dijo el finlandés—. Algas, os lo juro. Eso que cuando te roza en la playa sales despavorido como si hubieses visto a un monstruo de las profundidades marinas. Pues eso fue mi comida de ayer. Imagínate.

—¿Y qué hiciste?

—Las ahogué en salsa de soja, me santigüé, y me repetí “Alek, por lo que más quieras, no le vomites a nadie encima”, y me las tragué.

—Qué valiente.

—Ser valiente es algo que está sobrevalorado, créeme. Hicieron falta dos menús gigantes de hamburguesas, patatas fritas y batido para que se me pasara el disgusto, así que figúrate.

Me reí, y seguimos charlando sobre comidas extrañas, mientras la calle se iba llenando de transeúntes. La siguiente hora transcurrió de forma anormalmente cómoda, como si en vez de tres desconocidos fuésemos tres amigos que quedan para tomar un café y ponerse al día, y no lo que éramos en realidad. Jóvenes que se han encontrado por un golpe de suerte. Alek era el típico amigo con el que ir a tomarte una cerveza un viernes por la noche y jugar a los dardos, mientras que Nick...bueno, la verdad es que no sabía bien qué pensar de él. Quizás sus penetrantes ojos verdes tenían algo que ver con eso. Esos ojos verdes a los que me había vuelto a quedar anclada otra vez hasta que vi su ceño fruncirse, y desvié rápidamente la vista. ¿Pero qué demonios me ocurría?

Volví a centrarme en mi café y en la conversación de Alek hasta que terminamos de comer. Depositamos la bandeja en uno de los carros, y me giré hacia ellos, sopesando alargar un poco más la velada. Al fin y al cabo, solo un desangelado aeropuerto me esperaba, y la idea de estar sola esa noche, tras conocer a los pilotos, no me entusiasmaba. Fruncí los labios, pensando en un plan que pudiese gustarles antes de volver a la terminal, y una idea se me pasó por la cabeza.

—Si os apetece, podíamos dar un paseo por el parque. Hay una carrera muy divertida de mascotas a la que suelo ir todos los años con mi amiga Julia. No está lejos, y podemos ir andando, sin tener que coger el coche otra vez.

Los pilotos se miraron, y Nick se encogió de hombros.

—Vale, ¿por qué no? Hasta que nos llamen de la terminal, tenemos tiempo —dijo Alek, entusiasmado.

—Genial, entonces. Incluso podíamos apostar. Julia y yo siempre hacemos apuestas cuando vamos.

—Ya tuve bastante con la última vez que aposté algo. ¿Te acuerdas de aquellas pobre esculturas de la polis de Cirene, Nick? La verdad es que fue una noche bastante loca —dijo Alek, risueño, y escuché a Nicholas contener la respiración.

Un silencio denso se hizo en el ambiente, y los ojos de Nick se abrieron de par en par. Miré de reojo a ambos, con la sensación de que algo más, algo que se me estaba escapando, estaba

sucediendo en esos momentos. Nick inspiró con fuerza, y sonrió levemente, dándome paso, mientras Alek descendía la vista, con gesto culpable. ¿Qué estaba pasando allí? Suspiré, y salí de la cafetería, prometiéndome a mí misma averiguarlo. Empezamos a deambular por las decoradas y transitadas calles, mientras Alek aprovechaba para hacerse fotos con todos los Papá Noel a tamaño real que iba encontrando. El ambiente era fantástico. Las sobrias calles se engalanaban con guirnaldas de luces, los escaparates se llenaban de adornos navideños, la gente parecía más relajada, más feliz. Había magia en cada rincón.

Enfilamos hacia el parque, mientras mis ojos iban, involuntariamente, a mi espalda, atraída como una polilla a la luz de una hoguera, y espí por el extremo del ojo a Nick, intentando descifrar qué ocultaba esa mirada verde oscura. O quizás no era la mirada lo que hacía que te quedases anclada a él, sino su voz, esa dulce, sensual y grave voz que te transportaba a...

—¡Nadia, cuidado, que te caes!

—¿Qué, cómo que...?

Paf. Mi trasero aterrizando en el hielo me espabiló en un segundo. Plas, plas, plas.

«Nadia Umbría vuelve a nuestros escenarios para recoger el galardón de patosa del año. Por favor, recibámosla como se merece, y démosle un fuerte aplauso. Quizás haga un triple mortal por las escaleras esta noche también, y terminemos todos en urgencias.»

—¿Estás bien? —preguntó Alek, levantándose.

—Sí, solo...solo ha sido un tropezón. Me distraje, y...

—Claro que estabas distraída —me regañó Nick, llegando a nuestro lado, y mi autoestima se fue volando a un lugar desconocido—. ¿Pero se puede saber por qué no estabas mirando al frente, como hace el resto de gente normal?

—Yo...

—Cielo santo, la verdad es que no entiendo cómo puedes seguir viva a estas alturas de tu vida.

—Yo tampoco, créeme —rezongué—. A veces pienso que no me va a hacer falta subir al cielo. Llegaré allí catapultada —dije, y lo sentí reírse bajito. Menuda noche estaba teniendo.

Seguimos caminando, mientras mi dolorido trasero se quejaba a cada paso que dábamos, hasta que llegamos al Parque del Sosiego. Varios puestos de castañas asadas y arcos hechos de globos nos recibieron, dándonos la bienvenida a la XV Carrera canina benéfica anual 'Perrotón solidario'. Conseguimos colocarnos en una inmejorable posición junto a una de las curvas más cerradas del circuito, y pronto los primeros corredores se hicieron visibles.

Los dueños de los canes se habían empleado a fondo este año en acicalar a sus mascotas, y los perros lucían gorros de Papá Noel de varios colores, disfraces de elfos, guirnaldas, e incluso había uno al que le habían diseñado un pequeño trineo de felpa que le habían colocado en el lomo, a juego con la cinta que llevaba en la cabeza y que imitaba los cuernos de un reno. Durante los siguientes minutos, nos dedicamos a aplaudir y animar a los perretes, que parecían estar disfrutando de la carrera más que sus sufridos dueños, que apenas podían seguir su ritmo. Miré hacia atrás, donde estaba Nick, hablando por teléfono, con el ceño fruncido, y me volví hacia Alek.

—¿Desde cuándo os conocéis Nick y tú?

—¿Te refieres a que si estoy seguro de que es un buen tipo? Pues...no sé qué decirte, la verdad. Sus dos exnovias desaparecieron en condiciones sospechosas, es cierto, pero él jura que no tuvo nada que ver. Es más, la policía jamás logró reunir las suficientes pruebas para incriminarle, aunque hubo testigos, eso sí, desaparecidos en extrañas circunstancias, que

afirmaron en su momento que...

—¿¡Qué?! —Di un respingo, y él estalló en carcajadas.

—Solo bromeaba —respondió, con voz cálida—. Nick es un buen chico, algo hortera, gruñón y descarado para mi gusto, pero es una buena persona.

—He estado a punto de asesinarte, ¿lo sabías?

Nos reímos a la vez, y Alek meneó la cabeza.

—Nos conocemos desde hace unos seis años. Trabajábamos juntos en *Finland airlines*, hasta que a Nick le salió un puesto en *France wings*, y lo aceptó —suspiró—. Es un buen tío, pese a su nefasto gusto musical.

—No debe tener tan mal gusto, no exageres, no...

En ese momento un potente chillido de Aleksei retumbó en mis oídos. Me giré, justo a tiempo de ver cómo un enorme mastín se acercaba peligrosamente a la curva donde estábamos, sin su dueño detrás, espoleado por la música y los aplausos, y mi cerebro grabó toda la escena a cámara lenta, tal y como ocurre con los recuerdos más bochornosos y vergonzosos de tu vida. Maldije a mi sistema límbico cuando una pata delantera del can impactó directamente contra mi cara, y mi trasero volvió a aterrizar en el frío suelo.

Un cuerpo caliente y peludo con una lengua rasposa contra mi mejilla terminó de coronar un momento que estaba destinado a ser épico. Mi cuerpo ardió cuando sentí un líquido, demasiado tibio, tocar mi mano, y el perro empezó a frotarse con ímpetu contra mí, mientras las primeras carcajadas resonaban alrededor. Había pasado de ser una espectadora más, al oscuro objeto de deseo de un perro demasiado excitado y feliz.

Moví una pierna para sacarme al can de encima, cuando sentí unos brazos izándome bajo los hombros, y los inmensos ojos verdes de Nick aparecieron ante mí, y su cuerpo, ese ancho y fornido cuerpo, se convirtió en una barrera infranqueable para el mastín, que apenas pudo hacer nada contra la mole que tenía enfrente. El cuerpo de Nicholas me envolvió por completo, inundándome con ese perfume turbador, espetando un severo '*Reste tranquille!*', al que el perro obedeció sin rechistar. Él, y todos los que estaban allí. La contundente orden del piloto dejó un silencio en esa parte del parque digna de aplaudir, y sus ojos se cruzaron con los míos.

—¿Estás bien? —preguntó, con fiereza.

Mi boca se negó a responder, y lo vi pasarse la mano por el pelo, frenético, mientras alrededor, un círculo de gente contemplaba la escena sin decir palabra. Y no les culpaba. La intervención de Nick había sido perturbadora, contundente, abrumadoramente masculina. Me incorporé como pude, haciendo un gesto con la mano, tranquilizándole, y empecé a sacudirme la ropa.

—Estoy bien, tranquilo. Solo ha sido una estúpida caída.

—¿Estás segura? Te has dado un buen golpe contra el suelo. Además, el perro casi te ha...

—Estoy bien —aseguré.

Lo último que quería escuchar de sus labios es que un perro me había utilizado como una suerte de muñeca hinchable. Me giré, viendo al dueño del mastín acercarse hasta nosotros con gesto culpable.

—Perdonad, Travis se me ha escapado, y...

—Tranquilo, no pasa nada dije, para calmarle.

—No sé qué ha pasado. Normalmente es muy tranquilo y obediente. Quizás ver al resto de perros lo haya alterado un poco.

«Un poco bastante. Y excitado, eso también», pensé, para mí.

—No pasa nada. Míralo, ya se ha quedado quieto.

Los cuatro nos volvimos al mástín, que olisqueaba feliz una planta, y se volvió hacia nosotros, con la lengua colgando hacia un lado. La verdad es que parecía simpático. Eso sí, de lejos. El chico se inclinó sobre él y le pasó la correa por el cuello, farfullando nueva disculpa a la que Alek respondió de forma amable. Despedimos a Travis y a su dueño, y nos giramos de nuevo a la carrera fingiendo normalidad. Los siguientes minutos, todo pareció volver al sitio en el que estaba, excepto mi dolorido trasero, que ya acumulaba un récord de caídas esa noche digna del Guinness. La carrera culminó cuando un avispa dalmata se alzó con el ansiado trofeo, y aplaudimos al peludo ganador, que parecía incluso más feliz que su dueña, una chica disfrazada de elfa, que se frotaba el hombro, dolorida. Debía tener una fuerza descomunal.

Tomamos la salida del parque, comentando algunos detalles de la carrera, al tiempo que yo esquivaba la perturbadora mirada de Nicholas. El recuerdo de sus brazos a mi alrededor seguía perturbándome. La fuerza de su cuerpo junto al mío, su calor, ese intenso perfume a nieve...estoy segura que, si en ese momento hubiese bajado un ángel celestial al cielo, yo no habría apartado los ojos de los suyos. Atravesamos el umbral del recinto, cuando algo llamó mi atención, y me desvié unos metros de los pilotos. En uno de los árboles del parque, había un llamativo cartel anunciando el mercadillo navideño, y mi sonrisa se ensanchó. Julia y yo íbamos cada año a buscar adornos para el árbol y regalos de última hora. Miré a los pilotos, y les señalé la hoja.

—Si no os apetece volver aún al aeropuerto, hay un mercadillo navideño que está justo a al lado. Es bastante grande, y los puestos son increíbles, hay de todo —propuse.

La sonrisa de Alek pareció ensancharse, y asintió, mirando a su amigo.

—¿Un mercadillo lleno de cachivaches navideños? ¡Me apunto! ¿Qué dices, Nick?

—Digo que...en fin. Vamos, anda.

Empezamos a andar, recorriendo las preciosas calles engalanadas con decoración navideña hasta llegar a la plaza central, donde estaba el mercadillo navideño. Fuimos recorriendo todos los puestos de bisutería, adornos, ropa, y libros. Tomé un ejemplar de ‘Poemas de la isla’, de Josefina de la Torre, y Alek me mostró orgulloso uno de ‘El marqués de Sade’.

—Eres un piloto pervertido.

—Y chiflado, pequeña pasajera. No lo olvides. Muy chiflado.

Me reí, y seguí mirando libros, mientras Alek se pasaba a los puestos donde vendían ropa, y sentía la presencia de Nick cada vez más cerca. Alcé los ojos hacia él, en un momento en el que él no me miraba, y sonreí al verle hojear un libro de Tomás Morales. Me aproximé a su lado, y le señalé el volumen.

—Vaya, no te tenía por un aficionado a la poesía.

—La poesía es vida —dijo, con una sonrisa, y lo abrió con cariño, pasando las páginas, buscando algo. Se aclaró la voz, y recitó, con los ojos clavados en los míos —“*Yo amaré, entre las flores, tu perfume abrioleño, y al verte entre mis brazos, ilusionada y loca, te daré el rimado búcaro de un ensueño a cambio de las mieles de tu exquisita boca.*”

—Precioso —me limité a decir, y nos quedamos en silencio, emocionados.

—Es uno de mis poetas favoritos.

—Y mío también.

—¿Ah, sí?

—Sí. No es solo la belleza de sus palabras, es...no sé, es cómo si se metiera dentro de ti, y sacase esos sentimientos, esas emociones que tenían escondidos, y te los pone delante, obligándote a apreciar la belleza que encierra el mundo, y aprecies la esencia de la vida.

Los ojos de Nicholas se oscurecieron, y un susurro salió de sus labios.

—¿Y cuál es la esencia de la vida, Nadia?

—El amor, Nick. La esencia de la vida es el amor.

El ambiente empezó a cambiar entre nosotros, y, no sé si fue por el espíritu navideño, lo que acababa de decir, la belleza de los versos que había leído Nicholas, o porque sentía que me moría por tocar su piel, nos fuimos aproximando, lentamente, mientras nuestras respiraciones se acompañaban y nuestras pupilas devoraban nuestros iris. Y os juro que nunca, jamás, sentí lo mismo que estaba sintiendo en ese instante. Sus ojos se sumergieron en los míos, mis labios se entreabrieron, y nuestros dedos, que ahora parecían ingobernables, se aproximaron a través de un invisible camino, acariciando las portadas de aquellos libros que...

—¡Eh, chicos! —gritó Alek, desde el puesto de enfrente, haciendo que la pequeña burbuja explotara —Mirad, he encontrado unos regalos para vosotros.

Giramos la cabeza para ver cómo Alek nos mostraba un tanga masculino con varios agujeros estratégicamente situados, y un conjunto de corsé, mini tanga y fusta de color rojo chillón. Me tapé los ojos, abochornada, mientras sentía las carcajadas del piloto finlandés y un insulto en francés por parte de Nick.

Nos reímos, y seguimos caminando entre aquellos iluminados y alegres puestos, mientras el ambiente navideño de la calle parecía envolvernos con su mullida suavidad, y en ese momento, en ese preciso instante, me di cuenta que quizás esos dos pilotos eran mi milagro navideño. Dos ángeles caídos del cielo para hacerme compañía en la peor noche de mi vida. Suspiré, mirando hacia el cielo estrellado, mientras 'It is beginning to look like a lot christmas' sonaba por la megafonía del parque. Como el tercer tema de mi compacto musical.

Capítulo 4

Nicholas Underneath the tree

No podía dejar de mirarla, no podía. Era guapa, qué digo. Era preciosa, con esos ojazos oscuros, ese pelo negro azabache, y esa mirada...esa mirada tan vulnerable, tan dulce, pero a la vez tan fuerte, tan segura...cielo santo, tantas horas en el aire habían terminado por dejarme el cerebro lleno de aire, como al chalado de mi amigo. ¿Estaba sufriendo un flechazo? ¿Simple atracción? ¿Una reacción producida por el exceso de café? ¿Las tres cosas juntas? No tenía ni idea, solo sabía que esa misteriosa chica había llegado para arrasar hasta el último de mis átomos.

Me metí las manos en los bolsillos, mientras caminábamos por las callejuelas de esa bohemia ciudad, recordando cómo el destino parecía haberse aliado conmigo esa noche. Apenas había llegado a esa terminal, una sonriente trabajadora de *France wings* a la que parecía que acababan de dar la alegría de su vida, me informó del aluvión de vuelos retrasados.

—Tránsito aéreo no nos permite despegar los ‘pájaros’. Hay demasiada nieve en pista, y no es segura ninguna maniobra.

—Pues vaya faena —dije, con fastidio.

Todos los años pasaba lo mismo en aquel maldito aeropuerto. Programaban demasiados vuelos, sin tener en cuenta que su nefasta ubicación hacía que aterrizar y despegar allí fuese una auténtica proeza.

—¿Faena? ¿Pero qué dices, hombre? Tenemos seis horas por delante para hacer lo que queramos.

—¿Seis horas?

—Eso es. Y...la buena noticia es que la compañía nos ha alquilado unos coches.

—¿Qué? ¿Lo dices en serio?

—Y tanto. Las llaves están en la oficina con los nombres de cada uno. Sube y coge la tuya.

—Vaya, gracias. Menudo detalle han tenido.

—Ya ves. Por cierto, ahora mismo unos tripulantes de cabina y yo nos vamos a la ciudad, a Pinar, a tomarnos algo. Si quieres, puedes venir con nosotros.

—Lo cierto es que he quedado con un amigo piloto que hace tiempo no veo. Lo siento, otra vez será.

—Claro, descuida. Nos veremos en otra ocasión.

—Eso es. Pues...nada. Gracias por avisarme, y pasáoslo bien.

—De nada, comandante...Jeunet —Tuvo que mirar mi placa, y yo sonreí.

—*Au revoir.*

—*Au revoir.*

Me giré, y me encaminé a la oficina, tomando una de las llaves de los coches de alquiler que la compañía nos prestaba, y caminé por aquellos anchos y largos pasillos llenos de pasajeros que esperaban sentados o acostados en las butacas. Saqué el teléfono del bolsillo, resuelto a llamar a Alek para proponerle tomar algo en Pinar, cuando entonces algo, no sabría decirlo el qué, tiró de mí como un potente imán, y me había girado hacia la dirección que me marcaba esa extraña

corriente. Una tienda en el aeropuerto. ¿Por qué me llevaba allí?

Obedecí esa extraña corriente, y en apenas un par de pasos, llegué allí. Miré con curiosidad las estanterías llenas de libros, las pilas de revistas, los clientes que pululaban con expresión concentrada por todas partes, atravesando pasillos, buscando títulos, o, simplemente, leyendo un libro de forma descarada sentados sobre uno de los montoncitos de revistas, cuando la vi a ella. Una chica de pelo negro que pasaba las páginas de un libro color granate, y sostenía entre las manos un *compact disc*. Un *compact disc*. Alcé las cejas. Me miró, y esos ojos oscuros desataron a todas las malditas mariposas del mundo en mi estómago, y mi corazón detuvo su ritmo. Había encontrado a la chica más hermosa de la tierra.

Me coloqué tras ella, fingiendo leer un libro, cuando su dulce olor a manzana invadió hasta el mismo centro de mi alma. Carraspeé, quizás con demasiada fuerza, y creo que eso la asustó, porque lo siguiente que recuerdo fueron sus cosas desparramadas por el suelo, un intento de inicio de conversación por mi parte que terminó en desastre, y una huida precipitada por parte de ella. Maldita sea. La vi alejarse, mientras mi corazón se iba apagando con cada paso que daba con sus botas de tacón, y el mundo, y el cielo, parecieron unirse bajo el techo de ese aeropuerto. Había sacudido la cabeza, y había enfilado hacia los aparcamientos, maldiciendo mi torpeza y mi mala suerte, cuando mi móvil sonó con el nombre de Alek en la pantalla, y contesté, fingiendo una sonrisa.

«¿Alek?»

«¿Nick? No te lo vas a creer, pero acabo de ver a un tipo maloliente, desgarrado y tan feo como tú por los pasillos del aeropuerto de Pinar.»

«Eres un capullo —me carcajé—. No me lo puedo creer. ¿Ya estás en la terminal?»

«Pues sí. Estoy en la zona de las cafeterías. ¿Nos vemos en la entrada norte en cinco minutos?»

«Perfecto.»

«Bien, te veo allí, entonces. Bueno, si me ves más guapo de lo habitual, no te asustes. Soy así.»

Me reí con ganas, y había colgado. Lo cierto es que ya empezaba a cogerle cariño a ese patán. Había echado una última ojeada a los largos y concurridos pasillos, con la absurda esperanza de volver a ver a esa chica, y había terminado desistiendo. Solo había sido un espejismo, nada más. Sacudí la cabeza, intentando borrar esos oscuros ojos de mi cabeza, y enfilé hacia los aparcamientos, palpando las llaves del coche.

Localicé rápidamente el BMW que la compañía había alquilado para nosotros, y arranqué, tomando la pequeña calle que conducía a la salida norte. La verdad es que era una maravilla de coche. Aceleré, probando el motor, y silbé. Menudo bicho tenía entre las manos. Encendí el equipo de música, y AC/DC me saludó al ritmo de una infernal canción, y empecé a tararearla. Ésta me la sabía. Llegué a la salida norte, a la zona donde había quedado con Alek, cuando distinguí dos figuras en la entrada. Una correspondía claramente a Alek, y la otra a...no podía ser. Mi pie se levantó solo del acelerador, contemplando la escena que, ni en mis mejores sueños, habría imaginado nunca. Era ella. Era la chica de la tienda de revistas. ¿Qué hacía Nick con ella? ¿Por qué estaba...? Mi corazón se detuvo en mitad de un latido al comprenderlo, y maldije en todos los idiomas de la tierra.

Suspiré, obligándome a volver al presente, y continuamos paseando por las iluminadas y abarrotadas calles de Pinar, mirando a los paseantes nocturnos con gorros de Papá Noel, el olor de castañas asadas, la nieve derritiéndose en las aceras...era entrañable, simplemente perfecto.

Nos detuvimos en una tienda donde un cartel rezaba que podías hacer tu propia bola de navidad por un precio irrisorio. Solo nos hizo falta intercambiar una rápida mirada entre los tres para pringarnos de pegamento, cristalitos y purpurina.

—Tu bola es horrible —se mofó Alek, señalando su bola—. Eres súper torpe, Nadia.

—¿Qué? —Casi gritó ella, exasperada, soplando el flequillo de su frente.

—Que estás haciendo un estropicio.

—Ya lo sé, ¿vale?

—Mira a la niña que tienes al lado qué bien lo hace.

Nos giramos a la vez, viendo a una niña de apenas siete años que culminaba una bola que merecería su propia sala en un museo. Había combinado diferentes colores de purpurina para hacer un Santa Claus con su trineo, y había colocado diminutos cristales simulando estrellas. La niña pareció darse cuenta de que la observábamos, y frunció los labios, mirando a Nadia con lástima,

—¿No tenías plástica en el cole?

—¿Qué?

—Pregunto que si no tenías plástica en el cole. No sabes usar el pegamento, pero eres...grande.

—Sí tenía plástica en el cole.

—Pero siempre suspendías, ¿verdad? Yo he ganado tres campeonatos de manualidades en el cole, y dos de lectura. ¿Qué has ganado tú?

Tuve que girar el rostro para no soltar una carcajada.

—Yo he ganado...he ganado...juicios —balbuceó, haciendo que la niña la mirase haciendo una mueca.

—Ah. ¿Y te dieron un diploma cuando ganaste el...juicio?

—¿Qué? ¿Un diploma? ¡No, claro que no!

—Entonces es que no era un premio importante.

—Yo, yo...

El gesto de bochorno de Nadia fue suficiente para hacerme intervenir.

—¿Seguimos paseando?

—¿Qué?

—Que tires la bola. Sigamos paseando.

—¿Pero qué dices? Esta niña...yo...la bola...

—Esa niña te va a dar la paliza plástica de tu vida, créeme —dije, con voz pausada.

Nadia frunció los labios, y se volvió, con expresión derrotada, mientras yo apenas podía contener una sonrisa.

—Está bien. Vámonos.

Tras tirar aquellas hecatombes de navidad a un contenedor cercano, proseguimos nuestro paseo, disfrutando del ambiente navideño, viendo otros puestos, menos numerosos, que se jalonaban por aquel bucólico bulevar.

—¿Os apetece hacer alguna locura? —preguntó Alek, señalando la sierra de Amurga—. ¿Queréis ir a ver las estrellas a la montaña?

—Hace demasiado frío allá arriba —respondió Nadia, pensativa—. Pero en la plaza hacen el encendido del árbol de navidad. Puede estar bien. Se retransmite por la tele, y hay actuaciones musicales.

—Bueno... —empezó Alek —no es el plan desmadrado ni salvaje que me imaginaba para esta

noche, pero supongo que valdrá.

—Estará genial, ya lo veréis. Además, hay un belén viviente con actores profesionales. El año pasado Julia y yo fuimos, e hicimos de pastorcillas durante...media hora. Fue breve, pero divertido.

Alek ladeó la cabeza, pensativo.

—Pues, pensándolo bien, puede estar bien. Además, si hace falta algún cabrito adicional en el portal de Belén, podemos ofrecer a Nicholas como voluntario.

—Alek, de verdad que esta noche te estás luciendo. Eres lo más zafio que me he encontrado en la vida.

—Lo sé, Nicholas, buen amigo, lo sé. Soy un encanto.

—Un encanto que igual no ve el próximo amanecer. ¿Sabes? Antes de conocerte, tenía la absurda idea de que los nórdicos eran gente fría y educada.

—Pues menuda suerte la tuya por encontrarte la excepción a la regla.

—¿La excepción? La abominación, querrás decir.

Nos reímos con ganas, y seguimos caminando por las calles, hasta que Alek se detuvo en mitad de la acera, donde un maniquí de elfa sostenía un pequeño saquito de bastones de caramelo, y rodé los ojos cuando vi a mi amigo simulando el famoso beso que inmortalizó Alfred Eisenstaedt entre un marinero y una enfermera tras la guerra, mientras escuchaba las carcajadas de varios transeúntes, que empezaron a hacer fotos y a silbar con demasiado brío. Mi amigo era un patán, qué duda cabía. Cuando Alek ya se cansó de hacer tonterías, enfilamos hacia el final de la calle, y torcimos por una de las pequeñas calles adyacentes a la plaza donde estaba el enorme abeto navideño.

Había muchísima gente, y la expectación era máxima. Fuimos haciéndonos hueco entre la gente, que ahora se arremolinaba en torno a una plataforma donde se veían a dos presentadoras de algún canal televisivo repasando sus líneas, envueltas en unos exclusivos y peculiares vestidos. Los técnicos, cámaras y auxiliares se movían frenéticos por todos lados, ultimando los detalles de última hora. Conseguimos hacernos un hueco como pudimos en uno de los extremos de la plaza, y nos dedicamos a observar a los figurantes. Parecía que el espectáculo prometía. Sentí la presencia de Nadia detrás de mí, envolviéndome con ese aroma que me hacía cerrar los ojos y volar hacia mi imaginación, y suspiré, reuniendo un poco de valor, y me lancé a la piscina.

—¿A qué te dedicas, Nadia? —pregunté —Además de ser una pasajera sin avión, me refiero.

—Oh, pues...soy abogada.

—Vaya. Nunca lo habría dicho.

—¿Es que no parezco una respetable guardiana de la ley? —bromeó.

—No. Lo digo porque, no sé, parece un trabajo demasiado aburrido para una chica tan...

—¿Tan...?

—Chispeante —dije, al fin, y por unos segundos, la mirada de ambos se ancló en la otra.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Los pilotos os divertís mucho trabajando?

—Uf, constantemente. A veces hasta entramos en pista dando palmadas y cantando saetas —enarqué una ceja—. Es...es un chiste. La maniobra de aterrizaje es siempre la más complicada, y tienes que concentrarte al máximo.

—Ya lo sé, señor piloto. Por eso antes te mandaban apagar el móvil. Para que nadie grabase vuestras meteduras de pata —se rio.

—En realidad lo hacemos para ver la cara de culpabilidad de los que se han dejado el móvil encendido cuando hacemos la maniobra de desalajo del avión. A veces hasta hacemos apuestas.

—Sois unos desalmados.

—Y de la peor clase.

En ese instante las luces se apagaron, y las luces de los focos nos deslumbraron con su gama de colores. Durante varios minutos, nos dedicamos a disfrutar del *show*, y de las primeras actuaciones musicales, mientras yo me dedicaba a observar a Nadia con una sonrisa de idiota que, de haber estado Alek frente a mí, me habría recordado toda la vida. Cuando al fin empezó la publicidad, y la sintonía del programa comenzó a sonar en bucle, Nadia se giró hacia mí, y sonrió.

—¿Te está gustando?

—Sí. La verdad es que está genial. Nunca había estado en algo así.

—Es genial. Yo vengo cada año. Y ahora...

—¿Ahora...?

—Es mi hora de preguntar.

—De acuerdo —reí—. Pregunta lo que quieras.

—¿Por qué te hiciste piloto, Nick?

—Fue en la universidad. Empecé a estudiar ingeniería aeronáutica y un día nos llevaron a un aeródromo de excursión. Yo fui el único que pudo subir con el piloto y dar unas cuantas vueltas en el aire, y...

—Te gustó.

—Más que eso —inspiré—. Fue mágico estar allá arriba. Así que decidí hacerme piloto para volver a sentir esa libertad, esa sensación de volar, esa sensación de que no existen límites, porque, allá arriba, no hay ninguna ley escrita.

—Vaya. Menuda historia.

—Sí, la verdad es que cuento mentiras casi tan gordas como las de Alek.

—¿Me has mentido?!

—Solo por ver la cara que has puesto, ha valido la pena —me reí—. Eres una inocente y dulce muchacha, Umbría. Me hice piloto porque mi padre es piloto, y mi abuelo también lo era. Fin de mi interesante historia. ¿De verdad te habías tragado esa patraña?

—Eres un sinvergüenza, ¿lo sabías?

—Culpable de todos los cargos, señora abogada.

Sentí la presencia de Alek a mi lado, y miré hacia Nadia, que se había adelantado varios metros para hacer fotos del árbol con su móvil.

—Chicos, ahora vengo. No os alejéis.

Le hice un gesto, y me metí las manos dentro del marinero, mirando hacia ella. Nadia empezó a hacer foto, y escuché a mi amigo suspirar a mi lado.

—Es muy guapa.

—Sí. Nadia es...ella es especial.

Nos quedamos en silencio, y alcé la cabeza hacia el cielo, como si las estrellas me fuesen a dar las respuestas a todas las preguntas que me estoy haciendo en ese momento.

—Por cierto, Alek, ¿sabes algo de...?

—Ha habido cambios.

—¿Cómo que ha habido cambios? ¿A qué te refieres?

—Sí. Se ha producido un cambio, un imprevisto, y están decidiendo qué hacer.

—Una buena noticia.

—Eso te lo diré dentro de unas horas —suspiró—. Te estás metiendo en un buen lío, Nicholas.

—Sé cuidarme.

—Lo sé, sé que sabes cuidarte. Solo te estoy dando un consejo, y es que no te enamores de ella, Nick. No hasta que no sepamos cómo va a terminar esto.

—Tendré cuidado —respondí, sintiendo cómo las primeras astillas empezaban a clavarse en mi corazón. Maldita sea, Alek tenía razón. Aquello iba a romperme por dentro.

La música empezó a sonar con fuerza, y el espectáculo continuó. Veinte minutos después, tras unas cuantas canciones, un espectador espontáneo que saltó al escenario desnudo con una pancarta declarando su amor incondicional hacia una de las presentadoras, un resbalón, un perro de la carrera del parque que, no se sabe por qué razón acabó en mitad del escenario, y un atestado policial al enamorado nudista, el espectáculo se dio por finalizado, mientras un luminoso ‘Feliz Navidad y próspero año nuevo’ se proyectaba sobre la fachada de uno de los edificios, provocando los aplausos del público. Nadia volvió hacia donde estábamos, con la mirada brillante, feliz, y una enorme sonrisa.

—¿Os ha gustado?

—Sí —respondimos al unísono.

—Sí, ¿verdad? La verdad es que me daba mucha pena perderme esto por el viaje a Finlandia, pero, gracias a vosotros, he podido ver el último encendido del árbol.

Alek y yo intercambiamos una mirada, y suspiré. El finlandés soltó una broma, y se retiró en silencio hacia la zona de gradas, y yo agradecí el gesto. Nadia se acercó hasta mí, y sus pupilas volvieron a buscar las mías.

—Feliz Navidad, Nadia —susurré, casi en su oído y su respiración se agitó.

—Feliz Navidad, Nick.

Y nuestras miradas volvieron a unirse, bajo aquel precioso árbol iluminado, mientras sentía cada una de mis células arder, y la voz de Kelly Clarkson con su canción ‘Underneath the tree’ se colaba en cada rincón de mi cabeza. Esa chica me estaba hechizando con un conjuro que nada tenía nada que ver con la navidad, y estaba empezando a perderme en él.

Capítulo 5

Álvaro So this is christmas

A kilómetros de allí, el Audi quemaba el asfalto como un caballo del infierno. Las líneas continuas y discontinuas se desdibujaban bajo los neumáticos del potente coche alemán, mientras mi pie seguía apretando el acelerador. La autopista se convirtió en un borrón mientras las primeras luces del aeropuerto se hacían visibles. Miré el termómetro del coche, y tirité ante los tres grados que marcaba, cuando el sonido de mi móvil me sobresaltó, y conecté el manos libres. ¿Quién sería a estas horas?

Miré hacia allí, y mi mandíbula se encajó sola. Mi padre. Lo que me faltaba. Suspiré, poniendo el intermitente, y me cambié de carril. Carlota ya le habría dicho que la había dejado, y llamaba para pedir explicaciones. Bueno, explicaciones, no, porque el insigne Álvaro Robledo de Toledano nunca pedía explicaciones. Amenazaba directamente. Inspiré con fuerza, y contesté, afrontando esa conversación que mi padre y yo teníamos pendiente desde hacía demasiado tiempo y que ahora se había precipitado de la peor forma.

—Dime que no es verdad —siseó apenas descolgué el teléfono, y mi mandíbula se encajó—. Dime que no es verdad lo que me ha contado Carlota, y que la has dejado por la calentabraguetas de Nadia Umbría.

—No la llames así —rugí—. Ni se te ocurra llamarla así.

—¿Pero te has vuelto loco? Sabes lo que supone la presencia de Carlota en nuestro despacho.

—¿Nuestro? —reí irónico —¿Ahora es nuestro despacho?

—No me toques las narices.

—Claro, *nuestro* despacho. Ése por el que has vendido a tu hijo al mejor postor. En este caso, los Ruiz de Avendaño.

El hecho de que los apellidos de ambos se fusionasen en una hipotética boda era algo con lo que soñaban ambas familias, por lo que implicaría. Prácticamente nos haríamos con todo el control judicial y legal de la provincia. Los casos nos lloverían, y la fama del despacho subiría como la espuma. Lo único que fallaba en esa ecuación era yo.

—Deja de decir tonterías, Álvaro. Cómprale algo bonito en la joyería de siempre y pídele perdón.

—No pienso hacer eso.

—Mira, hijo, quiere la cabeza de Umbría. Y de verdad que no quiero prescindir de Nadia, es una de las mejores en derecho civil, pero tampoco podemos estar sin Carlota, ya lo sabes. Así que haz lo que tengas que hacer.

—¿Qué?

—Ve a una joyería, cómprale algo bonito, ve a su casa, follátela bien y haz que olvide todo esto. Y más te vale dejarla con una puta sonrisa en la boca que le dure semanas. Tenemos varios casos delicados este mes, y necesitamos a dos de sus tíos que están en el Tribunal Supremo. Y Carlota ya ha dicho que, o despedimos a Umbría, o no tenemos nada que hacer con los casos.

Mis dientes casi chirriaron, recordando la última vez que Carlota había jugado sucio, usando

el despacho para lograr sus fines. Solo que aquella vez había errado su objetivo, y había escogido a Nadia. Mi chica llevaba un importante caso, y Carlota pretendía arrebatárselo bajo amenaza de despido, como siempre y yo...estallé. No iba a consentir que esa arpía pisoteara a mi chica. Eso jamás. Había entrado en su despacho, casi empujando la puerta contra la pared, y las había encontrado frente a frente, discutiendo con ferocidad mientras Carlota sostenía entre las manos la carpeta del caso.

«¿Álvaro? ¿Qué haces aquí?»

«Eso debería preguntártelo yo a ti, Carlota. Qué coño haces aquí.»

«Ella intenta... —empezó a decir Nadia, al borde de las lágrimas —Intenta quitarme mi caso.»

«Lo sé. Y por eso vengo.»

«¿Qué?»

«Nadia, vete. Esto es entre Carlota y yo», espeté, severo, con la vista clavada en mi novia.

«¿Qué? ¿Cómo que me vaya? Este es mi caso, Álvaro, y Carlota...»

«Carlota es tu jefa, y yo soy tu jefe, aquí tú no tienes nada que decir.»

«Álvaro...»

«Fuera de aquí, Nadia. Ahora.»

Nadia me había mirado, y se había ido del despacho, mientras yo recuperaba la carpeta del caso que Carlota le había arrebatado a Nadia. El portazo resonó contra los cristales, y, a partir de ahí, se desató el infierno entre Carlota y yo. Los gritos, las amenazas y las demostraciones de fuerza volaron en aquellas dos horas, hasta que salió hecha un mar de lágrimas de su despacho. Había perdido por primera vez en su vida, y yo había sonreído, depositando de nuevo la carpeta del caso en el escritorio de Nadia.

Salí del despacho, palpando las llaves del Audi de mi bolsillo, y había ido a la mejor joyería de Pinar. Elegí unos exclusivos pendientes de tanzanita y oro blanco para Nadia, y había pagado una cifra escandalosamente obscena por ellos. Pero lo valían, hasta el último céntimo. Eran piezas exclusivas y únicas, y la pureza de sus materiales, de primera. Tras la tarde que había pasado por culpa de Carlota, se merecía eso y mucho más. Después había comprado el ramo de rosas más grande que había visto en una floristería, y había ido directo al piso de Nadia, donde le había hecho el amor a la mujer de mis sueños hasta que se quedó dormida, al igual que yo, que caí exhausto sobre el colchón tras haber saboreado el cuerpo de Nadia hasta la saciedad, exprimiendo hasta el último de los néctares del pecado.

Volví a centrarme en la conversación con mi padre, y activé el intermitente para adelantar a un Toyota que iba en mitad de la autopista, ocupando el carril del centro, y carraspeé antes de hablar.

—He dicho que no.

—¿Cómo que no? ¿Ese es el respeto que tienes por el despacho que fundó tu padre? Aquí hay mucho en juego, hijo. Haz lo que se espera de ti, olvídate de esa mujer, y sigue con Carlota. No avergüences más a tu familia.

—Te equivocas. El único que se juega algo aquí eres tú, no yo. Tú. Y eres tú el único que avergüenza a esta familia vendiendo a tu hijo por más dinero. No yo. Tú, padre. Tú.

—No te atrevas a amenazarme, Álvaro.

—¿Amenazarte, yo? No sé de qué me hablas.

—No te hagas el idiota conmigo. ¿Vas a poner en peligro veinticinco puestos de trabajo por tus caprichos? Porque te recuerdo que, gracias al pacto que tenemos con Carlota y su familia, estamos dando de comer a veinticinco abogados y administrativos. Abogados y administrativos con hijos.

—Eres un cabrón.

—Y tú un niño irresponsable. He trabajado toda mi vida para que ocupes pronto mi puesto, y ahora no vas a fastidiarlo todo por un capricho.

—Nadia no es un capricho.

—Claro que lo es. Es un capricho, y Carlota tu futura esposa, ¿es que no lo entiendes? ¡La necesitamos a nuestro lado!

—He dicho que no. ¿Quieres mantenerla de nuestro lado? Pues ya es hora de que te busques otra forma de hacerlo, porque ya estoy saturado, asqueado y...mierda. No puedo más. No la quiero, no quiero estar con ella, ¿es que no lo entiendes?

—Joder, lo que me faltaba. El crío se nos ha enamorado —se mofó—. Esa abogadita ha accedido a meterse en tu cama, y tú ya ves campanitas en el cielo, y algodón de azúcar por todas partes. Con ella jamás llegarás tan lejos como con Carlota, ¿es que no lo entiendes?

—¿Llegar lejos? Estoy exactamente donde quiero estar.

—¿Y ella? ¿Está Nadia Umbría donde quiere estar? —amenazó, y la rabia subió por mi garganta.

—No te atrevas a...

—¿A hundirle la vida a una simple abogada? He hecho rodar cabezas mucho más importantes. Voy a acabar con ella, con su reputación, con todo, hasta que termine marchándose del país.

—No. Se acabó. He roto con Carlota, así que más te vale que busques la forma de asumirlo desde ahora, porque yo ya me he cansado.

—Te hundiré. Os hundiré a los dos.

Estallé. Ya no podía más. A mí podía insultarme todo lo que quisiese, pero a ella no. No iba a permitir que destrozase lo único hermoso que tenía en esta vida. A Nadia.

—Inténtalo. Me muero de ganas por saber cómo vas a hacerlo. Seguro que has planeado una de tus sucias jugarretas. Venga, dime. ¿Cómo vas a destrozarme la vida, eh?

—Haré que todo el mundo sepa que eras un maldito yonki —espetó, con la ponzoña bañando cada letra de esa frase, y mi corazón se detuvo. Aquello era demasiado incluso para él.

—¿Qué?

—Que me ocuparé personalmente que se corra la voz de que eras un adicto, un drogadicto como otro cualquiera. Eso haré.

—Eres despreciable.

—Y tú un desagradecido. Álvaro, haz el favor de...

Colgué el teléfono, e inspiré con fuerza, apoyándome en el respaldo del asiento del Audi. Aceleré, mientras mis pulmones se llenaban de rabia. Porque sí, era verdad. Era un yonki, pero ese era mi antiguo yo, ése que mi propio padre me había ayudado a construir. Un adicto de sonrisa encantadora, de interior hueco, rico e influyente como ninguno. Ése Álvaro, el que lucía orgulloso sus malditos apellidos por todas y cada una de las fiestas de la *jet set*, prodigándose en elogios hacia los anfitriones, con comentarios ingeniosos que rayaban la línea de lo políticamente correcto, pero siempre en el límite, siempre bordeando. Ése que siempre se escapaba a los servicios y engullía pastilla tras pastilla sin control. Ese Álvaro. El otro.

Ése que los buenos colegios, exigentes institutos y exclusivas universidades en el extranjero habían modelado. Ése al que convencieron que para triunfar en la vida debías ser un bastardo y pisotear a los demás. Ése al que enseñaron a utilizar, mentir y engañar para lograr sus fines. Ése Álvaro que la mujer que amaba creía ahora que era.

Ocurrió hace más de dos años. Fue una de las peores épocas de mi vida. Los casos del

despacho se acumulaban, los compromisos sociales que me imponía mi familia no hacían más que aumentar, y la relación entre Carlota y yo no atravesaba su mejor momento. Discutíamos a diario, por todo. Pero no solo con ella. Las peleas con mis padres, con los socios del despacho, con los clientes, con jueces, con fiscales, con todos. Mi vida se convirtió en una espiral de tensión, gritos y responsabilidades que apenas podía asumir.

Así que empecé a tomar pastillas. Para despertarme, para dormirme, para estar activo, para relajarme. Para pensar. Un médico amigo de la familia me las suministraba sin receta, sin preguntas, y mi organismo se volvió adicto a ellas. Las necesitaba para poder hacer todo aquello que se esperaba de mí. Los meses fueron pasando, uno tras otro, mientras mi adicción se volvía cada vez más incontrolable y pronunciada. Apenas conseguía estar en pie cinco minutos limpio.

Ni los sermones de Luis, mi mejor amigo, cuando lo llamaba de madrugada desde cualquier antro para que me viniese a buscarme, consiguieron desengancharme. Ni las charlas de los sanitarios que me atendieron más de una vez cuando caía inconsciente en cualquier tugurio, ni el rostro desolado de mi madre cuando me veía llegar al amanecer, con la ropa hecha jirones, ojeras y sangrando por la nariz tras haberme metido en alguna pelea nocturna, me disuadieron. Nada importaba, nada. Solo esas pastillas que me prometían felicidad momentánea. Lo peor llegó cuando empecé a mezclarlas con alcohol, en una espiral interminable de autodestrucción en la que ansiaba poner un final a la pesadilla en la que se había convertido mi vida. Las visitas de Luis se volvieron una constante en mi vida, y su rostro preocupado era lo primero que me encontraba cada noche al llegar a casa.

«Luis, de verdad que un día voy a cambiar la cerradura. ¿Es que no tienes casa?»

«Guárdate las jodidas bromas.»

«Ey, ey, ey, Para el carro. ¿Qué coño te pasa?»

«¿Qué qué me pasa? Pasa que mi mejor amigo cualquier día va a palmarla, eso es lo que me pasa. Álvaro, tío, que vas a...»

«Estoy bien, ¿vale? Lo tengo controlado.»

«Y una mierda. Ayer tuve que ir a buscarte a un maldito burdel, y la semana pasada a un garaje en las afueras.»

«Las pastillas han dejado de hacerme efecto. Eso es todo.»

«¿Han dejado de hacerte efecto?», ironizó.

«Eso es. Ya no me funcionan, y necesito cosas más fuertes que las que me receta el médico, y por eso fui allí.»

«¿Ahora te has pasado a las drogas duras?»

«No me drogo.»

«¿Qué no te...?;Joder, Álvaro, cuando te recogí en aquel garaje tenías la nariz llena de farlopa, así que no te atrevas a negármelo!»

«¿Y qué?;Déjame en paz!;Pero quién te crees que eres para pedirme explicaciones?»

«¡Soy tu mejor amigo desde la guardería, joder, eso soy!»

«¡Pues si eres mi amigo, déjame en paz, déjame tranquilo!;Dejadme todos tranquilo de una maldita vez!»

«¿Pero es que no te das cuenta de que no puedes seguir así, que te estás cayendo a pedazos?»

«Estoy bien.»

«Sí, estás bien. Estarás bien hasta que se te pase el efecto de las últimas pastillas y te aparezca otra vez el mono, y después, ¿qué?;¿A dónde irás?;¿Al tugurio del otro día, al garaje aquel, al maldito burdel de Fresno para conseguir más pastillas?»

«Ya me buscaré la vida.»

«La vida, sí. Ésa que te estás jugando por unos cuantos gramos de la mierda esa.»

«Déjame en paz, Luis, y vete, por favor. Estoy cansado.»

«Claro que me voy. Me voy porque al gilipollas de mi mejor amigo no le importa una mierda nada, ni siquiera su jodida vida, o el imbécil de su amigo.»

«No saques las cosas de quicio. Por favor, vete, de verdad que estoy muy cansado.»

Luis me había mirado, con toda la tristeza del mundo en sus ojos marrones, y se había dado la vuelta, haciéndome sentir un maldito deshecho humano. Era mi único amigo de verdad, el único que se preocupaba, y prácticamente lo había echado de mi casa. Era un cretino. Un cretino que no se merecía a un amigo como él.

Tomé la desviación al aeropuerto, mientras mi mente volaba dos años atrás, cuando el Colegio de Abogados de Pinar rindió al embajador de Noruega una fiesta de bienvenida. Nos habían invitado a todos los miembros del despacho al evento, que se celebraba justo cuando finalizaba la semana laboral más extenuante de mi vida. Apenas llevaba media hora en aquel abarrotado salón, rodeado de demasiada gente, cuando el cansancio, el estrés y el alcohol, mezclado con las pastillas, me jugaron una mala pasada. Los mareos, la fatiga y un terrible malestar no tardaron en aparecer, y supe que no iba a resistir mucho más allí.

Carlota se había acercado hasta mí, esbozando una tirante sonrisa y me había espetado un severo “Vete al baño a pasar el mono antes de que nadie te vea”, y eso había hecho. Había ido dando tumbos hasta uno de los servicios mientras el suelo, el cielo y todo lo que me rodeaba daba vueltas y yo me sentía cada vez peor. Apenas crucé el umbral, me desplomé sobre el suelo. No sé cuánto tiempo pasé así, en esa especie de limbo, temblando, con sudores fríos, y ese dolor afilado que me abría desde dentro, hasta que escuché una voz a mi lado. Una suave y dulce voz de mujer.

«Álvaro, despierta.»

Mis párpados se movieron solos, y parpadeé, enfocando la vista. Separé las pestañas con esfuerzo, y me vi en el baño del embajador, desvanecido, sobre las piernas de Nadia Umbría, la nueva abogada que habían contratado en el despacho.

«¿Nadia?»

«Sí, Álvaro, soy yo.»

«¿Qué...qué ha pasado?»

«Te has dado un buen trompazo contra el suelo. Tranquilo, ya he llamado a un médico.»

«¿Cómo sabías que...?»

«Te vi salir precipitadamente del convite, y supe que ocurría algo, así que te seguí. Cuando oí un golpe, entré, y te vi desvanecido en el suelo. Menudo susto me has dado.»

La miré, y vi cómo sus ojos se movían hacia en las pastillas que se me habían caído del bolsillo del pantalón, dibujando un arco iris tóxico y envenenado sobre las baldosas del baño.

«Nadia, esto no es...yo...»

«No tienes que explicarme nada.»

«Pero quiero hacerlo, necesito decirte que...»

«Que eres humano, y que te equivocas, como todos. No tienes que darme ninguna explicación, Álvaro. No hace falta que digas nada.»

Y no lo hice. Jamás tuve que explicarle nada. Ese mismo lunes por la tarde ingresé en aquella discreta y carísima clínica donde inicié el tratamiento de desintoxicación, tras enviarle a casa un enorme ramo de rosas con una nota de agradecimiento. Y ahí empezó todo. Nadia no me juzgó en ningún momento. Se limitó a acompañarme, a guiarme. A quererme, solo eso. Y me enamoré por

completo de ella.

Aceleré el Audi, mientras los finos copos de nieve empezaban a teñir el asfalto, y el dial de la radio saltó al cruzar una curva, haciendo que la rasgada y melancólica voz de Céline Dion entonando 'So this is christmas', y pensé que quizás esa canción era una señal para que cambiara de rumbo, para que me enfrentara a todos, para que luchara por todo aquello que merecía la pena en esta vida. Tomé una curva, y las luces del aeropuerto aparecieron inmensas, deslumbrantes, desde varios kilómetros. Aceleré, sin pensar en nada más. Iba a pelear por ella, por mí, por todo lo que habíamos tenido y todo el increíble futuro que nos esperaba. Un futuro en el que solo existíamos nosotros y el maldito cielo que nos cubría.

Capítulo 6

Nadia Slept into christmas

Es increíble cómo cambia la gente en navidad. La avenida de Platino, santuario de los ricos, los elitistas y las prisas, se había convertido en un remanso de paz y amor, donde cada adoquín parecía estar hecho de algodón de azúcar. Por todas partes se escuchaban risas, comentarios amables, conversaciones alegres y despreocupadas...si había caído un meteorito a la tierra, nos habría fulminado y esto era el cielo, bienvenido fuese.

Abandonamos la parte antigua de la ciudad para dirigirnos al ensanche, donde había un espectáculo de patinaje sobre hielo. Se decía que este año actuaban más de cien figurantes, y que la temática elegida era una conocida película infantil inspirada en el famoso cuento de ‘La reina de las nieves’, de Hans Christensen. Caminamos por las anchas calles y avenidas, disfrutando del ambiente navideño que se respiraba. Era como si la ciudad, con sus luces, transmitiesen el mensaje de que la navidad, y sus milagros, estaban al alcance de cualquiera. Cuando casi habíamos llegado, Alek se volvió hacia nosotros, haciendo un puchero.

—¿Y si vamos a bailar en vez de ir a la pista de hielo? ¿Qué me dices, Nadia?

—¿A...bailar?

Horror.

—Sí, ¿por qué no? ¡La noche es joven! Venga, será divertido.

—Pues...no sé, no conozco ningún sitio para ir a bailar —mentí, ante el repentino cambio de planes—. Y la mayoría son antros tan...

—¿Cómo que antros? ¡Yo hablo de una competición de baile!

—Ah, no, por ahí no —dijo Nick, sacudiendo la cabeza, con expresión de pánico.

—¿Cómo qué no? ¡Vamos a buscar una sala de juegos! ¡Os voy a dar una paliza! Oh, venga, es Navidad —se lamentó el finlandés—. ¿Vais a negarle a un pobre hombre un deseo navideño?

Nick se apartó de la conversación, para mi desesperación, que me vi sola defendiendo el bastión de la dignidad.

—Es que...no sé bailar, Alek.

—Nick tampoco.

—Pero es que yo bailo muy, muy mal.

—No me extraña —dijo Nicholas, con soltura—. Con lo patosa que eres, imagino que habrás dejado en coma a más de uno con alguno de tus giros. Pero yo te apoyo, Alek, lo que sea por mi amigo. Si quieres ir a bailar, iremos a bailar. Pero si Nadia no quiere ir, pues tendrás que fastidiarte y dejarlo para otra ocasión.

Me giré hacia él, y la sonrisita de burla que vi en su rostro fue suficiente para hacerme reaccionar. Si creía que yo iba a hacer de poli malo delante de Alek, se equivocaba. Vaya que sí. Ladeé la cabeza, achinando los ojos, y la luchadora de sumo que había en mí tomó posiciones en el tatami.

—Está bien, Nick —sonreí ladinamente —Haremos lo que tú quieras. Tienes la última palabra.

Toma.

—Pues... —La cara del francés no me dejó lugar a dudas. Estaría tan cómodo allí como un pulpo en pleno desierto.

—¡Venga, Nick! —gritó Aleksei, mirando hacia él.

Me giré hacia Nicholas, encogiéndome de hombros, con gesto de fingida inocencia, que él captó al momento, y sus ojos brillaron por la jugarreta.

—Está bien. Si a Alek le gusta y a ti te entusiasma la idea, pues podré soportarlo un rato.

Sonreí falsamente, y asentí, encajando los dientes. ¿De verdad íbamos a terminar en una sala de juegos la víspera de nochebuena? La respuesta era...sí. Por supuesto que sí. Me encogí de hombros, y les señalé una de las salidas del parque.

—Está bien, Alek, Tú ganas. Conozco un sitio cerca de aquí.

—No te arrepentirás, pequeña pasajera.

—Eso espero, Fred Astaire.

Conocía una sala de juegos cerca de donde estábamos, en la avenida de Brezal, donde, viernes sí, y viernes también, Julia y yo terminábamos dando los últimos pedazos de nosotras mismas ante un micrófono como si el mañana no existiera. Las últimas veces habíamos conseguido incluso arrastrar incluso a un par de becarios del despacho. Los pobres se habían visto entre la espada y la pared, y habían accedido a acompañarnos. Horas más tarde, los roles se habían intercambiado, y nos habíamos visto obligadas a tirar de ellos para meterlos en un taxi rumbo a sus casas, porque no había forma de separarlos de los micrófonos. Y menos cuando estaban en plena fase ética de ‘Exaltación de la amistad’. Ese momento en el que necesitas abrazar a todos los que te rodean y decirles lo mucho que los quieres, independientemente de si son tus amigos, gente que has conocido esa noche, o el chico que te trae las pizzas cada viernes a casa. Lo importante es tener un cuerpo al que abrazar al lado. Es lo que tiene el karaoke. Saca lo mejor, y lo peor de nosotros mismos.

Caminamos varios metros, y sentí, o intuí, la presencia de Nicholas a mi lado. ¿Cuándo dejaría de afectarme tanto su simple presencia? Lo que había empezado con unas suaves llamadas estaba empezando a parecerse a la ardiente lava de un volcán.

—No te tenía por una aficionada a las salas de juego.

—Y no lo soy —empecé, intentando defender lo indefendible—. Mi amiga Julia es una enamorada del karaoke, y yo su fiel escudera.

—Vaya, menuda amistad.

—Ya ves. Cuando me entrego a una causa, lo doy todo de mí.

—Ya veo —se rio—. Dile a tu amiga de mi parte que te conserve, porque vales tu peso en oro.

—Lo sé —sonreí—. Aunque, bueno, si no te gusta, podemos ir a otro sitio.

—No, tranquila. Seguro que comparado con los tугurios en los que me ha metido éste —señaló a Alek —será un palacio.

En ese momento resonó una nueva canción navideña en la plaza que abandonábamos, y el público empezó a corearla, creando un ambiente fantástico. No lo dudé. Saqué mi móvil para immortalizar el momento, mientras sentía los ojos de Nicholas posados en mí. Le miré apenas unos segundos, perdiéndome en sus iris esmeralda, y sonreí, haciéndole una foto. Esa noche había magia en el ambiente, y pensaba disfrutar de cada segundo del hechizo.

—Esto...¿Puedo preguntarte algo? —preguntó él, y yo asentí.

—Sí, claro, ¿qué pasa?

—Yo...me preguntaba por qué no volviste a casa cuando anunciaron que los vuelos estaban

retrasados por el mal tiempo.

El mundo cayendo a plomo sobre mí. La brisa helada, congelando cada gota de sangre que mi corazón bombeaba. La realidad volviendo a mí en toda su crudeza.

—¿Qué?

—No me malinterpretes, por favor —se apresuró a contestar, al ver mi reacción—. Me refiero a que era muy probable que los retrasos del aeropuerto llevaran horas. Podrías haber vuelto a casa en vez de estar esperando sola en la terminal.

No supe qué responder. Me quedé mirándole, sin saber cómo expresar en voz alta lo que me había llevado a deambular por los atestados pasillos del aeropuerto, en vez de estar calentita en casa, sentada en el sofá esperando la llamada de la compañía aérea.

«Porque no puedo volver a un piso donde las sábanas aún huelen al hombre que me ha roto el corazón, a contemplar unas paredes que están llenas de fotos nuestras. Porque su cepillo de dientes, su taza de café, sus libros me recuerdan lo que he perdido. Y no puedo enfrentarme aún a eso, al lo que sé que vendrá tras estos cuatro días de vacaciones. Y porque temo que, estando sola, mi mano termine dirigiéndose al teléfono y llamando a un número de teléfono que quiero olvidar con todas mis fuerzas.»

—Porque...es un lío tomar un taxi de ida y otro de vuelta —mentí, desviando mis ojos de los suyos

Nick asintió, en silencio, y supe que no me había creído. Ni siquiera yo lo había hecho. Suspiré, intentando que mi rostro no mostrara la tristeza que siento, aunque sé que es inútil disimularlo. Siempre he sido muy expresiva, y mi rostro debe tener hasta luces de neón en ese momento. Él respeta mi silencio y no insiste, pero casi puedo escuchar sus pensamientos desde donde estoy. Esos pensamientos que, idénticos a los míos, van llenando cada centímetro de mi cabeza. Esos que jamás podré expresar con palabras.

Me quedé mirando la abarrotada plaza, donde los cánticos seguían, mientras yo continuaba sumergida en mis pensamientos. No eran las primeras tristes navidades que pasaba. El año pasado ya tuve mi particular ración de lágrimas, y, una vez más, habían sido por cortesía de Álvaro Robledo de Toledano, que canceló a última hora los planes que habíamos hecho. Así que me vi pasando la noche de Navidad en compañía de mi sofá, una caja de pañuelos de papel, y la programación navideña. Los presentadores de la gala de ese año parecían esforzarse con verdadero ahínco en simular un directo más falso que mi sonrisa los lunes por la mañana en el trabajo. ¿Es que no se dan cuenta que nadie se cree que eso sea en directo?

Había apagado la televisión, sintiendo que ya nada podía ir a peor en mi vida. Había rechazado el plan familiar de volar a Budapest, el alocado plan de Julia de irnos a un *resort* italiano a bebernos todo lo que nos pusieran por delante, y hasta la proposición indecente del sexagenario y simpático cajero del supermercado de la esquina, don Ambrosio, que, guiñándome un ojo, me había tentado con llevarme al reino de las locuras perversas esa noche. Me levanté del sofá, justo a tiempo de coger el teléfono cuando empezó a sonar. Era Julia. Contesté, deslizando el dedo por la pantalla, y me preparé para una ración de groserías varias.

«Mansión de la autocompasión más absoluta al habla», respondí.

«Oh, por Dios, Nadia. ¿De verdad?»

«Estoy en casa la noche de navidad. ¿Qué esperabas?»

«La verdad es que mantenía la esperanza de que contestase un macizo con voz agotada tras la maratónica sesión de sexo que habrías tenido con él, pero ya veo que solo un desfondado sofá y una obscena cesta de chocolatinas acompañan a mi mejor amiga esta noche. ¿Se puede saber que

haces en casa?»

«Lamentarme por mi triste vida. ¿Y tú cómo sabes lo de las chokolatinas? Las guardo en el cajón de mi ropa interior.»

«Mejor no preguntes. Y por cierto, se te están acabando las píldoras anti...»

«¡¿Qué?! Pero serás...»

«Sí, lo sé. Soy lo peor. Anda, vete a la fiesta que está preparando Teo en su casa, y que va a marcar un antes y un después en tu vida. Le diré a Magda y a Luisa que pasen a buscarte. Yo te acompañaría, ya lo sabes, pero ahora mismo estoy emborrachándome en la piscina del hotel, rodeada de italianos macizos. Sí, ya sabes, ese hotel al que no quisiste venir.»

«Oh, por Dios, déjalo ya. Y no llames a nadie. No tengo ganas de salir.»

«Mec. Error, pequeña. Nunca “no se tienen ganas”. Lo que no se tienen son bragas. Pero ganas...eso, nunca, querida.»

«No, Julia, de verdad que no me apetece.»

Mi amiga se había quedado en silencio varios segundos, y la escuché suspirar al otro lado de la línea.

«Nadia, ya sé, o, mejor dicho, intuyo lo que te ocurre, pero déjame darte un consejo, y escúchalo, porque no suelo darlos.»

«¿Con qué vas a iluminarme esta vez?»

«Pues con solo una palabra: vive. Vive, Nadia. Lo que sea que te está impidiendo avanzar, está cortándote la vida, y sí, me refiero a ese hombre por el que suspiras, y que es el que te ha dado plantón otra vez.»

«Él...»

«Él te terminará olvidando, Nadia, si es que no lo está haciendo ya. Déjalo irse, olvídate de él, o amárralo con fuerza a tu lado, pero esto...lo que demonios sea, no es sano. Ni para ti, ni para él. Suéltalo, Nadia, déjalo ir. Llevas demasiado tiempo enganchada a un hombre que no te quiere.»

Ni siquiera pude contestarle. No cuando había soltado esa ristra de verdades que mi cabeza llevaba repitiéndome demasiado tiempo. Porque no, ya sabía que lo que Álvaro sentía por mí no era amor, pero aún así, mi estúpido corazón albergaba una mínima esperanza de que así fuera. Suspiré, y colgué a mi amiga, tras asegurarle que haría lo posible por ir a su fiesta.

Me apoyé contra el respaldo del sofá, contemplando absorta la ventana, donde los copos seguían cayendo sin remisión. No le importaba a Álvaro, tenía que asumirlo de una vez. Me levanté del sofá, con las palabras de mi amiga dándome vueltas en la cabeza, y fui hasta la ventana, observando la concurrida calle. Los alegres transeúntes que caminaban por la acera me distrajeran varios minutos de mi triste existencia. Todos parecían felices. Todos, menos yo, claro.

Me giré, cuando, de repente, sentí algo. No sabría decir el qué, ni cuánto duró, pero algo empezó a tirar de mí hacia la ventana otra vez, con fuerza, y mis pies obedecieron. Mi cerebro se desconectó y fui hasta la ventana otra vez. Mis dedos se apoyaron en la helada superficie, y el vaho chocó contra el cristal. Y ocurrió. El Audi de Álvaro apareció por un extremo de la calle, a toda velocidad, por el nevado asfalto, y se detuvo a escasos metros de mi portal con un chirrido de frenos. No esperé más. Corrí escaleras abajo, viéndole frente a mi puerta. Estaba allí. Álvaro, mi Álvaro.

Nuestras miradas apenas se cruzaron un segundo antes de que nuestros labios se estrellaran, nuestras lenguas se unieran y todo explotara a nuestro alrededor. Y todas las dudas que tenía sobre nosotros se esfumaron en cuanto sus brazos me acogieron. Solo existíamos nosotros, y ese mágico momento. Yo era suya, y él era mío, por completo. Con todas las dudas, los miedos, y los errores

que arrastrábamos a nuestras espaldas. Porque nuestro amor era así, fuerte, loco y voraz. Y nos había arrasado por completo.

Ni siquiera sé cómo llegamos a mi piso. Ni siquiera recuerdo haber abierto la puerta. Solo recuerdo que, cuando me quise dar cuenta, estábamos sobre mi cama, arrancándonos la ropa el uno al otro. Nuestros labios se unieron, explorándose, buscándose, mientras las manos les acompañaban al compás descubriendo nuevos territorios que explorar, llevándonos al límite, probándonos, uniéndonos en una comunión perfecta. Sus manos trazaron el contorno de mi cuerpo, mientras las mías le desnudaban sobre aquella cama en la que, estaba segura, iba a probar una porción de cielo. Rodeé su cintura con mis piernas, presionándome contra él, y la suavidad de su cuerpo me golpeó como mil martillos a la vez.

Miré cómo mi lencería de encaje azul caía, y mis manos liberaron aquel bóxer oscuro, quedando expuestos por completo. Mi lengua jugueteó en cada rincón, en cada centímetro, en cada esquina, mientras él se arqueaba, gemía y jadeaba mi nombre, en un compás frenético. Cuando creí que estaba a punto de perder el control, y una fina capa de sudor nos cubría por completo, me detuve, con el deseo palpitante, reclamando lo que ambos ansiamos. Pero él no me dejó. Rodó sus labios por mi cuerpo, y mis manos se enredaron en sus cabellos, mientras sentía cómo los latigazos de placer recorrían mi espalda hasta que no ya pude aguantar más, y me dejé caer en el pozo del deseo por completo, sintiendo que esto es lo que llevaba buscando toda la vida.

Me entregué a él como él se entregó a mí en aquel acto íntimo, descarnado, casi animal, mientras sentíamos la cama moverse, vibrar, casi partirse, como nosotros. Era indescriptible. Era pasión, entrega, sudor y pasión a raudales.

«Te quiero, Álvaro», le dije, entre gemidos.

Él no me respondió. Me besó con fuerza, y su cuerpo invadió hasta el más remoto de mis rincones. El clímax más increíble nos envolvió a los dos y gritamos al unísono, cayendo desmadejados sobre aquellas sábanas que ahora olían a Álvaro, a mí, a lo que ambos habíamos creado allí dentro, y nos quedamos en silencio, escuchando nuestras desenfundadas respiraciones. Miré hacia la ventana, donde el cielo estrellado se recortaba entre los edificios, y supe que mi milagro navideño acababa de hacerse realidad.

Miré a Nicholas, alejando los recuerdos, y me encogí de hombros, señalándoles una salida del parque. El sendero que estaban tomando mis pensamientos iban por terminar llevándome a un sitio tenebroso del que no podría escapar, y había que evitar esa peligrosa vereda.

Caminamos los primeros minutos viendo la gente pasar, embriagándonos del ambiente navideño, sin más destino que el de la sala de juegos donde pasaríamos el resto de la noche. Seguimos andando, y llegamos a uno de los puentes de piedra que atravesaban la ciudad, cuando el sonido de mi móvil sonó, y brinqué, sobresaltada. Escuché a Alek farfullar un ronco “joder, qué susto”, y le miré, haciéndole un gesto de disculpa. Mis ojos bajaron a la pantalla, y sonreí. Era mi amiga Julia, llamándome desde la fiesta de su piso, seguramente. Esa fiesta que no pensaba pisar.

—Hola, Julia.

—¿Cómo que hola? ¡Feliz navidad, pequeña!

—Sí, feliz...eso.

—Navidad, señora de Grinch. Navidad —se rio —¿Ya estás en Finlandia?

—No, han...han retrasado el vuelo.

—¡¿Qué?! ¡¿Sigues en Pinar?!

—Sí, pero...

—Venga, anda, pásate por la fiesta, esto es...cielo santo, qué ambiente hay por aquí, no te lo

puedes imaginar. Ya se han ido todos los muermos y nos hemos quedado los más guays de la galaxia letrada.

Me carcajeé, imaginándome el panorama, y sacudí la cabeza.

—No, gracias.

—Oh, venga, ámate.

—Es que no estoy sola. Estoy con dos pilotos, y... —dije, arrepintiéndome al segundo de haberlo hecho, y cerré la boca. Aquello había sido dar el pistoletazo de salida a una carrera de caballos.

—¿Dos...pilotos?

Los minutos siguientes fueron una sucesión de chillidos, anuncios a voz en grito en la fiesta que ella estaba con dos pedazo de pilotos por la ciudad, con la consiguiente salva de aplausos y vítores de mi amiga que no escatimó ninguna, pero ninguna, palabra soez para referirse a mi inmensa suerte.

—¿No estarás pensando en quedártelos para ti solita, no? ¡Tráetelos a la fiesta!

—No sé...allí no conocen a nadie, y...

—¡Ni una excusa! ¡Quiero ver a esos dos ejemplares ya!

—Está bien —suspiré, resignada. Colgué el teléfono, deslizándolo al interior de mi bolso, y miré a mis dos nuevos amigos.

—Nos han invitado a una fiesta.

—¿Una fiesta? —preguntó Aleksei, a mi espalda, con una sonrisa que le abarcaba todo el rostro—. En ese caso, no perdamos más el tiempo aquí. Esta noche estoy en racha, y siento que el ritmo ha invadido mi cuerpo.

Simuló unos horribles pasos de baile, y yo me reí, tomándole el brazo. Lo que parecía haber invadido su cuerpo esa noche era una colonia de sanguijuelas, más que otra cosa, pero no sería yo quien le dijese semejante grosería. Me giré hacia Nick, cuya expresión era la de un reo yendo hacia el patíbulo, y le hice un gesto para que nos siguiera. Sus hombros descendieron, y asintió, mirando solo a su amigo.

—Vamos.

—Genial —dije, esbozando una sonrisa tan enorme como falsa, y me puse en cabeza de esa extraña comitiva que me llevaría a una fiesta que no quería pisar. Pero iba a meterme en la navidad, iba a hacerlo. Miré la entrada de la sala de juegos, donde sonaba ‘Slept into christmas’, de Elton John, y suspiré.

Capítulo 7

Nicholas Christmas C'mon

Una fiesta. Una fiesta a la que, era obvio, Nadia no quería ir, y yo...yo tampoco, si he de ser sincero. Esa noche solo quería estar con ella, conociéndola, paseando hasta que las luces del alba invadiesen el cielo, y las estrellas se ocultasen bajo la capa inmensa y brillante de luz del sol. Ni siquiera me he atrevido a ponerle nombre a lo que siento por ella, porque es una locura, porque estas cosas no pasan, porque es imposible que en una sola noche esa chica se haya anclado tan dentro de mí.

Callejamos por las diferentes avenidas hasta llegar a un amplio bulevar con frondosos árboles cada pocos metros, y Nadia se detuvo en el número seis, un edificio de ladrillo rojo que, a juzgar por lo que se veía desde su acristalada entrada, había sido reformado hace poco, y aún mantenía ese encanto bohemio de los edificios antiguos. Llegamos a la cuarta planta, y la amiga de Nadia, Julia, nos abrió luciendo la sonrisa más radiante que había visto en mi vida. Era una chica menuda, como ella, de pelo castaño claro, de suaves ojos marrones que destilaban dulzura. Llevaba un vestido de un color dorado apagado, con pedrería, tipo años veinte.

Vi a Nadia acercarse a ella, darle dos rápidos besos en la mejilla, y mi vista se perdió al fondo de su sala de estar, donde los sofás y las mesillas de centro habían sido apartadas para dar cabida a una veintena de enfebrecidos, desinhibidos y enloquecidos jóvenes que cantaban a voz en grito y bailaban como si el mundo se acabase esa misma noche.

—Estos son Alek, y este es Nicholas —se adelantó a presentarnos Nadia.

—Es un placer conocerlos, chicos —dijo Julia, arrastrando las vocales.

—El placer es solo nuestro —dijo Alek—. Nadia no nos había dicho lo guapa que eras.

—Bueno, yo... —se sonrojó, y mi mirada cayó grave sobre Alek, vocalizando un “compórtate” que solo percibió él. Mi amigo era un rompecorazones terrible, y lo último que me apetecía esa noche es ver cómo esa pobre chica caía bajo su embrujo.

En ese momento, la risa ahogada de Nadia me hizo volverme hacia ella.

—¿Qué pasa? —susurré.

—Pasa —enfaticó la palabra —que la fresca de mi amiga se ha cambiado de ropa cuando le he dicho que veníais. Nadie se pone un vestido así para una fiesta entre compañeros de trabajo —se giró con disimulo hacia su amiga, que parecía obnubilada mirando a Alek, y yo sacudí la cabeza.

—No exageres, seguro que...

Solo hicieron falta dos caídas de pestañas seductoras hacia Alek para confirmar las palabras de Nadia. Iba a tener que ponerle bozal a mi amigo, sin duda.

—Por favor, pasad —dijo la chica, y sentí a Nadia acercarse a mí, conteniendo una risita.

—Te lo dije.

—Ya veo. Pero quiero dejar claro que la despedida de soltero de Alek la organizas tú. Si sobrio apenas puedo soportarle, no quiero imaginar la bacanal que montaría borracho.

—Descuida. Pero la de Julia la organizas tú. ¿Sabes que ya la ha detenido la policía por

escándalo público tres veces?

—¿Qué?

Llegamos a la sala de estar, y Nadia se apresuró a presentarnos.

—Chicos, estos son Alek y Nick, unos pilotos que he conocido esta noche. Les han retrasado los vuelos, y han decidido pasarse un rato.

—Hola —dijeron todos al unísono.

—Hola a todos —respondí, sonriente, antes de que un aluvión de besos, una sucesión de nombres que nunca recordaría, y abrazos a discreción, me desbordara.

Tras varias conversaciones superfluas, unos cuantos chistes malos después, varios canapés y refrescos, empecé a estar más cómodo. Casi tanto como Alek, que parecía entusiasmado por empezar a bailar. Lo cierto es que el ambiente era fantástico. Pero no solo el ambiente. Julia se había esmerado en la decoración, la elección de la música, y *el catering*. Por todas partes había bandejas de curiosos canapés y cócteles ingeniosos con detalles navideños.

—Bueno —casi chilló Alek—, a ver, ¿quién se anima a una competición de baile?

Aquello fue el principio del fin. La música cambió, y un grupo de ocho jóvenes tomaron el centro de la sala de estar, bailando y dando palmadas coordinadamente. Vi a Alek acercarse a Nadia y la cara de terror de ésta cuando mi amigo la llevó a la pista de baile. De nada sirvieron las protestas de la chica, que no pudo defenderse al verse rodeada por un grupo de alegres borrachos y entusiastas danzarines. Me dedicó una mirada lastimera desde allí, y yo sonreí, encogiéndome de hombros, vocalizando un falso “Lo siento”.

—¡Vamos, Nadia! —gritaron desde el fondo, y empezó el espectáculo.

Nadia empezó a moverse al ritmo de la música mientras yo les aplaudía, hasta que dejé de hacerlo ante la imagen que tenía ante mí. Mis manos descendieron, y me dediqué a contemplarla. Se había quitado la chaqueta, y la verdadera forma de su cuerpo se desvelaba al trasluz del vestido que llevaba, creando un efecto onírico que se expandía más allá de su cuerpo, invadiendo todo a su alrededor. Era magnética, hipnótica, casi electrizante. Nadia era tremendamente...sexy, y lo era porque sus movimientos, su forma de ser, acompañaban completamente a su cuerpo.

Me quedé embobado mirando cómo sus pies se deslizaban por el suelo, acompañando a sus manos, sus caderas, su cabeza, y pude sentir cómo todas y cada una de mis células se encendían. La tentación, el deseo y el pecado encerrados en un cuerpo que se contonea al compás de la música. Esto era el infierno, y no lo que contaban en la Iglesia. Noté cómo mi boca se secaba, mis manos sudaban, y un latigazo más allá de mi abdomen me recordaba que estaba hecho de huesos, músculos, piel y...emociones. Nadia era fuego y yo quería consumirme en esa hoguera. ¿Cómo podía esa chica alterarme de esa forma?

Cuando acabó la canción, y los silbidos y los aplausos empezaron a volar en todas direcciones, intenté acercarme a ella, abriéndome paso entre la gente, justo para ver cómo Julia la llevaba, casi en volandas, hasta la cocina. Empecé a deslizarme entre la gente, yendo hacia allí. Las vi en el balcón de la zona del comedor, y me detuve a escuchar parte de su conversación.

—Madre mía, Nadia, ya me puedes ir contando dónde has encontrado a semejantes ejemplares.

—Pues...en el aeropuerto, obviamente. Alek se ofreció a llevarme a la ciudad, y, como no tenía nada qué hacer, acepté la invitación, que además incluía a...

—Nick, ya lo veo. Es guapísimo.

—Sí, sí que lo es. Bueno, si te gustan los rubios altos, y eso —se justificó, y percibí cada temblor de sus cuerdas vocales al decirlo—. Pero vamos, que es mucho más que un tío guapo. Es

atento, educado, simpático, inteligente...

—Vaya, vaya, vaya...así que Nick y tú, ¿eh?

—No digas tonterías. Nos hemos conocido esta noche, y hemos tomado algo juntos, solo eso.

—Eso no te lo crees ni tú, que tampoco le quitas ojo de encima. Por Dios, si tiene un morbazo que te mueres, ¿Pero qué te pasa?

—No me ocurre nada. Acabo de conocerle, ¿cómo puedes pensar que voy a liarme con él?

—Pues por la forma en la que te lo estás comiendo con los ojos, esas miraditas que le echabas cuando bailabas, esa sonrisa de atontada que tienes ahora mismo...

—¿Qué?; Oh, por Dios, cállate!

—Diez a una a que termináis liándoos antes de que acabe la noche.

—¿Qué?; Pero te has vuelto loca?

—Loca estás tú si aún no le has hincado el diente. Por Dios, que ese hombre lleva escrita la frase 'Devórame enterito' en la frente, y tú eres la única que no se ha dado cuenta.

—Estás chiflada. Completamente.

—Abre las puertas al amor de una vez, petunia.

—Como si fuera tan fácil.

—Nadia, ya sé lo que ha pasado, y siento decirte que no es nada que no te advirtiera antes. Él no te conviene, nunca lo ha hecho, y lo que ha pasado con él...era algo que esperábamos que sucediese tarde o temprano. Olvídalo.

—¿Y si no puedo?

—Claro que puedes. Ya verás que, dentro de un año, será pasado. Olvidado y enterrado.

—No soy de las que olvido sin más, Jules.

—No he dicho que lo olvides sin más. Solo insinúo que un clavo saca a otro clavo, y que ese Nick está que vamos. Quizás es lo que necesitas en este momento de tu vida. Un tipo macizo, potente, con cara de niño bueno, pero que sepa agarrarte del trasero, arrancarte la ropa, y empotrarte contra la pared hasta que...

—Eres una ordinaria. Y eso no va a pasar nunca. No hasta que mi corazón se cure.

—¿Y si no se cura nunca, Nadia?; ¿Qué vas a hacer?

Me aparté rápidamente de la conversación, con aquellas palabras envenenando mi corazón. Nadia tenía el corazón roto. Exhalé, derrotado, por mi mala suerte. Encuentro a la chica más increíble que he conocido nunca, y tiene el alma partida en dos por un tipo que no la mereció nunca. No estaba preparada para volver a sentir nada por nadie. Le habían fallado, y apenas le había dado tiempo a recoger los pedazos de su corazón. ¿Cómo iba a empezar algo conmigo estando así? Era imposible, no estaba preparada aún, era una locura. Pero...sin embargo...sin embargo, había algo entre ambos, y ella también lo había sentido, en cada roce, en cada mirada...algo flotaba entre los dos. La pregunta era si ese algo sería lo suficiente fuerte como para derrumbar de nuevo sus barreras, y que su corazón volviese a sentir algo por alguien.

Di un par de pasos, buscando a Alek, cuando desde el otro extremo de la sala, una mirada oscura atravesó mis pupilas negras, y os juro que cada célula de mi cuerpo tembló ante la contundencia de ese fuego que empezaba a quemarnos a los dos. La vi acercarse hasta mí, abriéndose paso entre la multitud, y alcé la mano para saludarla.

—Hola, Nadia.

—Hola, Nick. Te estaba buscando.

—Pues creo que yo te he encontrado antes —bromeé, y ella se rio, poniéndose a mi lado, y nos quedamos unos segundos en silencio, observando la fiesta.

— Tenías razón, Nick.

—¿Qué?

—Que tenías razón. Ver a Alek bailando es algo que debería estar penalizado. Era un pésimo bailarín. ¿Cómo puede tener tal descoordinación? Es como un flan.

Me quedé unos segundos mirando a mi amigo. Alek era una masa gelatinosa de manos y pies que se movían de forma independientemente, sin seguir melodía ni ritmo alguno. Era demencial. ¿Cómo podía hacerlo tan mal?

—Yo tampoco me lo explico, la verdad —contesté, sonriendo—. Aunque, ¿me creerías si te digo que ha mejorado muchísimo estos últimos años?

—Bromeas.

—Ojalá lo hiciese.

Se rio, y sentí su mano deslizarse dentro de la mía, que la acogió con pasmosa naturalidad. Nuestros dedos se entrelazaron, mientras la música, el ruido, las voces, todo, empezó a sonarme tan lejano como los dos polos. Nos quedamos en silencio mirando a los demás, mientras la música seguía sonando y los bailarines ya lo daban todo en la pista. Nos reímos a la vez cuando un tal Sergio se contoneó con demasiado afán y terminó casi cayendo sobre dos chicas.

—Creo que deberían dejar de servir alcohol —dije, señalando el estropicio.

—Sí, lo cierto es que es algo que Julia debería empezar a plantearse. Esto...¿Te apetece que nos sentemos un rato? No me apetece...no me apetece estar aquí dentro.

—Sí, claro. ¿Adónde quieres ir?

—¿Te gustaría ir a la terraza? Es bastante grande, y ahora no hay nadie. Hay un sofá de jardín muy cómodo, y he pensado que podríamos estar un rato allí, lejos de... —miró alrededor —lejos de todos. Además, quiero seguir enseñándote Pinar.

—Te recuerdo que llevamos casi dos horas caminando por sus calles. ¿No crees que ya la conocemos lo suficiente? —enarqué una ceja —¿Qué piensas hacer?¿Llevarme a un paseo en globo?

—Voy a hacer algo mejor —susurró, en tono cálido, y todo mi cuerpo se derritió en ese instante—. Voy a ponértela a los pies.

Tomó mi mano con fuerza, y nuestros dedos se entrelazaron en respuesta. Salimos esquivando a los alegres bailarines que habían tomado la mitad de la sala de estar como pista improvisada de baile, y que ahora se hallaban inmersos en un juego de *air guitar*. Lo último que vimos antes de desaparecer por la acristalada puerta del piso de Julia, fue a un chico caer de rodillas al suelo, con la cabeza hacia atrás, simulando un solo de guitarra, mientras su público le jaleaba, enfeverecido.

—Cielo santo —murmuré, y escuché a Nadia reírse.

Salimos a la terraza sintiendo las vibraciones de la música, y apenas deslicé la hoja de cristal de la puerta, el aire frío y las luces de la ciudad nos recibieron. Era una terraza enorme con plantas, sofás...un auténtico jardín en medio de la ciudad. Caminamos lentamente hasta la balaustrada de piedra, mirando el paisaje iluminado. Los enormes árboles iluminados de navidad eran visibles desde allí, y los ocho enormes edificios del polígono de Argoma, a modo de barrera defensiva de la ciudad, se recortaban como oscuros gigantes en el cielo estrellado.

—¿Te gusta?

—Es precioso, Nadia. Gracias por traerme aquí. Tu ciudad es espectacular.

—De nada. Aunque...no es mi ciudad. Soy de Sauzal, otra ciudad costera a apenas dos horas de aquí. Me vine hace cuatro años a trabajar aquí.

—Vaya.

—Sí. Los dos primeros años fueron los peores. Hasta que conocí a mi amiga Julia y la cosa mejoró bastante. Pinar está hecha para disfrutarla, sentirla, y siempre es mejor hacerlo en compañía. Solo los que viven aquí podrán enseñártela bien, porque solo ellos conocen cada rincón.

—¿Es una ciudad de secretos?

—De secretos que deben preservarse —mis ojos se cruzaron con los suyos, y las malditas llamas volvieron a abrasarme el corazón—. Si vienes alguna vez de día, y te apetece hacer turismo, puedes llamarme. Julia me enseñó cada rincón de la ciudad y sus alrededores, así que lo normal es que yo haga lo mismo con mis amigos.

—¿Somos...amigos? —pregunté, aturdido.

—Claro que sí —sonrió—. Bueno, no tan buenos amigos como Alek y tú, pero algo parecido.

—Alek y yo somos un experimento entre especies, más bien.

Nadia se rio, y me tomó de la mano. Su contacto lanzó un millar de chispas a todo mi cuerpo, y pude sentir cómo su pulso se aceleraba tan solo palpando su muñeca. Su corazón latía desbocado, como el mío. Apenas pudimos cruzar una mirada en la que nos lo dijimos todo, la sorpresa, la emoción, la tensión...

—¿Te apetece que nos sentemos un rato? Entre el paseo por la ciudad, y el baile, mis pies están empezando a planear un piquete contra mí.

—Sí, claro.

Me senté en el sofá, y Nadia se dejó caer sobre uno de esos mullidos sofás, co tan mala suerte que fue rápidamente engullida por una multitud de cojines con bordados mientras yo intentaba sacarla de allí, y sus manitas se movían frenéticas.

—¡Socorro, Nick! ¡Ayúdame! —la oí farfullar, y no pude contener las carcajadas —¡Date prisa, no puedo respirar!

—¡Ya voy!

—¡Rápido, Nick, se me están metiendo plumas por todas partes!

Mis manos se hundieron en aquel esponjoso océano, hasta que mis manos encontraron las suyas, y tiré de ella, liberándola al fin. No pude evitar las carcajadas. La sexy Nadia de antes, la del baile sensual y las conversaciones chispeantes, era ahora una mujer despeinada, con plumas de pato por todas partes.

—Cielo santo, estás horrible —dije, quitándole las plumas del pelo.

—Ya lo sé, gracias por la información —resopló—. Maldita Julia y su afición a Ikea.

—Por un segundo creí que te habíamos perdido para siempre allá abajo —solté una breve risa—. Te has hundido como una piedra en un estanque.

—Estaba practicando para cuando me presentase a las olimpiadas —bromeó.

—¿Las del sueño? Porque ésas son las únicas que se practican entre cojines.

—Ésas, y las del sexo —se mofó, y el silencio habló por nosotros.

Incluso a través de la penumbra, pude ver sus pupilas dilatarse, como las mías, y nos quedamos observando el interior del piso, donde la fiesta ya estaba en pleno apogeo. Las risas, los vasos chocando entre sí, y las conversaciones a voz en grito estaban convirtiendo una sencilla reunión de compañeros de trabajo en la fiesta del año.

—¡Madre mía, Shania Twain! ¡Me encanta! —gritó Alek, por encima de la música, jaleado por los demás, y Nadia y yo intercambiamos una rápida mirada al tiempo que una canción de la cantante canadiense empezara a sonar, para deleite del chalado de mi amigo.

Desde luego, su gusto musical dejaba mucho que desear. Pronto se le unió el resto de jóvenes en un extraño ritual de baile que consistió en varias vueltas sobre sí mismos, unos amagos de *break dance* que...mejor no sepáis en qué consistían, unos abrazos y unos “Te quiero, tío”, que harían llorar al mismísimo coliseo romano. Para que luego digan que los hombres no expresamos nuestras emociones.

—Creo que fue buena idea venir a la fiesta —dijo ella, sin apartar la vista de lo que sucedía en el interior del piso de Julia.

—Alek se lo está pasando genial. Gracias por traernos, Nadia. —sonreí—. Debes pasarlo bien en tu trabajo, parecen todos muy simpáticos.

—No lo paso mal, pero no siempre el ambiente es tan bueno en la oficina. Hay mucha competitividad.

—Quizás os falten más cosas como esta. Salir todos juntos para desmelenaros un poco.

—Tal vez. Pero con respecto a mis compañeros, debo decir en su defensa que todos son unos respetables defensores de la ley, pese a lo que pueda parecer esta noche. Una jaula de monos sin amaestrar.

—Seguro.

Nos reímos, y volvimos la vista hacia la gran ciudad casi a la vez, viendo las luces, que se asemejaban a galaxias completas. Durante varios minutos, solo el siseo del viento y los ruidos provenientes de la fiesta nos hicieron compañía. Nadia tomó una de mis manos, y, sin decir palabra, entrelazó sus dedos con los míos. No supe cuánto tiempo estuvimos así, sin decir nada, sintiendo cómo nuestros cuerpos encajaban, cómo cada ángulo se plegaba al otro.

—Por cierto, bailas increíblemente bien, Nadia.

—Gracias. Álvaro me enseñó.

—¿Tu...profesor de baile?

—No, claro que no, Álvaro es...es mi jefe.

Un silencio incómodo nos atropelló, rompiendo parte de la burbuja que habíamos creado, y suspiré, mirando hacia el iluminado paisaje de la ciudad. Nadia estaba rota, y cada pedazo, cada pequeña arista, se me clavaba en la piel como si esa herida fuese mía.

—Entonces, ese tal Álvaro, ¿era tu...jefe?

—Sí, mi jefe —respondió, con voz apagada—. Mi jefe, y el único hombre del que me he enamorado.

—¿Puedo preguntar qué ocurrió?

—Ocurrió que tenía novia desde hacía cuatro años, y que llevaba dos engañándola conmigo. Eso fue lo que pasó.

—Lo siento.

—Tranquilo. Supongo que jugué a ser feliz demasiado tiempo y ahora toca pagar el precio.

—No lo dirás en serio.

—Claro que sí. Quizás ese amor que creí sentir por Álvaro nunca existieron, y mi mente, y mi corazón vieron solo lo que querían ver.

—No creo que fuera así en absoluto, Nadia, y, si me permites un consejo, déjame decirte que ese tipo es un capullo si no se ha dado cuenta de lo increíble, inteligente, simpática y dulce que eres.

—¿Y tú cómo sabes cómo soy en realidad? Apenas me conoces.

—Con lo poco que he visto de ti esta noche me sobra. Eres maravillosa, Nadia.

—No soy maravillosa, Nick.

—Claro que lo eres —dije, con firmeza.

Sus oscuros ojos traspasaron los míos, y el aire se transformó en algo liviano, casi esponjoso. Mis ojos se alzaron hasta los suyos, y sus pupilas se dilataron, como, supuse, estarían haciendo las mías, y me acerqué a ella.

—Nadia —empiezo, y creo que mi corazón no puede latir más rápido que en ese momento—. Sé que he llegado en uno de los peores momentos de tu vida, pero... —contuve la respiración — me gustas, y...

—Tú también me gustas, Nick.

—Sí, pero no es solo que...sé que es una locura, y no tiene ningún sentido, porque apenas nos conocemos, pero... —exhalé —Cuando te digo que me gustas es que...no solo me gustes, yo...siento algo más por ti, algo fuerte, algo inmenso y al que ni yo mismo puedo ponerle nombre.

—Nick...

—Dame esta noche, Nadia, dame solo esta noche.

—¿Qué?

—Déjame ser el hombre que esperas solo por esta noche. Hagamos un paréntesis, y dejemos que la magia haga su trabajo.

Un paréntesis. Un paréntesis en mitad de la tormenta. Mi pulgar se deslizó por sus labios, desbocando las respiraciones de ambos, y encajé la mandíbula. Era fuego, eran chispas, era lava corriendo bajo nuestra piel. Un pequeño regalo de duración limitada de una sola noche, mientras en algún lugar de la ciudad sonaba 'Christmas C'mon', de Becky G y Lindsey Stirling, y mi corazón volvía a brillar como nunca.

Capítulo 8

Álvaro Santa tell me

Los faros del Audi enfocaban la inmensidad de la autopista. Las luces del aeropuerto, a apenas unos kilómetros, me marcaban mi objetivo, esa mujer que ahora mismo debía estar odiándome con todas sus fuerzas mientras estaba en una fría terminal, esperando un vuelo que, según había consultado en la web de la compañía, estaba retrasado. Aceleré el coche, y el velocímetro casi se tumbó sobre el tablero de mandos, mientras en mi interior los segundos se transformaban en horas, lentos, agónicos. Infinitos.

El recuerdo de la última mirada que me había dedicado antes de salir hecha un mar de lágrimas seguía torturándome como mil agujas clavadas bajo la piel. Había visto todo el dolor, toda la decepción y la tristeza en sus ojos de una forma tan densa, tan cruda, que apenas podía respirar desde entonces. Nuestras miradas se desafiaron en un duelo que ganó el orgullo, y ella se giró, ahogando un sollozo, mientras en mi pecho algo crujía, llenándolo todo de astillas.

Mi teléfono volvió a sonar, y miré quién era. Mi padre otra vez, cómo no. Rechacé la llamada y me quedé mirando la pantalla, donde varios iconos me seguían recordando las ciento ochenta y seis llamadas, y los setenta y dos mensajes que le había enviado a Nadia, que, por supuesto, no habían sido respondidos. Suspiré, levantando el pie del acelerador, y puse el intermitente, yéndome hacia un lado del arcén. Busqué en el buzón de mensajes algunos de los que le había enviado el día anterior, y los fui leyendo, al azar.

«Nadia, perdóname. Perdóname, por favor.»

«Cariño, ya sé...ya sé que te he fallado, pero déjame arreglarlo, por favor.»

«Nadia, cariño, yo...maldita sea, no quería que te enteraras así, pero necesito explicártelo todo. No es cómo tú crees, las cosas no son...maldita sea. Por favor, responde a mi llamada, y escúchame.»

«Solo te pido cinco minutos, cinco minutos nada más, y si después quieres enterrar lo nuestro, que así sea, pero por favor, te ruego que al menos me dejes explicarme primero. Por favor, preciosa, contesta.»

«Sé que soy un maldito egoísta, un bastardo sin alma ni corazón por haberte mentido, pero había una buena razón, y ahora...joder, lo de Zurich lo iba a cambiar todo entre nosotros, y por eso no te lo había dicho, hasta tenerlo todo asegurado antes. Por favor, cariño, déjame demostrarte que lo que te digo es cierto, déjame demostrarte que lo que tenemos es lo más importante para mí.»

«Nadia, por favor, contéstame. Por favor, necesito escuchar tu voz.»

«Responde, cariño. Hablemos, y te lo explicaré todo, desde el principio. Por favor, preciosa.»

Apoyé la frente contra el volante, recordando todo lo que había ocurrido desde entonces. Tras verla salir del edificio, había vuelto al despacho, encarándome a mi padre y a Carlota. Fue una discusión feroz, terrible, como las que ocurrían siempre entre los tres. Había salido del edificio hecho una furia, había arrancado el Audi, y había llamado a Luis por el camino. A esta hora debía estar saliendo de la Facultad de Derecho donde daba clases. Esperé, mientras los tonos se iban sucediendo, y contenía las ganas de liarme a puñetazos con la pared. Lo habían fastidiado todo,

todo lo que llevaba meses planeando. Y encima mi padre había soltado lo de la boda, una boda que, al parecer se estaba planeando a espaldas del novio, o sea, yo. ¿Pero cómo se habían atrevido a hacer algo así? ¿Es que no les quedaban escrúpulos de ningún tipo?

«Hola, Álvaro.»

«Hola, Luis.»

«¿Qué pasa? ¿Estás bien, tío?»

«Más o menos. ¿Estás muy ocupado?»

«Eh...no, tranquilo. Ya he terminado. ¿Por qué? ¿Qué ocurre?»

«Necesito...joder, necesito hablar. Se ha fastidiado todo.»

«¿Cómo que se ha fastidiado todo?»

«Mi padre ha soltado en plena reunión navideña del despacho lo de Zurich, lo de la no-boda con Carlota, y ahora Nadia...maldita sea, creyó lo que no era, y no me coge el teléfono.»

«¿La no-boda? ¿Pero qué dices?»

«Sí, al parecer dentro de tres meses me caso con Carlota, y yo no tenía ni puñetera idea.»

«Mierda, tío. Menudo problema tienes encima.»

«Ya ves.»

«¿Por qué no vas a casa de Nadia para intentar arreglarlo?»

«¿Crees siquiera que me va a abrir la puerta? Ahora debe estar odiándome con todas sus fuerzas.»

«No me extraña. Maldita faena, macho. ¿Y qué vas a hacer?»

«Por lo pronto, voy camino al Amy's corner. Necesito...joder, necesito beber para tranquilizarme. Y hablar, Luis, necesito hablar con alguien antes de que me explote la maldita cabeza. ¿Nos vemos allí?»

«Cuenta con ello.»

Seis horas después, mi frente reposaba sobre la barra de aquel bar, tras haberme bebido yo solo una botella entera de whisky, con la mirada de mi amigo cayendo preocupada sobre mí.

«Álvaro, tienes que ir a casa de Nadia.»

«¿Y si no quiere verme?»

«Pues te montas la caseta de acampada frente a su puerta, te haces pasar por repartidor de pizza, de flores, de lo que sea, pero tienes que hablar con ella.»

«¿Y si cree que le estoy mintiendo?»

«Nadia no es estúpida. ¿Cómo va a creer a tu padre y a Carlota, y no a ti?»

«Pues lo hizo, ése es el problema, y eso es lo que me está matando. Saber que les creyó porque en el fondo se esperaba algo así. Le he fallado tantas veces, que hice que la despreciable mentira de mi padre pasase como una verdad. La he decepcionado tantas veces, que Nadia ya es capaz de creerse cualquier cosa horrible que le haga.»

«Pues demuéstrole que se equivoca, hazlo. No dejes que se acabe lo que tienes con ella por un malentendido, o te arrepentirás toda la vida.»

Asentí, cansado, y seguí encadenando copa tras copa hasta que escuché a Luis decir “Te llevo a casa, así no puedes conducir”, y había levantado la cabeza, dejándome llevar por las calles hasta que llegamos a su coche, y cerré los ojos. Desperté horas después, en mi cama, en la que fue una de las peores noches de mi vida. Mi cuerpo reclamó cada segundo, cada maldito segundo, a esa mujer que me había robado el alma, y el corazón. A las dos de la madrugada, cuando el profundo sueño ya me había llevado a las profundidades, un zumbido me alertó, y miré mi móvil. Era un mensaje de Nadia.

«Eres un cabrón, y no quiero volver a verte nunca más.»

Directa al corazón. Marqué la tecla de llamada, aún sabiendo lo que me esperaba al otro lado de la línea, y ahogué una exhalación.

«¿Nadia?»

«¿Qué demonios quieres?»

«Necesito explicártelo todo.»

«No. No vas a explicarme nada porque ya no quiero saber nada de ti.»

«Lo sé, sé que ahora mismo no quieres ver ni mi sombra, pero por favor, quedemos mañana en tu casa, y te lo contaré todo. Esto no es como tú crees. Mi padre y Carlota...»

«No, Álvaro, ya no. Yo no puedo seguir así, ya no puedo seguir creyendo tus mentiras. Además, mañana me voy a Helsinki con mi familia.»

«¿Cómo que te vas a Helsinki?»

«Eso he dicho. Había declinado la invitación, con la absurda idea de que pasásemos las fiestas juntos. Menuda idiotez, ¿verdad? La idiota de Nadia coronando un maravilloso año lleno de engaños y mentiras.»

«No, claro que no es una idiotez. Quiero pasar las navidades contigo, ya te lo había dicho.»

«Mientes.»

«No, joder, no miento. Pensaba pasar las fiestas contigo antes de...»

«Ah, sí, claro. Antes de dejarme tirada e irte a Zurich con tu novia.»

«Maldita sea, Carlota...»

«No. Basta, por favor. Basta ya. La única buena noticia, si la hay, es que cuando vuelva de Helsinki, tú ya te habrás ido. Así que esto es el adiós definitivo, Álvaro, ese adiós que llevamos posponiendo demasiado tiempo.»

«¿Qué? ¿Pero qué estás diciendo? No, maldita sea, Nadia, no. No puedes acabar con lo nuestro así, no sin antes haberme escuchado.»

«Adiós, Álvaro.»

Colgó, y el denso pitido de la línea me marcó que le había fallado, una vez más. Me quedé mirando el teléfono, y me acosté en la cama, mirando el techo, buscando las respuestas que sabía, allí no iba a encontrar. Tenía miedo. Pero no solo por lo que sentía por ella. Tenía miedo por todo lo que mi despiadado mundo podría hacer con una chica dulce y vulnerable como ella. No duraría ni dos días en el asfixiante universo que me rodeaba, y eso me atemorizaba.

Tenía miedo de que ella viese en realidad cómo sería el futuro conmigo, y decidiese que no merecía la pena luchar por mí. Al fin y al cabo, nadie lo había hecho nunca. Pero la diferencia es que yo sí iba a luchar por ella. Por ella, por mí, por nosotros, por todo lo que nos merecíamos. Por ese futuro que estaba sin escribir.

Aceleré hasta que llegué a la zona aeroportuaria, desierta a esas horas, y había empotrado el coche contra la acera de la zona de internacional. Quizás aún había esperanza, quizás aún no era demasiado tarde. Atravesé las acristaladas puertas, con el corazón a doscientas pulsaciones por minuto, y miré la pantalla que indicaba la salida de los vuelos. El de Helsinki seguía retrasado. Nadia aún estaba allí. Seguía teniendo una oportunidad. Corrí por aquellos pasillos, distinguiendo la zona de seguridad la fondo, y sonreí.

—Ya estoy aquí, preciosa —susurré, y me lancé a esos pasillos, buscando a la mujer de mis sueños.

Treinta minutos después, daba vueltas desesperado por aquella inmensa terminal. Su teléfono no daba señal, y ya había recorrido la zona de internacional varias veces, escrutando a cada

pasajero, sin encontrarla. ¿Dónde se habría metido? Caminé un poco más, y distinguí las mesas vacías de una cafetería al fondo, y sonreí. La adicción al café de Nadia era legendaria. No podía vivir sin esa bebida, así que lo más probable es que hubiese decidido pasar la espera allí, ingiriendo taza tras taza.

Fui corriendo hacia allí, para terminar desilusionándome. Tampoco estaba allí. Me acerqué a la barra, donde un adormilado camarero secaba las tazas con un paño que alguna vez fue blanco. Tomé asiento en uno de aquellos taburetes de cuero rojo que evocaban las cafeterías de los años cincuenta norteamericanas, y crucé los brazos sobre la madera. Las tenues luces, la gramola en la esquina y los cuadros de las paredes con fotos de antiguos actores y actrices de mediados del siglo XX le otorgaban un encanto especial al local.

—¿Café o té? —dijo el camarero, acercándose con dos jarras metálicas en la mano y una taza con el logo de la cafetería en la otra.

—Pues... —dije, dubitativo—. Me preguntaba si recuerda haber visto a una chica que...

—Pregunto que si quiere café o té —dijo, impaciente, mientras yo miraba el vacío local. ¿A qué venía ese mal humor y esas prisas? No había nadie más allí que atender.

—Pues... pues la verdad es que prefiero un Bourbon con...

—¿Un qué con...qué? —se mofó, y yo capté la indirecta.

—Café con azúcar normal, por favor —rectifiqué.

—Jum.

El hombre me sirvió, y desapareció tras la barra tras haberle pagado con un par de monedas. Estaba a punto de levantarme para irme, cuando vi a dos pilotos sentarse en una mesa cercana a la mía. Me giré hacia ellos, con curiosidad, viendo sus insignias de *Finland wings* en las solapas.

—Menuda faena lo del vuelo a Helsinki —comentó uno.

—Ya te digo. Pero bueno, dentro de un par de horas nos dirán si podemos hacer volar los pájaros. Espero que sí, hace un frío infernal en este aeropuerto. Los de mantenimiento están terminando de arreglar el motor, pero al parecer falta una pieza, y tienen que soldarla. Pero claro, con esta nieve, se les enfría antes de que puedan acabar de hacerlo.

—Pobres mecánicos. Deben estar acordándose de todos los santos ahora mismo.

—Ya te digo.

Me volví hacia mi café, y tomé un sorbo de aquel amargo brebaje, mientras mis recuerdos volvían a la última vez que Nadia y yo habíamos pisado ese aeropuerto, hacía escasos dos meses. Había reservado una habitación en un precioso hotel en Biarritz, a varias horas en avión desde Pinar, solo para sorprenderla. Me había quedado espiándola hasta que la vi salir del vestíbulo del edificio, y había ido hacia ella, que me sonrió levemente, murmurando un leve “Hola Álvaro” que no llegó a terminar porque en ese instante yo me la había cargado al hombro, entrando al ascensor de nuevo con ella, rumbo al garaje, donde estaba mi coche.

«¿Pero qué haces, Álvaro? ¿Te has vuelto loco?»

«Silencio, Umbría.»

«¿Cómo que...? ¿Pero a dónde me llevas?»

«Ya lo verás.»

«Eso no es una respuesta.»

«Pues hazte a la idea de que lo es.»

«Esto no tiene gracia, puede considerarse secuestro, ¿lo sabías?»

«Esto puede considerarse secuestro —engulé la voz, imitándola, y la besé—. Silencio, Umbría, o terminaré dándote unos azotes.»

«Eres un perverso.»

«Eso lo comprobarás tú misma dentro de unas horas. Pero tranquila, la fusta que he traído no es de las más grandes que tengo.»

«¿Qué?!»

Dos horas después, y frente a un enorme ventanal frente al océano Atlántico, Nadia se deshacía en jadeos entre mis brazos. Nos arrancamos la ropa el uno al otro, como siempre hacíamos cuando el deseo nos acuciaba, y el deseo más salvaje se apoderó de nosotros, nublando hasta la última barrera de nuestro encendido raciocinio. Pero es que no podíamos controlarnos, era algo primitivo. Deseo, amor, afecto fundidos en besos y caricias que se hilaban en un mar de jadeos y gemidos.

La había encaramado a mis caderas, sin dejar de besarla, morderla y acariciarla en un combate desesperado, y ella me imitó, saciando su sed de mí en cada uno de los besos que nos dimos. Sus dedos recorrieron mi desnuda espalda, y los míos se perdieron en su cuerpo. La arrastré hasta la cama, donde seguí probando cada centímetro de su cuerpo. Recorrí su espalda, su precioso trasero y sus torneadas piernas con la boca, con la lengua, con las manos, mientras la sentía estremecerse bajo mi sugerente tormento.

Hundí mi boca en su cuello y en su boca, bebiéndome cada uno de sus gemidos, cada uno de sus jadeos. Enredé mi lengua con la suya, y perdí por completo el control de mí mismo. Un gruñido del fondo de su garganta terminó de quemar las pocas barreras que me quedaban, y el control se marchó hacia alguna parte donde nadie lo echaría de menos.

Enredé mi puño en su cabello, echándole la cabeza hacia atrás, cuando sus labios descendieron por mi abdomen, y su boca me recibió con la mejor de las bienvenidas, con suavidad, anhelo, y la intimidad más grande que había experimentado nunca. Solo existíamos nosotros, y el mundo, con todos sus problemas, sobraba. Sus labios, su boca, me torturaron sin tregua, mientras los últimos rayos de luz del atardecer se colaban en la habitación, creando una sensual penumbra que multiplicó por mil todo lo que estaba ocurriendo allí dentro. La lengua de Nadia me atormentó de la más dulce y salvaje de las formas, y eché la cabeza hacia atrás, incapaz de contenerme por más tiempo.

«Preciosa, para, no puedo...», jadeé.

Anudé su puño en sus cabellos, tirando de ellos hasta colocarla debajo de mí otra vez. Mis manos se perdieron en el vértice de sus piernas, y anudé uno de sus muslos a mi cintura. Y así, sin más preámbulos, la hice mía, embistiéndola hasta el fondo, sin tregua. Ella gruñó, gritó, jadeó, mientras yo me hacía con su cuerpo una y otra vez. Su lengua invadió mi boca, silenciándome, mientras yo continuaba bombeando sin tregua en su interior. Una, dos, siete, diez veces, mientras notaba su cuerpo amoldarse al mío. Y perdí el control, por completo. Grité su nombre, mientras el placer más descarnado me invadía por completo, y sentía sus suaves gemidos pronunciando el mío.

Nos separamos, con la respiración aún desbocada, sintiendo su corazón golpear con fuerza su esternón, hasta casi romperlo, acompasándose al mío, que latía como un caballo en pleno galope, y sonreí, pensando que ese había sido el mejor regalo que me habían hecho en la vida. La miré, y volví a besarla, diciéndole con la mirada todo lo que mi corazón sentía.

«Te amo, Nadia, te amo con toda mi alma, con todo mi corazón, con todo lo que soy. Te amo y ya no entiendo la vida sin ti.»

Me interné en ella otra vez, disfrutándola, y la besé con todo el amor, con todo el anhelo. Con todo lo que mis labios no podían decir en ese momento, disfrutando de aquellos momentos

efimeros que eran mi única razón para vivir. Cerré los ojos, y escuché esa vocecita que me hablaba de amor al fin encontrado, amor puro, sin fisuras, eterno. Amor real, ése que aún existía. Este era nuestro momento, nuestra noche, y el cielo, y las estrellas, con su brillante y oscuro manto, nos bendijeron desde las alturas.

Suspiré, evocando ese dulce momento, cuando el sonido de mi móvil me sobresaltó. Era Luis, mi mejor amigo. Parpadeé, rápido, y contesté, estirando mi dolorido y tenso cuello.

—Hola, Luis. ¿Qué tal?

—Ey, Álvaro. ¿Dónde estás, tío?

—Pues la verdad es que... —miré alrededor —estoy ocupado en el sitio más extraño que puedas imaginarte.

—¿Estás bien? —contestó, con alarma, mientras un intenso ruido de fondo se escuchaba con estridencia.

—Sí, tranquilo. Solo me pillas en mal momento. Esto, ¿dónde estás? Menudo ruido que se escucha de fondo.

—Julia me ha invitado a la fiesta que hacen los de tu despacho, y he decidido pasarme ahora. Acabo de llegar.

—¿Julia te invitó a la fiesta?

—Sí, ya sabes que, desde que nos presentaste en aquella cafetería al salir del trabajo, ella...yo...

—Vale, tranquilo. Lo capto —suspiré.

Hacía dos meses que habíamos coincidido los cuatro. Julia, Nadia, Luis y yo en una cafetería en el centro, y esa misma noche Nadia ya había empezado a planear la despedida de soltera de Julia.

«Un mes, Álvaro, les doy un mes.»

«Estás loca. Luis es súper tímido. Va a tardar más de un mes en pedirte el teléfono de Julia.»

«No me has entendido. He dicho que les doy un mes para que se acuesten.»

«Estás loca.»

«¿Quieres apostar?»

«Vas a perder. Y entonces serás mi esclava una semana entera.»

«Acepto.»

Un mes después, me tragaba mis palabras. La cara de feliz atontado de mi mejor amigo, y las ojeras con las que llegaba Julia cada mañana a trabajar, me lo confirmaron. Y me convertí en el esclavo de Nadia una semana. Y entonces el que llegó con ojeras a trabajar fui yo.

—Bueno, Luis, ¿Para qué me llamabas? ¿Pasa algo?

—No, no pasa nada. Solo era para decirte que dentro de poco nos iremos del piso de Julia a un garito de la zona centro a tomarnos unas copas. Por si te animabas.

—No puedo. Tengo...tengo asuntos pendientes que no pueden esperar.

Me pasé la mano por la cabeza, sin tener idea de qué hacer, cuando una salva de aplausos y silbidos femeninos al otro lado de la línea a punto estuvo de perforarme los tímpanos. ¿Pero qué bacanal era esa?

—Menuda tenéis montada —observé.

—Sí, bueno, uno de los pilotos amigos de Nadia ha tomado el centro de la improvisada pista de baile, y se ha desatado la locura. Los uniformes, tío. Eso es lo que las vuelve locas.

—¿Qué? ¿Nadia está en la fiesta?

—Sí. Al parecer le han retrasado el vuelo y ha decidido pasarse un rato por aquí a divertirse.

Se ha traído a dos pilotos que ha conocido esta noche, y, vamos, menuda hay liada. Por cierto, menudo bailecito se ha marcado antes. Un poco más y le revientan los pantalones a la mitad de orangutanes que hay aquí.

—¿Sigue...ella sigue ahí, en la fiesta?

—Sí, y uno de los pilotos lleva comiéndosela con los ojos desde que llegaron. Miraditas, caricias, manitas. Pero...pero vamos, que ella tampoco se ha quedado corta. Solo le falta enroscarse a su lado, y ronronear. Les doy máximo una hora antes de que empiecen a comerse la boca. Y lo que le sigue.

Hielo. Frío colándose bajo mi piel.

—Así que yo que tú venía a la velocidad de la luz hasta aquí —continuó Luis, resuelto—. Y volviendo a lo nuestro, Álvaro, ¿al final te animas a venirte a...? ¿Álvaro? ¿Álvaro? ¿Sigues ahí?

Podría decir que apenas recuerdo nada del trayecto hasta el piso de Julia, pero no fue así. Mi memoria grabó cada cada farola, cada árbol, cada coche con el que me crucé en aquella autopista. Cada mísero detalle del camino quedó grabado a fuego en mi cabeza hasta que las luces de Pinar casi me deslumbraron, y el Audi entró en la calle donde vivía Julia triplicando la velocidad permitida. Aparqué de cualquier forma, y salté los escalones de tres en tres del edificio. Apenas abrí la puerta, una marea de ruido, alcohol, risas y gritos, me recibió. Vi todas las miradas posadas en mí, atónitas, y avancé hasta la sala de estar, ignorando las voces que me preguntaban qué qué hacía allí. Estudié cada rostro con atención hasta encontrar lo que buscaba, y me acerqué hasta allí.

—¡Luis!

—¿Álvaro? —dijo mi amigo, volviendo sus oscuros ojos hacia mí — Qué pronto has llegado. Justo estaba diciéndole a Julia que...

—¿Dónde está?!

—¿Qué?

—¿Dónde coño está, Luis?!

—¿Quién?

—¡Nadia, joder! ¿Dónde está?

—¿Umbría? Ella se fue...se fue...bueno, supongo que andarán por aquí, aunque hace un tiempo que no les veo, la verdad.

Joder.

Mis ojos escrutaron la fiesta hasta que una aguda voz me traspasó los tímpanos, y no me hizo falta terminar de volverme para saber quién estaba allí. La insufrible Tina, de administración, y Julián, del departamento informático. Tal para cual, sin duda. Menuda pareja se había formado esa noche. Sacudí la cabeza, pensando en cómo quitarme a esa molesta mujer de encima para centrarme en buscar a Nadia, y me giré hacia ellos, con gesto serio.

—Hola, Tina. Julián —saludé, sin gracia, y ellos intercambiaron una mirada.

—Hola, Álvaro. Qué alegría verte por aquí. La verdad es que nadie te esperaba ya.

—Ya ves. Las mejores sorpresas se reservan siempre para el final.

—Ya me doy cuenta.

—Bueno, si me disculpáis, tengo que irme. Tina, Julián, me alegro de haberos visto esta noche. Que os divirtáis.

Pero ella no se movió, confirmando mis peores sospechas. Estaba a punto de desvelar sus cartas.

—La verdad es que me ha sorprendido verte esta noche, pero no por lo que crees —comentó,

de pasada, y supe que estaba a punto de soltar la bomba—. Todos pensábamos que Carlota ya te habría metido en un avión rumbo a Zurich para librarse de Nadia.

—¿Qué?

—Oh, vamos, no disimules, todos lo sabemos ya a estas alturas.

Ahí estaba. Directa al corazón. Lo sabía, maldita sea, esa cotilla sabía lo que había entre Nadia y yo.

—No sé de qué me hablas.

—Sí, hombre. Ya todos lo sabemos. Carlota se reunió el mes pasado con tu padre para cerrar las últimas cláusulas del despido de Nadia.

Fui incapaz de reaccionar siquiera. Lo sabían. Esos dos indeseables ya sabían lo mío con Nadia.

—¿Cómo que...?

—Oh, vamos, no me digas que no lo sabías. Nadia es una de las mejores del despacho en derecho civil internacional, por lo que Arrainz asociados estaba a punto de hacerle la oferta de su vida.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Por eso Carlota fue a por ella hace unos meses. Se enteró que la habían escogido a Nadia, y no a ella, y montó en cólera.

—Pero Arrainz asociados es otro despacho como el nuestro. ¿Por qué querría Carlota...?

—Porque, obviamente, el puesto no era para Pinar, Álvaro. Van a abrir sede en Suiza, como nosotros. Y Carlota quería entrar allí al precio que fuese. Ya sabes que Arrainz asociados es sinónimo de dinero. Mucho dinero.

Exhalé, ahogando una carcajada seca. Maldita arpía. Iba a vendernos por un fajo de billetes. Iba a convertirse en la maldita competencia. Lo había planeado todo para que fuera así, y poder controlar las dos sedes, y, por ende, el desarrollo y conclusión de cada uno de los casos, además de las sentencias, gracias a la presencia de sus familiares en ese ámbito. Se convertiría en la mujer más poderosa a nivel legislativo de Pinar, y se le abrirían todas las puertas.

Pero olvidó un detalle. Nadia. Nadia había truncado todos sus planes, a todos los niveles. Porque si Nadia entraba en Arrainz asociados, supondría que su radio de acción quedaría limitado a solo Robledo & Cía., y al juzgado. Nadia no solo había robado el corazón de su prometido, no. Le había robado el puesto laboral que ansiaba, y el ambicioso futuro que tenía proyectado. Parpadeé, incapaz de pensar con claridad, mientras de fondo seguía escuchándose el incansable parloteo de Tina.

Suspiré, pensando en lo surrealista de la situación. Nadia hubiese ido a Suiza de todas formas, sin que yo interviniese. Hubiésemos empezado de cero los dos allí. Podíamos haber fundado nuestro propio despacho, allí, lejos de todos. Hubiésemos abierto nuestro propio camino. Pero juntos, lo haríamos juntos. Siendo solos ella y yo. Sin apellidos. Como le prometí.

—Ey, Álvaro —escuché una voz a mi lado, y me volví. Era Luis, con un gorro de Papá Noel demasiado pequeño que alguien le había enfundado en la cabeza a presión, y, que, podía apostarme todos mis ahorros, a que había sido Julia.

—¿Qué pasa?

—He encontrado a Nadia. Está en la terraza.

Mi rostro habló por mí. El maldito Santa Claus acababa de hacerme el mejor regalo del mundo. La segunda oportunidad de mi vida. Mi maldito milagro de navidad estaba a punto de hacerse realidad. A apenas cinco metros de donde estaba. La sensual voz de Ariana Grande

empezó a entonar ‘Santa tell me’, y yo sonreí, mirando hacia la terraza, donde estaba la mujer de mis sueños. Di un paso hacia allí, con una sola frase resonando en la cabeza.

«Estoy aquí, princesa. Y lo seguiré estando todas las malditas navidades de mi vida. Junto a ti.»

Capítulo 9

Nadia Blue christmas

Los ojos de Nicholas cayendo sobre los míos, su respiración, acompañándose a la mía. Sus palabras resonando en mi cabeza “Me gustas, Nadia”. Y caí. Llamadme loca, inconsciente, o, simplemente, espíritu libre. Pero el caso es que a estas alturas de la noche ya nada me importaba. Tenía demasiado que olvidar, y nada que perder. Esta noche, el mundo, y la ciudad, me pertenecían. Una noche, solo tendría a Nick esta noche. Y me dejé llevar. Mis párpados cayeron, vencidos, y mis labios se entreabrieron, intuyendo un contacto que ansiaban desde hacía demasiado tiempo.

Sentí las yemas de los dedos del piloto posarse en mi piel, y el calor subió como un torrente por mi cuerpo. Solo existía Nick, este momento, y esos labios que me moría por probar. y ese aroma a nieve, plumas, a eternidad, a...espera. ¿He dicho plumas? Cierro los ojos, concentrándome, y reacciono. Sí, huele a plumas. ¿Pero por qué huele a plumas? Entonces lo noto. Ese aleteo, ese olor a nubes, a aire, a libertad. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? Abro los ojos, desconcertada, mirando alrededor, pero solo Nicholas parece estar frente a mí.

—Nadia, ¿te encuentras bien? Estás pálida.

—No, yo...estoy bien, es solo que...nada.

—¿Quieres que vayamos al hospital? ¿Quieres que avise a Julia?

—No, no, por favor. Ha sido un leve mareo, sin más.

—¿Estás segura? Me estás asustando.

—Tranquilo, de verdad. Estoy...estoy bien.

No sé qué ha ocurrido, pero no quiero ir a ningún otro sitio. Quiero estar allí, con él, disfrutando de esta magnífica noche que, sé, no se va a repetir jamás. Sus iris se cruzan con los míos, y todos los miedos, las dudas...se esfuman, sin hacer ruido, sin dramas.

Veó los cálidos labios de Nicholas acercarse hasta mí, y apenas puedo reaccionar cuando aprieta mis omóplatos, atrayéndome hacia él, mientras su mirada se clava en la mía con avidez. No respiré. No me moví. Ni siquiera pude pensar algo con coherencia. La presencia de Nick, su magnetismo, su seguridad, su perfume, su mirada, eran demasiado turbadoras. Mis dedos se mueven solos hacia él, antes de que mi cerebro de la orden a mi mano de moverse siquiera. Cierro los ojos, dispuesta a dejarme llevar por una vez en la vida, sin pensar en las consecuencias. Y me rindo al amor más pasional, a ése que no deja huellas en el corazón, y solo marcas en la piel. Mis labios se abren como una flor, mientras la respiración del piloto resuena en mi boca. Nick, Nick, Nick...solo existía él y su abrumadora presencia. Y sus labios, esos labios con los que me quería fundir como una llama en mitad de una hoguera.

Y entonces sucede. Mi cuerpo ardiendo en llamas, su perfume a atracción, pecado, a eternidad, invadiéndolo todo. O quizás no fue su perfume, sino esa capacidad que ha desarrollado mi cuerpo para saber dónde está. Estaba allí. Era él. Era Álvaro.

—¡Quítale las malditas manos de encima a mi novia! —rugió, y su silueta, su imponente silueta de metro noventa, se alzó desde el otro extremo de la terraza.

—¡Aléjate de mi novia, o juro por Dios que acabaré contigo! —bramó.

—¡Álvaro! —Mi voz sonó firme.

—Nadia, vete. Este tipo y yo tenemos que aclarar un par de puntos.

—No.

—¿Qué?

—Que no, Álvaro. Eres tú el que se va.

—¿Es una puta broma?

Me aparté de Nicholas, dedicándole una mirada de disculpa, estupefacción, sorpresa, o lo que fuera esa extraña mueca que tenía en la cara, y me levanté del sofá, cruzando los brazos, haciéndole frente al que, hasta hacía poco más de veinticuatro horas, era el amor de mi vida.

—No. No es una broma. Y eres tú el que se va porque no tengo que darte ninguna explicación, Álvaro.

—¿Qué? ¡Pues claro que tienes que darme una jodida explicación! Joder, Nadia, no puedes ir por ahí liándote con cualquiera en mis putas narices.

—Nick no es cualquiera. Para empezar, no es un bastardo, como tú —le corté, y el silencio que se hizo bien podría cortarse con un cuchillo.

—Nadia...no...

—¿No qué, Álvaro? Me engañaste, y ya no hay vuelta atrás. Puedo hacer lo que quiera, liarme con quién yo quiera, y tú no tienes derecho a decir nada al respecto.

—¿Pero qué...demonios...? ¡Claro que tengo derecho, tengo todo el derecho del mundo porque eres...!

—No. Ahí te equivocas. Eras, Álvaro. Eras. Ya no eres nadie, absolutamente, nadie para mí.

—Nadia...

Escuché carraspear a Nicholas a mi lado, y me giré justo a tiempo de ver cómo tenía los ojos posados en Álvaro. No lo miraba con furia, con estupor, o simplemente, incomodidad. Lo estaba mirando de una forma extraña, como si de repente sus ojos se hubiesen vuelto casi transparentes, y pude ver tristeza, profunda tristeza, en ellos. ¿Qué estaba pasando? Posé mi mano en su brazo, y él se giró hacia mí, despacio, asintiendo.

—Te espero dentro, Nadia.

—Vale.

Los dos jóvenes se midieron en un combate de miradas al pasar uno frente al otro, y me crucé de brazos, mientras veía a Nick internarse en el piso, y las primeras miradas curiosas desde el interior. Que el jefe venga a una fiesta a recriminarle a una de sus empleadas su vida amorosa debía ser completamente inusual, sobre todo si tenemos en cuenta que ese jefe estaba a punto de casarse con otra de las jefas. Me volví hacia él, y suspiré, mirando brevemente las luces de la ciudad.

—¿A qué has venido, Álvaro?

—He venido a recuperarte.

—Pues siento decirte que llegas un poco tarde.

—Ya lo sé, sé que llego tarde, y que lo he hecho todo mal, pero si dejas que te explique todo, comprenderás que lo de Zurich en realidad era...

—¿Un intento de seguir jugando con la chica que te avergüenza mostrar como tu novia, pero con la que te acuestas a la mínima oportunidad? ¿Eso es lo que tengo que comprender?

—¿Qué? No, claro que no.

—Oh, ya lo creo que sí. Adiós, Álvaro.

—Nadia, por favor, espera, yo...Ya sé que entre tú y yo las cosas no son fáciles. No somos la típica pareja que...

—Exacto, Álvaro. No somos la típica pareja, porque no somos, ni fuimos nunca, pareja. Y te equivocas. Las cosas sí que son típicas entre nosotros. Me engañaste. Típico. Me mentiste. Típico. Me ibas a abandonar sin darme siquiera una explicación. Típico también. Y para terminar, sí que somos la típica pareja. Tú eres el típico cabrón y yo soy la típica idiota.

—No, joder, yo...

—Tú —le señalé—, eres un bastardo sin sentimientos que no ha dudado en jugar conmigo todo lo que ha querido todos estos años.

—Nunca he jugado contigo, sabes que te quiero.

—No me quieres. Esta es otra de tus pataletas, otro de tus caprichos de niño rico y mimado. Me has perdido, y eso es lo que te devora el maldito ego. Pero eso se acabó. Esta idiota no va a seguir bailando al ritmo que le marcas.

—Ya sé que me he portado como un bastardo todo este tiempo, créeme que lo sé, y por eso vengo a...vengo a suplicarte que me perdones por ser tan...

—¿Tan qué, Álvaro?

—Tan...joder.

—Eso es. Esa es la palabra que define lo nuestro. Porque es lo único que hemos hecho, y lo único que nos quedará.

—No, maldita sea. Yo...vengo a pedirte perdón, Nadia. Necesito pedirte perdón por todo. Por todas las noches en vela, por todas las lágrimas, por todas las palabras que no te dije, por todas las mentiras, la traición...pero sobre todo quiero pedirte perdón por no ser el hombre que necesitabas a tu lado. Sé que llego tarde, sé que no es el momento, y sé que piensas que estas palabras, a estas alturas, son en balde, pero yo...necesito que sepas que...yo...ya sé que hemos cometido demasiados errores, y que nos hemos arrepentido un millón de veces de ellos. Pero siempre hemos seguido adelante, siempre. Tú y yo, juntos. Y sé que volveremos a hacerlo, sé que conseguiremos superarlo.

Cuchillada directa al corazón. Herida abierta. Mis brazos deshicieron el nudo que tenían, y mi corazón dejó de latir por unos segundos. Era la respuesta sincera, y vulnerable, que no esperaba. Una solitaria lágrima cayó de entre mis pestañas, y apenas tuve tiempo a secármela antes de empezar a hablar otra vez.

—Ya es tarde —logré decir, mientras mis pulmones parecían haberse congelado hasta el fin de los tiempos. No podía respirar, no podía respirar, maldita sea—. Se acabó para siempre. Así que vuelve a casa con Carlota o...

—La he dejado.

—¿Qué?

—Que he dejado a Carlota, y lo he hecho porque...porque te quiero a ti, Nadia. Solo a ti. Te quiero, y sé que tú sientes lo mismo por mí.

Vi mi mirada reflejada en la suya, ésa que habíamos llenado de sombras, de dudas, de ausencias y dolor. Ésa que seguía, y seguiría amando toda mi vida. Ésa que me estaba rompiendo por dentro. Ésa que me había robado hasta la última esencia. Y supe que tenía que romper el lazo que nos unía de una vez por todas. Porque no iba a resistir un desengaño más, no iba a soportar que me mintiese otra vez, porque si lo hacía, si volvía a abrirle mi corazón, él lo destrozaría una vez más y jamás podría volver a recomponerlo. Tenía que protegerme. Y la peor Nadia, la más cruel, la más ruin, salió a escena, dispuesta a dejar un rastro de devastación a su paso.

—Mientes.

—No miento, Nadia. Te quiero.

—No te creo. Y de verdad espero que encuentres a alguien con tanto veneno en el corazón como tiene el tuyo, y que te haga sufrir, porque no mereces otra cosa. Mereces que te rompan el corazón, que te hagan sufrir y que te hagan morder el polvo. Eso es lo que mereces, pero jamás te ocurrirá. ¿Y sabes por qué? Porque la gente como tú sabe jugar sus cartas, sabe mentir, traicionar y destrozar a cualquiera que se ponga en su camino, sin importar las consecuencias. Eres un...déspota, un maldito egoísta, un...cabrón que no le hace ninguna falta al mundo, eso es lo que eres. Un ser despreciable que no duda en utilizar, engañar y mentir para su propio beneficio. Eso eres, Álvaro. Un bastardo que ya no me importa nada. ¡Nada!

Esas fueron las terribles palabras que rompieron mi corazón y el suyo al mismo tiempo. Me sequé las lágrimas con rabia, asumiendo que aquellas palabras marcaban el final de nuestra historia, esa que empezamos sin darnos cuenta y terminamos de la forma más cruel y mezquina posible. Salí corriendo del piso de Julia, a la que solo le bastó mirarme un segundo para saber lo que había ocurrido, y enfilé hacia la calle, sintiendo que este dolor, esta traición, eran lo único que perduraría de nosotros, y que estas lágrimas que ahora corrían por mis mejillas serían la única prueba del amor que nos unió. Habíamos entablado el combate fiero que nunca quisimos tener, y nos perdimos en la sinrazón del rencor y el odio más profundo.

Corrí por la nevada acera, mientras el grito más desgarrador salía de entre mis labios, ahogándose en ese congelado aire. Me detuve en una esquina, doblándome por la mitad, boqueando, mientras mi cuerpo se estremecía en violentas convulsiones. Mis manos volaron a mi pecho, buscando el corazón, ese órgano que ya no latiría nunca más, y cerré el puño sobre él. Le había perdido. Para siempre. Noté una mano cerrándose en torno a mi brazo, y me giré, desconcertada. Era Julia. Mis brazos se aferraron a su cuerpo, y sollocé sobre el hombro de mi amiga mientras los copos de nieve seguían cayendo sobre nosotras.

—Lo he perdido, Jules, lo he perdido. Se ha acabado para siempre.

—Lo sé. Todos lo hemos escuchado.

—Yo...Álvaro...

—Lo siento, cariño.

—¿Y ahora, qué, Julia? ¿Qué voy a hacer sin él?

—¿Cómo qué qué vas a hacer sin él? ¿Es que vas a rendirte tan pronto? ¿Vas a dejar escapar al amor de tu vida por una discusión que, aunque bueno, ha sido tremenda, no es más que eso, una discusión?

—¿Qué? ¿Pero es que no has escuchado lo que le he dicho? Todas esas cosas horribles.

—Sí, las he escuchado. Yo y todos, la verdad. Si antes había rumores sobre vosotros dos, lo habéis confirmado de la forma más llamativa y atronadora posible. Pero esa no es la cuestión aquí. La cuestión, lo verdaderamente importante, es lo que escuchaste tú.

—¿Qué? ¿Cómo que lo que escuché yo? No...no entiendo nada.

—Exacto, querida petunia. No entiendes nada porque no escuchaste nada.

—Jules, de verdad que empiezo a perderme.

—Llevas perdida mucho tiempo, en realidad —suspiró—. Ven, demos un paseo. Creo que no conoces parte de la historia.

—¿Qué historia?

—Álvaro está enamorado de ti, Nadia. Lo sé porque paso ocho horas al día con él en el mismo departamento. Eso, y porque conozco la clave de su cajón de documentos privados.

—¿Qué? ¿Me lo dices en serio?

—A ver, no es culpa mía que elija como clave la fecha de tu cumpleaños sabiendo que somos amigas. A eso se le llama provocación e incitación para cometer actos delictivos.

Me reí, entre lágrimas, y me acurruqué contra ella.

—Estás loca.

—Lo sé. Pero te diré una cosa, y es que yo ya sabía lo de Zurich.

—¿Qué?

—Álvaro lleva meses planificándolo todo. Quería alejarse de los tentáculos de su familia, e ideó lo de Suiza para que empezáseis de cero los dos. Tú y él. Pero lejos de todo esto, lejos de la influencia de su padre, de Carlota, de todos. Era verdad lo que te dijo. Está enamorado de ti. Lo está desde hace muchísimo tiempo.

La miré, sin saber qué decir, o hacer, porque en ese momento el amor, lo llenó todo. Todo mi corazón, toda mi alma. El mismo amor que sentí cuando lo vi por primera vez en aquel despacho, de espaldas contra el ventanal, y supe que iba a enamorarme de él. Ese amor que fue creciendo, casi a la par, hasta casi aniquilarnos, arrasando e invadiendo cada partícula de lo que éramos. Porque lo que sentimos el uno por el otro es lo más enorme, doloroso e inmenso que hemos sentido nunca.

—Cielo santo, Jules, ¿qué he hecho? Lo he estropeado todo.

—Oh vamos, no seas idiota —bufó mi amiga—. No lo has estropeado todo. Le has puesto más dramatismo del necesario, eso es verdad. Qué digo verdad, es indiscutible, pero ahora, querida, toca luchar por el hombre del que llevas enamorada dos años. Así que llámalo, y arreglad lo que hay entre vosotros de una vez.

—¿Y si no quiere hablar conmigo tras todo lo que le he dicho?

—Oh, vamos, Nadia. Ha dejado a ‘témpano de hielo’ por ti. Ha dado de lado una vida de pasta, fiestas y fama, por ti. Por una chiflada que adora estar en chándal por casa. ¿Eso no te dice nada? Sabe que la ha fastidiado, que la ha fastidiado de verdad, e intenta arreglarlo. Al igual que tú. Así que más os vale a los dos dejaros de idioteces y solucionar este desastre que os tenéis montado. Solo voy a decirte una cosa, Umbría, y es que pienses bien lo que vas a hacer, porque te advierto que, como dejes escapar al amor de tu vida, acabaré contigo.

—No voy a hacerle daño, es lo último que querría hacerle.

—¿Y qué vas a hacer?

—Voy a hacer un milagro de navidad, Julia. Eso es lo que voy a hacer. Voy a recuperar al amor de mi vida.

Asentí, conteniendo el aire, y marqué su teléfono, rogando, rezando, para que contestase y que aún sintiese algo por mí, mientras veía a mi amiga alejarse, abrochándose el abrigo. Tenía la mejor amiga del mundo. Mi mano voló a mis labios, mientras los tonos se sucedían. Y ocurrió. Escuché el ruido de un motor, lejano, y mi cuerpo entero ardió al reconocerlo. El Audi de Álvaro. Atravesé el cruce central del barrio de los Tilos con la avenida de los Olmos, sintiendo cómo la felicidad, y la auténtica navidad, invadían hasta la última de mis células.

Su coche llegó al cruce de los Tilos, descendiendo la velocidad, cuando algo, no sabría decirlo el qué, me cegó por completo. Una luz. Una potente luz seguida de un enorme ruido. Pude sentir la vibración de la chapa del coche quebrándose, los cristales de las ventanillas saltando en pedazos, chocando, y una brisa helada que llegó hasta mí justo en el mismo momento que mis ojos se giraban en el cruce, donde un enorme camión surgido de la nada empotraba con violencia el coche de Álvaro y lo arrollaba.

Todo se ralentizó, como en un sueño. Pude ver a cámara lenta las primeras cuatro vueltas de campana, sintiendo cómo la inercia jugaba con el potente coche alemán como si de un muñeco se tratase. Escuché los primeros gritos de los peatones que presenciaron el accidente, esa figura oscura dentro del Audi, que se difuminaba conforme los golpes se sucedían, y la enorme mancha roja llenaba los cristales de la luna delantera. Sentí cada golpe, cada sacudida, cada leve brisa helada rozándome el rostro, viendo cómo el coche terminaba de quebrarse sobre el oscuro asfalto. Vi la sangre, sentí el dolor, el cuerpo desmadejado de Álvaro tendido en el asfalto. Dejé de respirar. Dejé de sentir. Después, llegó el silencio.

Capítulo 10

Nadia

All I want for christmas is you

—Nadia, por favor, despierta. Nadia —escuché una voz pegada a mí, y separé las pestañas lentamente. ¿Dónde estaba? ¿Qué había ocurrido?

Abrí los ojos por completo, y me encontré con la preocupada mirada de Nicholas, agachado a mi lado. Me giré lentamente, y me vi desplomada en el suelo de una vacía calle. Me incorporé, con los recuerdos del accidente en mi cabeza, y miré alrededor. No había rastro del coche, ni del camión, ni de nada de lo que había pasado allí. Ni, por supuesto, de Álvaro. Bueno, rastro de Álvaro, ni de nadie, en realidad. No había gente en la calle. Ni un alma. ¿Dónde estaba todo el mundo? ¿Qué estaba pasando allí? Alcé mi mirada hacia Nick, insegura, y tragué saliva antes siquiera de poder hablar.

—¿Qué ha... qué ha ocurrido?

—Te has desmayado, y te has dado un buen golpe en la cabeza. ¿Estás bien?

—Sí, estoy... Pero el accidente... Álvaro...

Los dos pilotos intercambiaron una rápida mirada, y ninguno respondió.

—¿Dónde está Álvaro?

—Él... bueno...

—¿Dónde está?!

—Nadia, tenemos que hablar —dijo Nick, traspasándome con esa verde mirada—. Tenemos que hablar de Álvaro.

—¿Él está... está...? ¿Álvaro...?

Ni siquiera pude terminar la frase. Me asfixiaba, necesitaba respirar, necesitaba aire. Me ahogaba. Abrí la boca, intentando capturar algo de oxígeno, aunque fuera una mísera mota de oxígeno. Y lo sentí. Ese dolor en el pecho que iba a terminar por romperme el esternón.

—¿Está... muerto?

—Nadia...

Caí de rodillas al suelo otra vez, doblándome sobre mí misma, y un grito desgarrado, aterrador, salió del fondo de mis pulmones, y mi corazón, deshaciéndose en el aire. Sentí los brazos de Nick rodeándome. Hundí mi rostro en su hombro, deseando morirme

—¡No! ¡Maldita sea, no! Álvaro... no, por favor, no. Él, no, no, no, no...

Sentí la boca de Nicholas pegada a mi oído, mientras mi alma se resquebrajaba, repitiendo una sola frase, una y otra vez, y no fue hasta pasados unos minutos, que mi cabeza comenzó a asimilarla.

—Nadia, por favor, escúchame. Álvaro no está muerto, no lo está.

—¿Qué? —Grité, secándome las lágrimas con rabia —Pero, entonces, ¿qué es todo esto? ¿Dónde está Álvaro? ¿Y... y la gente? ¿Dónde está la gente?

Los pilotos se quedaron en silencio, y los ojos de Nicholas se perdieron en los míos. Esos ojos verdes en los que llevaba perdiéndome toda la noche, y que ahora, por alguna extraña razón, parecían transparentes.

—No es fácil de explicar.

Descendí la cabeza al suelo, viendo la fría nieve, mientras una idea tomaba forma en mi cabeza.

—Soy yo, ¿verdad? Soy yo la que está muerta.

—No estás muerta, Nadia.

—¿Pero entonces...?

—Nadia, tengo que preguntarte algo. Algo que es muy difícil para mí.

—Nick...

—¿Qué sientes por Álvaro?

—Él...yo...¿por qué me preguntas eso ahora?

—Por favor, responde. Es importante.

Le miré, y supe que no podía mentir. Por alguna extraña razón, a Nicholas no podía mentirle, y decirle que Álvaro era pasado, que lo odiaba, y que para mí ya no existía, era mentirle. Le quería, le seguía queriendo, y jamás dejaría de hacerlo. Era el único hombre del que me había enamorado en toda mi vida. Y sabía que él sentía lo mismo por mí. Había visto ese mismo amor reflejado en sus ojos cuando nos encontramos en la terraza de Julia. ¿Qué si lo quería? Más que a nada. ¿Qué si lo amaba? Más allá del cielo y de la muerte. Porque eso era Álvaro para mí. El principio y el final de todo. Y respondí.

—Le quiero, Nicholas. Le quiero.

—¿Estás...?

—¿Segura? Jamás lo he estado tanto de algo como lo estoy de lo que siento por él. Yo...lo siento, Nick, siento que...no quería hacerte daño, pero Álvaro...por favor, perdóname.

—No tienes que pedir disculpas.

—Lo sé, pero no quiero que pienses que he jugado contigo.

—No lo hago.

—¿No?

—No, claro que no. Me has recordado lo que es el amor, lo que es estar enamorado. Aunque solo fuera por una noche.

—Lo siento, Nick.

Mis ojos se alzaron hacia él, mientras sentía las lágrimas agolparse con fuerza al borde de mis pestañas, y el suspiro de Nicholas fue todo lo que necesité para estallar en un sollozo. Sus brazos me rodearon, acariciándome el cabello, y posó un beso sobre mi coronilla. Nos quedamos así, abrazados, durante mucho tiempo, hasta que le sentí separarse de mí lentamente, y mirarme con una expresión llena de dulzura.

—Pues ya es hora de que lo arregléis entonces, ¿no?

—¿Qué?

—Ven, vamos. Tenemos mucho que hacer.

No entendía nada. ¿Nicholas me iba a ayudar a reconciliarme con Álvaro? Me pellizqué la pierna levemente, por si aún estuviera inconsciente, tirada sobre esa acera, con una brecha en la cabeza, pero no. Estaba viva, despierta y...confusa. Eso, sobre todo. Fruncí las cejas, y miré a los dos pilotos, cuya insondable expresión aturdió el poco raciocinio que me quedaba. Alek envolvió mi brazo con su mano, y caminó junto a mí por la nevada acera.

—La verdad es que este es el final sorprendente que no me esperaba.

—¿Qué estás...? ¿A dónde vamos, chicos?

—Por lo pronto, al aeropuerto. Tienes que tomar un vuelo, te recuerdo. El vuelo más importante de tu vida.

Abrí mucho los ojos, y negué con la cabeza.

—No voy a tomar ese vuelo, necesito hablar con Álvaro. Tengo que encontrarle para...

—No tienes que hacer nada, Nadia, porque ya todo está escrito.

—¿Qué? ¿Cómo que está escrito? Cielo santo, voy a volverme loca. ¿Pero de qué estáis hablando? ¿Qué está escrito? ¡Responded de una vez!

—Sé que no estás entendiendo nada, pero todo tiene una explicación, confía en nosotros.

Le seguí, casi tropezando con mis pies, mientras mi cabeza era una tormenta. No entendía nada, no comprendía nada. Y lo entendí mucho menos cuando vi el BMW gris materializarse de la nada, e intercambié una rápida mirada con los dos pilotos, que se limitaron a sonreír. Y resoplé, exhausta. Lo que mi madre y Julia llevaban tiempo advirtiéndome, había ocurrido al fin. Me había vuelto loca. Conseguido. Había perdido la cabeza por completo. Alek se lanzó a la puerta del conductor, hasta que un leve chasquido de dedos de Nicholas le hizo detenerse, poniendo una mueca de fastidio.

—Ah, no, ni lo sueñes. Esta maravilla la conduzco yo.

—Tío, no me fastidies. Solo esta vez. Es un BMW.

—¿Quieres que te recuerde la última vez que te dejé conducir?

—Oh, vamos, aquel dirigible estaba gafado, lo sabes tan bien como yo.

Nicholas se carcajeó, negando con la cabeza, y vi a Alek bajarse del coche, con gesto de fastidio y se acercó hasta mí. Examinó brevemente mi cabeza antes de plantarme dos besos en las mejillas, mientras me agarraba por los hombros con fuerza.

—Ya sé que no entiendes nada, pequeña pasajera, pero ahora te lo explicaremos todo.

Parpadeé, atónita, y me introduje en el coche, sin entender nada. Me senté en el asiento trasero, y Nick se volvió hacia mí, con media sonrisa en el rostro. Suspiró, sonriendo, y medio segundo después, exactamente medio segundo después, ya estábamos en la terminal otra vez, justo en el mismo punto en el que me habían recogido.

—¿Pero qué...? ¿Qué es esto, qué está ocurriendo? Yo no...no entiendo nada, y...

—Es difícil de entender, pero, lamentablemente, nuestro tiempo aquí se ha agotado.

—¿Qué?

—Ven, salgamos.

Salimos a la fría terminal otra vez, y respiré el helado aire de la noche, sintiendo cómo se colaba entre mis labios. Me coloqué junto a una de las puertas deslizantes de la entrada de vuelos internacionales, justo en la misma baldosa donde había tropezado con Alek. Me metí las manos en los bolsillos al verlos llegar hasta mí, y sonreí cuando sentí las manos de Alek ajustándose el gorro de lana gris, sintiéndome como Alicia en la merienda del sombrerero loco.

—Chicos, o me decís qué está pasando aquí, o...

—No somos pilotos.

—¡¿Qué?!

—Que no somos pilotos. Nos pasamos la vida en el cielo, pero por otras razones.

—¿De qué...de qué estáis hablando? ¿Cómo que no sois pilotos?

Los verdes ojos de Nick se encontraron con los míos, y lo supe. . Algo en mí lo sabía desde el principio.

—Sois...sois ángeles.

—Eso es.

—¿Qué? ¿Pero qué...? ¿Por qué habéis venido?

—Ayudamos a las almas a hacer el tránsito de un lugar a otro, y es lo que hemos venido a

hacer esta noche a la tierra.

—¿Qué? —el aire escapó de mis labios, al comprenderlo todo. Por eso me habían acompañado toda la noche. Porque era mi última noche. Maldita sea —Pero...yo no me puedo morir ahora, chicos, ahora no, por favor, no. No cuando ni siquiera he podido hablar con...

—Álvaro es el alma en tránsito —sentenció Nicholas, casi atragantándose con su propia voz.

—¿Qué?!

—Sí. Hemos venido a llevarnos el alma de Álvaro. Hemos estado contigo toda la noche porque nuestro trabajo es acompañar a la persona más cercana a esa alma para conocerla, y decidir...

—Si va al cielo, o al infierno —murmuré, sin aire en los pulmones.

—Algo así —intervino Alek—. El caso es que no hay ni cielo ni infierno, sino...bueno, es complicado explicártelo. Verás, cuando abandonamos este mundo, la materia blanca, es decir, la...

—Alek —cortó Nick—, ahora no.

La escena de la terraza volvió a pasar delante de mí ralentizada. La mirada que Nick le dedicó a Álvaro, su mirada casi transparente, la tranquilidad que pareció envolverle en ese momento. Su expresión de tristeza. Y comprendí algo. Ellos no tenían contacto con el alma que se iban a llevar, sino con la persona cercana. Pero Nick había visto a Álvaro aún con vida. ¿Cómo podía afectarle algo así?

—Nick, antes, en la terraza, cuando viste a Álvaro...

—Me quedé aturdido. Por completo. Nosotros, los transportadores, nunca tenemos contacto con el alma en vida, nunca. Solo recogemos su alma cuando el cuerpo ha dejado de respirar. Encontrarme con él en vida fue...fue algo demasiado intenso para mí.

—Lo siento.

—No te preocupes. No fue culpa tuya. Pero es duro enfrentarse a algo así.

Asentí, entendiendo. Su trabajo no era agradable. Ver morir a la gente por toda la eternidad, y decidir a dónde van después. Una luz roja empezó a alumbrar algún recóndito lugar de mi cabeza, y alcé la vista hacia él, que permanecía cabizbajo. No sé si fueron sus palabras, o un destello en mi cabeza, cuando una idea empezó a tomar forma. Era una locura, sí, pero también una posibilidad, y yo me iba a agarrar a ella como un clavo ardiente.

—¿Me cambio por él!

—¿Qué?

—Que me cambio por él. Llévame a mí. Mi alma por la suya. ¿Se puede hacer eso, verdad? Pues ya está, llévame a mí.

—No podemos, Nadia.

—Claro que sí. Necesitáis un alma, y yo me presento voluntaria.

—Esto no funciona así. Y es lo que queremos explicarte. Esta noche ha pasado algo extraordinario, algo que no nos había ocurrido nunca. Álvaro ha hecho algo que no estaba escrito en los papeles de vida que tenía asignados, y por eso aún está vivo.

—¿Qué?

—Esta noche Álvaro iba a morir en un accidente de coche mientras estaba con Carlota, tras la fiesta en casa de Julia. Un camión se les iba a cruzar en mitad de su recorrido, y Álvaro iba a morir, al igual que Carlota. Eso es lo que tenía que haber ocurrido, lo que estaba escrito.

—¿Ese accidente que he visto antes era...real?

Los dos ángeles se miraron, y suspiraron casi a la vez.

—Era lo que tenía que haber ocurrido, sí. Pero el caso es que esta noche tomó una decisión que ninguno esperaba. Te eligió a ti, Nadia. Cambió su destino, y optó por luchar por ti.

Me tapé la boca con las manos, incapaz de seguir escuchando.

—Dios mío, no...

—Por eso hemos alargado toda esta velada contigo. Porque estaban escribiendo una nueva historia para él. Y ya han terminado de hacerlo.

—¿Qué...qué han...?

—Que sea él mismo el que escriba su propia historia —las miradas de los ángeles se cruzaron un solo segundo, sonriendo, y las lágrimas volvieron a mí con toda su fuerza—. Es un caso excepcional.

—Cielo santo, eso es maravilloso.

—Sí que lo es. Así que espero que sepáis aprovechar cada día, porque es un regalo.

—Lo haremos sonreír, con el rostro mojado por las lágrimas. Gracias, chicos.

—No hemos hecho nada.

—Aún así, gracias.

Nos miramos, conteniendo ese grito de entusiasmo que los tres queríamos soltar, y me giré hacia la carretera cubierta de nieve.

—Y ahora, ¿qué?

—Ahora —dijo Alek, arrastrando la última vocal—, te vas a quedar muy quietecita aquí, esperando al amor de tu vida, porque éste es el punto exacto donde tenéis que encontraros otra vez.

—¿Y vosotros?

—Nosotros ya hemos terminado nuestro trabajo aquí.

Mis ojos volaron hacia Nicholas, que permanecía cabizbajo, y mi pecho comenzó a quebrarse. Miré a Alek, y su sonrisa me robó el aliento.

—Odio las despedidas, finlandés, así que...

—Esto no es una despedida, sino un hasta pronto.

—¿Vendréis vosotros a buscarme cuando termine mi viaje en la tierra?

—Cuenta con ello. Pero sin Nicholas. Solo lo aguanto una noche cada cien años.

—Ah, no. Tenemos que estar los tres. Si no, no vale —dije, divertida.

—¿Los tres? Está bien. Mi muñeca hinchable y yo vendremos a buscarte. No te extrañes si es un poco tímida. Le he cosido la boca para no caer en tentaciones.

Me carcajeé, mientras sentía cómo el ángel finlandés me alzaba por el aire, dándome dos contundentes besos en las mejillas.

—Ha sido un placer conocerte, pequeña pasajera. Jamás te olvidaremos.

—Ni yo a vosotros. Ni bueno, ni tus pésimos pasos de baile.

—Se llama estilo propio, pequeña.

—Se llama...abominación. Eso, y atentado visual.

Alek se carcajeó, dejándome en la acera otra vez, y nos fundimos en un sentido abrazo que yo no quería terminar nunca. Nos separamos al fin, y el ángel sonrió a su amigo, guiñándole un ojo, señalándole el interior de la terminal.

—Te espero dentro.

Nick asintió, y lo vimos desaparecer tras aquellas puertas. Alcé la mirada hacia esos ojos verdes, mientras sentía las lágrimas volver a mis ojos.

—Nick...

—Lo siento, Nadia. Siento que...siento que esto hay pasado así —suspiró, y sus hombros descendieron—. Yo...necesito...quiero decirte que...ha sido real. Todo lo que ha ocurrido entre tú y yo, ha sido real. No estaba jugando contigo, ni eres algo de una sola noche. Me...me gustas. Me gustas muchísimo, y, estoy seguro, de que, si estuviese tan solo unas horas más contigo, terminaría enamorándome de ti como jamás lo he estado de nadie.

—Creo que podría decir lo mismo, Nick.

—No, tú estás enamorada de Álvaro. Lo leo en tus ojos como una gota clara.

—Pues también estarás viendo lo que siento por ti.

Y no mentía. Nicholas había encendido algo en mí esa noche, algo que nada tenía que ver con un capricho de una noche.

—Lo sé, y eso es lo que meda fuerzas. Saber que, por mucho que me duela separarme de ti, esto, lo que hemos vivido esta noche, ha valido la pena. Cada segundo lo ha valido, y sé que jamás me arrepentiré de haberle abierto mi corazón a esta extraña locura.

—Te quiero, Nick.

—Y yo a ti. Te quiero por cómo eres y por la mujer en la que te vas a convertir. Te quiero por lo que has sido, por cómo ves el mundo y a las personas, y por todo lo bueno, y también lo malo que hay en ti. Eres extraordinaria, y te espera un futuro maravilloso. Un futuro que tú misma has ayudado a construir esta noche sin darte cuenta.

—Nick...

Nuestras miradas se cruzaron, y, antes de que fuéramos conscientes de nada a nuestro alrededor, estábamos anudados en un abrazo, mientras las lágrimas caían silenciosas por nuestras mejillas. Era el adiós, la despedida definitiva.

—Te voy a echar muchísimo de menos.

—Y yo a ti, preciosa. No me olvides nunca.

—No lo haré.

Me aferré a su cuerpo, cerrando los ojos, hasta que el frío me llenó por completo, y me vi sola otra vez, en aquella nevada acera, con aquella estúpida papelera ardiendo otra vez. Casi ajena a mí, saqué de mi bolso la botella de agua, y, ahora sí, apagué bien el pequeño incendio, mientras sentía cómo las lágrimas seguían corriendo por mi cara. Se había ido. Se habían ido. Nick ya no estaba. Y lloré. Lloré hasta que se me secaron las lágrimas, mientras veía cómo la nieve iba cubriendo esa parte de la desierta calle, donde solo el sonido del helado viento parecía hacerme compañía.

Me apoyé en la pared, sacando un pañuelo de papel, cuando el zumbido de un motor que reconocería entre un millón, llegó a mis oídos, y me giré hacia allí, hacia el Audi de Álvaro que, a más velocidad de la permitida, entraba en el recinto aeroportuario, y clavaba frenos frente a mí. El coche alemán dejó de rugir mientras mi corazón tomaba el relevo, y la potencia de mis latidos amenazaban con atravesarme el esternón, sintiendo que ese lazo vital, posesivo y salvaje que aún nos unía no se había roto del todo.

—¿Álvaro?

Detuvo su paso, quedándose a apenas dos metros de mí. Dos pasos que se me antojaban kilómetros.

—Nadia —resopló—. Menos mal que aún estás aquí. Creí que no llegaría a tiempo.

—¿Qué? ¿Qué...haces aquí?

—He venido a...a...maldita sea, he venido por ti, para intentar...

—¿Recuperarme?

—A decirte que te quiero.

Exhalé.

—¿Qué has dicho?

—Que te quiero. Vengo a decirte que me enamoré de ti en cuanto te vi, y nada de eso ha cambiado desde entonces. Sé que no ha sido fácil para ti, que te he fallado mil veces, que soy un cretino egoísta por pretender que vuelvas a confiar en mí. Lo sé, Nadia, de verdad que lo sé. Y por eso esta vez no vengo a prometerte quimeras. Esta vez vengo a decirte que va a ser difícil, que va a ser muy difícil. Va a ser un maldito infierno.

—Álvaro, no...

—No, por favor, no. No me digas que no. No hasta haber escuchado todo lo que necesito decirte —dijo, y su torturada expresión se me clavó en el fondo del alma. Jamás le había visto así, tan...vulnerable, tan desesperado, tan...enamorado—. Yo...ya sé que...

—Álvaro...

Se pasó las manos por el pelo, frenético, y sus ojos se clavaron en los míos, ya inundados de lágrimas.

—Yo...necesito decirte que, si decides quedarte a mi lado, haré todo lo que esté en mi mano para hacerte feliz cada maldito día de nuestras vidas. Y estaré ahí, contigo, frente a todos los problemas, frente a toda la adversidad que nos espera. No te abandonaré jamás, y te juro que nunca, jamás, volverás a estar sola. Porque te quiero, Nadia. Te quiero a mi lado, para siempre, para toda la eternidad.

Corrí hacia él, hacia Álvaro, hacia ese hombre que era todo lo que necesitaba para estar viviendo. Mi bolso cayó al suelo con estrépito al tiempo que mis piernas se enredaban en su cintura, y sus brazos, fuertes, me acogían, apretándome contra él. Y mi cuerpo, ese ser ingobernable, dejó de funcionar por unos interminables, eternos, segundos. Mis labios cayeron sobre los suyos, esos que quería besar hasta que el cielo, con todas sus estrellas, terminasen cayendo a la tierra.

Y todo llegó como un ciclón, arrasándolo todo. Su mano rozando mi piel, encendiéndola. Su presencia, cálida, cerca de mí, invadiendo mi piel, mis sentidos. Y siento que estamos solos, en mitad del cosmos. Ya no somos Nadia y Álvaro. Somos nosotros, juntos. Los dos. Como siempre hemos sido. Un mismo corazón latiendo en dos cuerpos, dos almas perdidas que se han encontrado para no soltarse jamás. Y la magia de la navidad llega para envolvernos, y darnos el único regalo que llevamos ansiando toda la vida. El amor. Y con él, la eternidad.

LISTA DE CANCIONES

- We wish you a merry christmas. Bon Singleton. Villancico popular que data del siglo XVI.
- Last Christmas. George Michael. Álbum Last Christmas, 1984. Interpretada por Wham! Columbia Records (US/Canada) Epic Records.
- It is beginning to look a lot like christmas. Meredith Wilson, 1951 Plymouth music. Interpretada por Michael Bublé. Álbum Christmas, 2011. Capitol Studios.
- Underneath the tree. Kelly Clarkson/Greg Kurstin. Interpretada por Kelly Clarkson. Álbum Wrapped in Red, 2013. RCA Records.
- So this is Christmas. Happy Xmas (War is over) John Lennon. EMI, 1971. Interpretada por Céline Dion. Álbum These are special times, 1998. Sony Music Entertainment.
- Slept into christmas. Elton John/Bernie Taupin. Interpretada por Elton John. Single independiente. DJM, MCA 1973
- Christmas C'mon. Lindsey Stirling/Jon Levine/Autumn Rowe. Interpretada por Lindsey Stirling/Becky G. Álbum Warmer in the winter, 2017. Concord Records.
- Blue christmas. Billy Hayes/Jay W. Johnson. Interpretada por Elvis Presley. Álbum Elvis' Christmas Album, 1957. RCA Records.
- All I want for christmas is you. Mariah Carey/Walter Afanasieff. Interpretada por Mariah Carey. Álbum Merry Christmas, 1994. Columbia Records.
- Santa tell me. Ariana Grande/Savan Kotecha/Ilya Salmanzadeh. Interpretada por Ariana Grande. Álbum Christmas Kisses, 2014. Republic Records.

NOTA DE LA AUTORA

En ocasiones es difícil saber de dónde parte una historia. Una anécdota, un sueño, un deseo, historias que has escuchado, historias que has hilvanado en tu cabeza...los escenarios son infinitos. ‘Diez canciones de navidad para Nadia’ surgió de un recuerdo navideño. Un momento muy especial de mi infancia y adolescencia que aún recuerdo con cariño. Así que, si aún tienes ganas de leer, te contaré cómo surgió todo.

Cada año, por navidad, una conocida cadena de discos que había donde vivo hacía una oferta promocional y rebajaba todos los compact disc a precios asequibles. ¡Todos! Yo esperaba esas fechas como agua de Mayo, ya que era la ocasión perfecta para hacerte con alguno de esos títulos a precios irrisorios. Pero no solo por el lado material, no. Existía todo un ritual en torno a ese momento. Tomar el bus, o, como decimos aquí, la guagua. Ir hasta la tienda, disfrutando cada segundo de ese paseo por una ciudad que estaba llena de gente cargada con bolsas, las luces, los árboles de navidad, los figurantes disfrazados de Papá Noel que te encontrabas en cada esquina. Distinguir la tienda al fondo de la calle, y acelerar el paso hasta llegar hasta ella. Y entrar. Entrar y olvidarte de todo durante la siguiente hora, concentrándote tan solo en disfrutar del momento. Era mágico.

Desgraciadamente, esa cadena cerró, y esa pequeña tradición navideña quedó en el olvido. Ahora descargo música en plataformas digitales, y la disfruto desde el sofá, sin necesidad siquiera de ponerme los zapatos. Y lo echo de menos. Soy una nostálgica, lo sé. Porque no solo era ir a la tienda, era ilusionarte, esperar, pasear por las calles sumergiéndote en el espíritu navideño, llegar, mirar, elegir, y llevártelo a casa. Desembalarlo con ilusión, con cariño, y estar horas delante del equipo de música tarareando esa música que llevabas todo el año esperando y que, por fin, era tuya.

Por eso escribí la historia de Nadia. Quería recordar cómo me sentía al tener esos pequeños Cds entre las manos, volver a vivir ese momento. Y unir ese recuerdo a la historia de unos personajes que llevaban tiempo rondándome por la cabeza. Es mi pequeña rebelión personal a todas esas tradiciones privadas que cada uno de nosotros tiene en navidad, y que, con el tiempo, desgraciadamente, se van perdiendo.

Espero que la historia de Nadia, Álvaro, Nicholas y Aleksei te haya gustado. Si no ha sido así, lo lamento, y, como siempre, espero no fallarte la próxima vez. Gracias, lectora. Gracias, lector. Gracias por hacer que la magia que sentimos los autores traspase las páginas y llegue al corazón.

Nos vemos en la próxima aventura, soñadores.

Si te apetece seguirme en redes sociales, puedes hacerlo en los siguientes enlaces:

Facebook: <https://www.facebook.com/yaiza.castro.73>

Instagram: <https://www.instagram.com/yaizacastrowriter/>

INDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[LISTA DE CANCIONES](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[INDICE](#)

[OTRAS OBRAS DE LA MISMA AUTORA](#)

OTRAS OBRAS DE LA MISMA AUTORA

TU MIRADA OSCURA SOBRE MI VESTIDO DE CALAVERAS ROJO

Escoge la senda del pecado, y desnuda tu alma al romance más ardiente y peligroso.

Una policía temeraria, *pin up* y alocada. Un agente de operativos especiales letal y que exuda peligro por cada poro de su piel. Una explosión. Una investigación. Un amor envuelto en llamas. Un entramado criminal que clava las garras en lo más profundo del corazón del organigrama policial. Dos enigmáticas figuras que dirigen el destino de todos desde las sombras. Un amor del pasado. Un misterio por resolver. Un romance que hunde sus cimientos en el erotismo más salvaje. Disfruta del mejor romance y el mejor suspense en una historia donde ambos géneros se aúnan para conformar una novela pasional y trepidante.

Sumérgete junto a la agente de policía Diana Espona y al enigmático y atractivo Lucas Sanz en una investigación policial en la que los villanos, y los héroes se desdibujan conformando un puzzle en el que los protagonistas tendrán que desvelar cada pieza para resolverlo, al tiempo que el romance más ardiente y explosivo los mece en una tormenta de placer. Sigue las pistas. Disfruta cada beso. La pasión y la investigación nunca estuvieron tan unidos.

Amazon.es: <https://amazon.es/mirada-oscuro-sobre-vestido-calaveras-ebook/dp/B07ZC8LTDW/>

UNA MIRADA AZUL EN UN ANDÉN

¿Qué pasaría si las estrellas no hubiesen elegido un camino, sino dos, para ti?

¿Es el destino, o el azar el que elige nuestro camino? Si tomamos el camino equivocado, ¿Es el destino, o la casualidad quien endereza nuestra vida? Estas dos cuestiones son las que se plantea Carla, la protagonista de esta historia de amor donde pasado, presente y futuro se entrelazan, y su corazón se divide entre dos amores surgidos de dos encuentros fortuitos en un andén. A partir de ese instante, las más ingeniosas y divertidas situaciones se sucederán a lo largo de una historia en la que acompañarás a los protagonistas. Hans, el atractivo austríaco con un misterioso pasado, y Gael, el amor de infancia que ha vuelto a su vida de la forma más inesperada. La pasión, la dulzura y el destino jugarán sus cartas en esta novela en la que nada es lo que parece, y en la que unos inquietantes recuerdos de su infancia en torno a un misterioso pantano serán la clave para resolver un enigma que lo cambiará todo, desvelando la verdadera dimensión del triángulo amoroso.

Dos miradas, dos flechazos, un misterio por resolver. Un amor del pasado y una pasión del presente. Atrévete a enamorarte en un andén, y deja que las estrellas se alineen para escribir la más bella de las historias de amor.

Amazon.es: <https://amazon.es/Una-mirada-azul-en-and%C3%A9n-ebook/dp/B07SR5Q6V5>

EN EL OSCURO BOSQUE DE SANDARA

Son sombras, leyendas nada más, pero aún así hay que tener cuidado

Los habitantes del remoto valle de Sandara sufren, desde hace décadas, extraños ataques de un ser al que ellos llaman la Bestia. La llegada de un joven detective inglés, Alan Wood, para investigar dichos actos, despierta los recelos entre sus habitantes, habituados a esconder secretos demasiado oscuros. Las agresiones, sumadas la desaparición de una joven, hacen que el detective se involucre por completo en un misterio que tiene más aristas de lo que parece en un principio. Los pactos de silencio y los más terribles secretos hasta ahora escondidos con celo empezarán a desvelarse, así como la imponente presencia de una chica a la que todos recuerdan pero nadie nombra, por miedo, o...para protegerla.

Amazon.es: <https://amazon.es/En-el-oscuro-bosque-Sandara-ebook/dp/B07KTB91XX>